



cuadernos de COMUNISMO

Paul Pons: Elecciones en Catalunya. Henri Weber: De la influencia de las "direcciones traidoras". Jean-Marie Vincent: Las vías del reformismo. Joaquín Nieto: CC.OO. y la nueva situación sindical. Mariano F. Enguita: De la Constitución al E.C.D. y la L.A.U. Agustín Maraver: Las bases de la política exterior del Kremlin (I). Javier Maestro: En torno a la fundación del PCE en 1920.

índice

Presentación	p.3
Elecciones en Catalunya: punto final a una etapa, por <i>Pau Pons</i> .	p.4
De la influencia de las "direcciones traidoras", por <i>Henri Weber</i> .	p.13
Las vías del reformismo, por <i>Jean-Marie Vincent</i> .	p.18
CC.OO. y la nueva situación sindical, por <i>Joaquín Nieto</i> .	p.23
De la Constitución al ECD y la LAU: la política educativa de la burguesía, por <i>Mariano Fernández Enguita</i> .	p.29
Las bases de la política exterior del Kremlin (I), por <i>Agustín Maraver</i> .	p.34
En torno a la fundación del Partido Comunista Español en 1920: entrevista con <i>Juan Andrade</i> , por <i>Javier Maestro</i> .	p.41
Libros: Las virtudes de inyectar cierto empirismo en la teoría marxista (La obra de Perry Anderson), <i>M.F.A.</i> Las limitaciones del marxismo oriental (La Alternativa, de Rudolf Bahro), <i>A.M.</i>	p.47-55

Todas las ilustraciones de este número son de reproducciones de dibujos de Goya.

cuadernos de COMUNISMO

Consejo de Redacción: Mariano Fernández Enguita, Lucio González, Javier Maestro,
Joaquín Nieto, Jaime Pastor, Agustín Santos Maraver.

Coordinación general: Mariano Fernández Enguita.

Diseño Gráfico: Ignacio Rubio.

Edita: Liga Comunista Revolucionaria/Apdo. de Correos 50.370 (Cibeles) Madrid-España.

Imprime: Ratlles, Mallorca, 206. Barcelona. DL B.14780.80

100 ptas.

Presentación

Desde hace largo tiempo se resiente la falta de una revista periódica de la Liga Comunista revolucionaria en la que puedan ser tratados con mayor detenimiento e invitación a la reflexión, los problemas con que se enfrentan los distintos movimientos portadores de alternativas globales o parciales a la sociedad en que malvivimos y protagonistas de la resistencia a pagar su prolongada crisis, el movimiento obrero en primer lugar. La publicación que hoy nace *Comunismo*, tratará de ser un marco de delimitación de, y respuesta a, estos problemas, que están en la base de las preocupaciones de la vanguardia obrera, nacionalista revolucionaria, estudiantil, feminista, vecinal, ecologista...

En este sentido, la nueva revista viene a llenar un hueco, pero sin limitarse necesariamente a él en sus dimensiones. Primeramente, por cuanto estará siempre abierta al planteamiento de nuevas cuestiones y temáticas. En segundo lugar, porque la utilización de sus páginas no está negada a nadie ni a nada, salvo la exigencia de interés y calidad. Por último, porque no será una colección de resoluciones ni un balance de resultados de lo que da de sí la vida del partido, sino antes bien un reflejo de la riqueza de la problemática a la que todos, militantes y no militantes, nos enfrentamos.

Una vez dicho esto, sin embargo, debemos y podemos declarar nuestras prioridades, y éstas no pueden ser otras que las del movimiento obrero. El análisis político de la evolución de la clase obrera y sus organizaciones sindicales, sus experiencias más importantes de lucha, la conformación del Estado, la cuestión nacional, la crítica del reformismo, las tareas de la izquierda revolucionaria..., serán los temas que ocupen el centro de nuestras páginas. Con ello se puede suponer ya, pues, lo que la revista no será: ni un instrumento de debate entre intelectuales inaccesible a la mayoría, ni refugio de desesperados de un movimiento obrero que va más despacio de lo esperado.

Este primer número tiene algo o mucho de tanteo, de vacilante, como todos los primeros pasos. Esperamos sinceramente que los que vengan después lo hagan desmerecer. Para ello contamos con las colaboraciones, las críticas y las sugerencias de los lectores y amigos, que siempre serán bien recibidas.

Para terminar, el escabroso tema de siempre. La edición regular de una revista, como será la de *Comunismo*, de periodicidad bimestral, tiene un alto coste y elevados riesgos, como lo prueba la sistemática desaparición de muchas cabeceras del mercado editorial. El mejor seguro contra esto está en la regularidad de los ingresos, que depende primordialmente de las suscripciones. Por eso hacemos desde ahora mismo un llamamiento a todos quienes comparten la necesidad y viabilidad de esta empresa a contribuir a esta última suscribiéndose a la revista.

Queremos también pedir perdón por la utilización exclusiva del castellano, en detrimento de otras lenguas nacionales. La solución de utilizar distintas lenguas en una misma edición no nos convence, porque excluiría la posibilidad de lectura a sectores muy importantes y desembocaría, tal vez, en lo contrario a lo buscado; esto es, en que ningún no-vasco, no-catalán, no-gallego, etc., leyese los artículos en euskera, catalán o gallego, que normalmente serían, para más inri, los que trataran de realidades nacionales distintas de las del lector excluido. La solución sería editar *Comunismo* en las cuatro lenguas, pero eso nos está vedado económicamente, al menos de momento.

Este número contiene un detallado análisis de las elecciones catalanas acompañado de unas primeras hipótesis analíticas. Los artículos de Henri Weber y Jean-Marie Vincent, el primero publicado originalmente en francés en enero del 79 y el segundo todavía inédito, abren y cierran, de momento, un interesante debate sobre las condiciones en que se mueve la evolución de la conciencia de clase de los trabajadores en el capitalismo tardío, iniciado por la revista *Critique Communiste*; entre los dos artículos que aquí se publican han intervenido en este debate F. Ollivier, A. Arthous, M. Lequenne y E. Mandel. En el próximo número publicaremos el artículo de este último; por imperativos de espacio, no podemos seguir la secuencia cronológica original.

Otro trabajo está dedicado a la discusión de la estrategia de CC.OO. y sus salidas en el momento actual, momento cuando menos de confusión y reorientación. Los interesados en el tema de la enseñanza podrán encontrar un artículo dedicado a la política legislativa desde la Constitución a la LAU y elementos para un balance. También el tema internacional encuentra espacio, con un estudio de la política exterior de la Unión Soviética y sus raíces estructurales. La lista de artículos se cierra con una entrevista a Juan Andrade, integrante destacado del núcleo de dirección del primer PC Español, ahora que se cumple el 60 aniversario de su fundación. El índice se completa con recensiones de la obra publicada en castellano de Perry Anderson, del libro de Rudolf Bahro.

Punto final a una etapa

Elecciones en Catalunya

Sin caer en la tentación de minimizar el cambio de signo en la situación parlamentaria catalana, a raíz de las elecciones del pasado 20 de marzo, sería incorrecto analizarlo o simplemente describirlo como la "conquista" de la mayoría electoral por parte de la derecha. Para estudiar el fenómeno en toda su dimensión hay que partir de la base de que es la izquierda, el PSC-PSOE y el PSUC, quien ha perdido la mayoría elec-

Pau Pons

toral y parlamentaria obtenida el 15 de junio de 1977 y mantenida por espacio de dos años y nueve meses.

En efecto, una primera ojeada sobre los resultados globales nos advierten de que las opciones burguesas han perdido unos 330.000 votos con relación a los comicios del 1 de marzo de 1979 (45.000 de la corriente "Alianza Popular" y 285.000 de la UCD catalana), mientras que por otro lado los dos partidos de la nueva mayoría burguesa en Catalunya ganaban: Convergencia i Unió más de 260.000 votos y Esquerra Republicana unos 115.000. Globalmente, la derecha parlamentaria obtenía un incremento que apenas supera los 45.000 votos.

En contrapartida, los dos partidos obreros mayoritarios (únicos partidos de la izquierda parlamentaria desde el 15-J hasta hoy) perdían cerca de 300.000 votos, de los que la parte del león corresponden de al PSC-PSOE que ha sufrido un brutal descenso de 276.000 votos respecto a las elecciones generales de 1979. Puestas así las cosas, es lógico que aún antes de entrar en un análisis más detallado del voto por circunscripciones y zonas, adelantemos una hipótesis acerca del carácter social de la abstención, que fue del 32,5% en las generales de 1979 y ha alcanzado el 39,8% este 20 de marzo. Sin duda algunos esos 300.000 votantes que participaron hace un año y se han abstenido ahora pertenecen en su gran mayoría al área del voto obrero.

Un importante desplazamiento social de la abstención, cuyas implicaciones difícilmente se aprecian en el volumen cuantitativo general (incremento de un 7,3% respecto del 1-M, de un 0,7 respecto del 3-A y disminución de un 1,5% respecto del referendun autonómico) pero que se ponen en seguida de manifiesto al analizar la distribución territorial de la abstención. Las ciudades del famoso "cinturón rojo" de Barcelona han sufrido incrementos en la abstención electoral del orden del 8 al 12%; en contrapartida, en las comarcas interiores de la mal llamada "Catalunya pobre" y prácticamente en toda la circunscripción de Girona se mantienen por lo general las tasas de participación llegándose, en algunos casos, a superar la participación del 3-A y aún la del 1-M. Tomemos como referencia la última convocatoria electoral, la del referendun al Estatut, con una participación general media en toda Catalunya del orden del 58,6%, participación que, como ya se advirtió en su momento, descansaba

fundamentalmente sobre los sectores populares. Ofrecemos a continuación algunas poblaciones del Area Metropolitana, con un voto de componente esencialmente obrera, en las que este 20 de marzo la participación no ha aumentado ese "uno coma" de la media catalana sino que ha descendido (la primera cifra corresponde a la participación en el referendun, la segunda en las elecciones): Cornellá 62,5%/62%; El Prat 65%/60,5%; Santa Coloma 57,3%/55%; Hospitalet 65%/60,3%. Pero es sin duda más aleccionador estudiar la evolución de la participación en localidades de Lleida o Girona, "Fuentes" del voto de la nueva mayoría burguesa: Banyoles 63,6%/71,5%; Figueras 60,8%/68,8%; Puigcerdà 58%/62%; Olot 67%/72,5%; Viella 46%/57%; Cervera 55%/62%; La Seu 55,7%/59,3%; Tàrraga 62%/69,5%; Balaguer 57%/64%; Solsona 51,3%/65,1%.

Cabe solo señalar la excepción de esta tendencia general, que se produce en las comarcas del Baix Ebre y Montsià y en la Vall d'Aran, comarcas fuertemente agrarias, que ya participaron muy débilmente en el referendun y con una cierta influencia del voto UCD.

El análisis de la participación-abstención en la ciudad de Barcelona no hace sino completar la panorámica general, arrojando un saldo de pérdida neta de al menos 60.000 votos de los barrios más obreros de la ciudad. El incremento de la abstención general media en la ciudad, respecto al pasado 1 de marzo de 1979 es del orden de Un 6%; veámos como en los distritos de voto predominantemente burgués, este incremento de la abstención es muy inferior a la media: Dto. IV (1%), Dto. VI (2%), Dto. VIII (3%), Dto. III (4%). En contrapartida, en los distritos de componente obrera, los pilares de la "mayoría municipal" de izquierdas, la abstención ha aumentado muy por encima de la media: Dto. IX (11%), Dto. X (8%), Dto. XII (8%). Un fenómeno análogo puede constatarse en la mayoría de localidades importantes donde existe una población claramente diferenciada por barrios con su natural correspondencia en el voto. Los barrios céntricos, cáscos antiguos, zonas residenciales de alto nivel, etc. acusan progresiones muy débiles de la abstención, en contrapartida los suburbios y las "ciudades dormitorio" por lo general superan la abstención media del término municipal. Mientras que a la burguesía, el "cambio de imagen" y la agresividad de la campaña, el sentimiento nacionalista y otros elementos que analizaremos más adelante, le permitían "retener

votos" y prácticamente estabilizar la abstención en sus zonas de influencia, los partidos obreros se mostraban impotentes para evitar que una parte significativa de su electorado pasara a engrosar las filas del llamado "primer partido" del país, la abstención y el desengaño por la vía de la apatía y la desmoralización en muchos casos, por el camino de la desesperación en otros.

El fin de la mayoría obrera electoral, debe estudiarse prácticamente como el hundimiento electoral del PSC, el primer partido parlamentario de Catalunya desde el 15-J, ya que en el caso del voto comunista, el PSUC ha mantenido sus cifras con una pérdida de tan sólo 3.500 votos lo que, como veremos, no resta importancia al análisis específico del voto a este partido.

El PSC obtuvo una media del 22,5%, frente al 29,2% de las legislativas del 1 de marzo de 1979. Perdió en estas elecciones al Parlament el primer puesto en cada una de las cuatro circunscripciones, colocándose en segunda posición a una distancia del 5,5% respecto a la primera candidatura, Convergència i Unió. La primera observación que hay que hacer acerca de la caída del voto socialista es la sorprendente homogeneidad en el descenso. Así, los mejores resultados del PSC, aquellas zonas en las que supera la media, siguen coincidiendo con las comarcas de mayor influencia electoral en el pasado. Sobrepasa el 30% en el Baix Penedés y obtiene entre

un 25 y un 30% en el Garraf, Alt Penedés, Anoia y Baix Llobregat, así como en el Montsià y la Vall d'Aran. Los resultados más ajustados a la media los encontramos en la zona de influencia alrededor de las cuatro capitales de provincia. Las comarcas en las que el voto socialista ha tenido menos incidencia este 20-M coinciden básicamente con las que obtuvo peores resultados el 1-M: Conca de Barberá, Segarra, Solsonés, Berguedà y Osona; todas ellas contiguas y con una fuerte tradición conservadora. Resumiendo, el 1 de marzo de 1979 los socialistas ganaron en 18 comarcas mientras que en las elecciones al Parlament, sólo obtienen el primer puesto en el Baix Penedés, Segrià y Garraf. En términos absolutos, donde el PSC pierde un mayor número de votos es en las comarcas de Barcelona (Baix Llobregat, Vallés Oriental), Tarragona (Alt Camp, Baix Penedés, Tarragonés, Baix Camp), así como Les Garrigues y el Baix Empordà comarcas donde el PSC había obtenido muy buenos resultados en 1979. Posteriormente constataremos como los votos perdidos por el PSC en las comarcas más industrializadas apenas puede señalarse a que otra candidatura han podido engrosar, mientras que las zonas agrarias o mixtas de mayor pérdida socialista coinciden, en general con los centros importantes de incremento del voto ERC.

Veamos a continuación algunos datos por municipios que dan una idea de la debacle socialista, tanto en términos absolutos como relativos a los porcentajes obtenidos en anteriores comicios

LOCALIDAD	% 15-J	Votos	1-M %	% 3-A	Votos	20-M %
El Prat	39,5	9.269	36	40	5.867	26,5
Sant Boi	36	11.358	34,5	35	7.659	28
Cornellà	41	17.320	37	32	10.697	26,5
Esplugues	37		38,5	42		31,5
Sabadell	26,3	25.603	27	20,6	18.971	21,5
Terrassa	25	24.782	30,5	19,6	16.703	23,5
Badalona	35,5	35.729	36	36,5	23.469	27
Santa Coloma	44,3	28.940	44,4	36	18.857	35
Hospitalet	44,6	60.813	41,5	41	41.519	34

Desde el punto de vista de la estricta sociología electoral el análisis del voto PSUC resulta francamente aburrido a causa de su impresionante estabilidad: en las comarcas, localidades, barrios y colegios electorales en los que tenía buena representación el 1-M (del 20% al 35%) sigue manteniendo esa influencia, incluso con ligeros aumentos absolutos. Donde contaba con escasa implantación (menos del 10%) no consigue aumentarla sino que en algunos casos acusa leves pérdidas en cifras absolutas. En otras palabras la "especificidad" del voto PSUC tiende a agudizarse.

Los rasgos generales de esta "especificidad" se distribuyen del siguiente modo: sus tasas máximas se sitúan en las tres comarcas más pobladas e industrializadas de Catalunya: Baix Llobregat (32%); Vallés Occidental (27,7%) y Barcelonés (20%). Alrededor de su media global (19%) se sitúan los resultados obtenidos en el Vallés Oriental, el Garraf, Tarragonés, Conca de Barberá, Priorat, Ribera d'Ebre y Montsià. Los porcentajes más bajos (por debajo del 10%) se localizan fundamentalmente en las comarcas del Nordeste de Lleida y en la mayoría de las de la circunscripción de Girona. Tampoco alcanza el 10% en dos comarcas barcelonesas (Alt Penedés y Osona) ni en la tarraconense del Baix Penedés.

Volveremos más adelante sobre el análisis de la campaña del PSUC y los factores que parecen explicar esta capacidad de "retención" de voto así como una acusada impotencia para aumentarlo significativamente, máxime con el importante volumen de la pérdida socialista. Adelantemos

ahora, que a nivel municipal parece repetirse un determinado fenómeno que pone en relación al PSUC con la importancia de la pérdida socialista. En las localidades industriales donde el PSC gobierna el ayuntamiento, las pérdidas sufridas por este partido son muy fuertes. Donde es el PSUC quien dirige el consistorio el PSC tiene —por lo general— pérdidas más atenuadas.

Un impresionante desplazamiento de votos dentro del campo burgués, es lo que explica el hundimiento del partido del gobierno ("Centristes de Catalunya-UCD") y su automático reemplazamiento en las funciones del liderazgo burgués por parte de Convergència i Unió, con un 28% del total de votos emitidos. Las ganancias de votos de C i U están tan generalizadas y repartidas por comarcas, como lo están las pérdidas de la UCD. Conviene aquí recordar que al menos un 50% de los 45.000 votos perdidos por la derecha ultramontana, "Solidaritat Catalana" fraguista, han ido a taponar las vías de agua del electorado centrista.

El 1 de marzo de 1979 Convergència sólo superaba el 35% en dos comarcas (Osona y Solsonés) y era la primera candidatura en seis. Este 20 de marzo, ocupa el primer puesto en 26 comarcas (de un total de 38), superando el 40% en cinco de ellas: Berguedà, Garrotxa, La Selva, Osona y Solsonés, donde alcanza el 47%. A pesar de la multiplicación de sus porcentajes, la zona fundamental de influencia sigue siendo prácticamente la misma que el 1-M. Constituye un área

continua que engloba todas las comarcas de la circunscripción de Girona y la mayor parte de las de Barcelona, principalmente la mitad norte y excluyendo las comarcas del cinturón industrial de Barcelona; este área se introduce en Lleida y Tarragona, avanzando desde el Urgell, Segarra y Anoia hacia el Biax Camp. Cuando más al sur, más disminuye el peso de Convergencia, particularmente débil en la circunscripción de Tarragona, hasta llegar al Montsià, donde sólo obtiene el 13,8% de los votos.

Sin embargo, no hay que pensar que la debilidad de Convergencia en tierras tarraconenses se traduzca en fortaleza de la izquierda. Más bien, el análisis del voto por municipios da a entender que ha sido la mayor resistencia al "desplazamiento" del voto por parte de UCD en esta zona, unida a la abstención, los factores que han dificultado un mayor crecimiento de C i U. Aunque en general, como ya hemos señalado al principio, la abstención no ha sido problema serio para Convergencia; en este sentido cabe señalar cómo comarcas con tradición abstencionista (como el Solsonés y La Segarra, donde C i U es fuerte) han incrementado su participación este 20-M.

Capacidad para entusiasmar abstencionistas y llevarlos hasta las urnas, una credibilidad capaz de imponerse por encima de UCD y apoderarse de una parte sustancial de su espacio electoral, han sido a todas luces los ingredientes fundamentales del salto adelantado dado por el partido de Jordi Pujol, a los que se añaden en mucha menor escala pequeños desplazamientos de voto desde el PSC y SC. De modo que la componente fundamental del voto que ha llevado a Pujol a la presidencia de la Generalitat proviene de la debacle de UCD. Veámosla brevemente, aunque ya hemos adelantado que los números rojos de UCD coinciden básicamente con los positivos de Convergencia.

Los máximos descensos de UCD se dan en las circunscripciones de Girona y Barcelona; a nivel comarcal, este descenso se extiende a las comarcas del norte de Lleida. Las zonas donde mantiene una implantación significativa (superando su % medio para el conjunto de Catalunya) se corresponden con la casi totalidad de las comarcas tarraconenses, las de la mitad sur de Lleida a las que hay que sumar La Garrotxa y el Alt Empordà, en Girona.

En general, su implantación más consistente, en Tarragona y Lleida, viene a formar una especie de amplia "franja fronteriza" con Aragón y el País Valencià. En esta franja C i U no ha conseguido una penetración tan importante como en Girona y las comarcas del interior de Barcelona, donde UCD se mantenía fuerte hasta el pasado 1-M.

ERC, un verdadero "milagro" electoral, es el que se ha producido para éste, hasta ahora, pequeño partido que sólo ha contado con un diputado en las Cortes y que, en anteriores convocatorias, recogió los siguientes porcentajes: 15-J: 141.959 (4,5%); 1-M: 123.474 (4,1); 3-A: 102.085 (3,8), para pasar este 20-M a doblar el número de votos conseguidos en 1979, con un total de 241.663 (%9). El "consenso" con sus 14 diputados es indispensable para constituir el gobierno de derechas alrededor de la figura de Pujol.

En general, el voto de ERC tiene una distribución comarcal bastante homogénea, supera en todas las comarcas el 5% y ocupa el cuarto o quinto lugar. Si el 1-M sólo consiguió superar el 10% en el Pallars Sobirà, ahora lo ha hecho en 16 zonas homogéneas de fuerte influencia del voto ERC. La primera comprende la zona sur de Lleida y las comarcas colindantes de Tarragona. La segunda, parte del Berguedà llegando hasta la costa gerundense. Naturalmente, en este caso no se trata de definir zonas de "dominio" o hegemonía electoral, puesto que se trata de una candidatura "fronteriza" que no se desarrolla principalmente sobre zonas de arraigo histórico, sino en primer lugar sobre la base del voto migratorio. En la segunda parte trataremos de explicar

cómo, de hecho, la campaña electoral de ERC no se agota en su propia propaganda electoral sino que recoge también el subproducto "nacionalista" de otras.

Las bazas de la burguesía

La "especificidad" de Catalunya, única "nación histórica" (con el art. 151 de la Constitución, en marcha) con una clara mayoría electoral en favor de los partidos obreros (y dentro de ella una relación comunistas-socialistas mucho más equilibrada que a escala de estado) ha constituido una seria amenaza para los proyectos del gran capital y la estabilización definitiva de la "reforma política". Si Euskadi es una llaga abierta en el régimen de la UCD, Catalunya podía constituir el tumor oculto que se manifiesta inopinadamente atacando vísceras esenciales. La operación política llevada a cabo en toda la etapa de la "Generalitat provisional", invirtiendo en la práctica el sentido de los resultados electorales y consiguiendo que la "autonomía catalana" no sólo no desentonara en el coro constitucional español sino que en algunos momentos pudiera ser presentada como modelo de armonía, esta operación política descansaba esencialmente en la voluntad de pacto de los dos principales partidos obreros y a la amenaza, siempre presente, de un desbordamiento se unía, a partir de este 20 M, la existencia de unas instituciones (ante todo el Parlament) que, con pocos o muchos poderes, adquirían su dinámica propia y sus relaciones particulares con el movimiento de masas. De ahí el extraordinario interés del conjunto de la burguesía por tratar de "romper" la mayoría obrera en Catalunya, por garantizarse plena libertad de movimientos en una nación esencial para sus proyectos de reestructuración económica y por asegurarse que desde ninguna de las "autonomías" se alzaría un sólo ejemplo, por insignificante que fuera, de cómo se gobierna al margen o contra la UCD.

Para tratar de conseguir su objetivo la burguesía podía apoyarse en primer lugar en la propia debilidad política del PSC y del PSUC, en segundo lugar en los medios de donde puede sacar y saca siempre su capacidad política la burguesía (el dinero, el chantaje y la demagogia) y en tercer y último lugar en las condiciones objetivas mismas que la propia crisis económica y el importante volumen de paro en Catalunya propiciaban (12% de la población activa en paro, 3.000 expedientes de crisis en 1979).

La debilidad de los dos principales partidos de izquierda provenía en primer lugar de su actuación pasada, de su compromiso activo con la reforma política burguesa y, en segundo lugar, de su negativa explícita a cambiar de política. En este pasivo de los partidos obreros mayoritarios se acumula desde la tradición de pactos y consensos en lo político y lo social que finalizan en el "acuerdo-marco" UGT-CEOE y los pactos municipales con CDC, aceptando el estrangulamiento económico de los municipios por parte de UCD, sin dar respuestas energías y embarcándose en una política financiera impopular para importantes sectores de la pequeña burguesía, hasta la aceptación callada de todas las maniobras y afrentas desde sus puestos de "consellers" del gobierno de Tarradellas, pasando por enfrentamientos y escaramuzas entre socialistas y comunistas en las empresas y en los ayuntamientos. Es francamente difícil tirar de la manta y cantarles las cuarenta a la derecha, en una campaña electoral, cuando se ha estado prácticamente comiendo en el mismo plato en los

últimos dos años y pico. Es francamente difícil aparecer como una alternativa sólida y con credibilidad frente a la derecha cuando no se está dispuesto a plantear ante los trabajadores cuál es la base de la relación de fuerzas para levantar esta alternativa, la acción unitaria PSC-PSUC, sino que por el contrario (campaña del PSC) se rechaza esta posibilidad y se especula ridículamente con la perspectiva de un gobierno "monocolor" socialista. Pero es sobre todo muy difícil hacer recular a la derecha, desacreditarla, aparecer como una alternativa real, cuando simplemente se rehuye el tema de una posible alianza con Convergencia como estrategia electoralista (caso del PSC) o se hace del "gobierno de unidad" con la burguesía la panacea para los próximos años y casi la justificación de la propia candidatura, o al menos muy claramente del cabeza de lista (caso del PSUC con Benet).

Si los programas de gobierno de las dos principales candidaturas de izquierda sonaban a la música celestial de los tópicos manidos de siempre, el poder de sugestión de los eslogans electorales era aún menor: "Reventós, presidente de todos" proponía el PSC, "Benet: presidente de todos" replicaba el PSUC. Convergencia no cayó ni por un momento en la trampa infantil de proclamar "Pujol será el verdadero presidente de todos", tampoco "resbaló" en el ataque directo, otro hacían esa faena; Convergencia se limitaba a sugerir: "Pujol: el hombre para levantar Catalunya y no para dividirla". La primera parte de la frase era la imprescindible lírica electoralista, la segunda constituía el auténtico mensaje político: "ellos" dividen Catalunya, si ganan habrá "jaleo", si gana Pujol... no habrá crisis ni división puesto que quienes tienen que hacerle la guerra le ofrecen ya ahora el olivo.

El segundo elemento con el que la burguesía jugaba a su favor partía de sí misma o, para ser más exactos, de su bolsillo. Por vez primera en el post-franquismo la patronal tomaba parte, como tal, en una contienda electoral. El Fomento del Trabajo, especie de filial de la CEOE en Catalunya, destinaba 500 millones de pesetas, convictos y confesos (¿cuántos en realidad?), a la campaña electoral. La parte más importante de estos fondos se integraba directamente en los presupuestos de los partidos burgueses, en primer lugar la UCD y Convergencia que gastarían la parte más importante, un pico se despilfarró en la campaña de Echevarría (líder de Solidaritat Catalana y directivo de Motor Ibérica) y... ¿cuántos millones se "deslizaron" hasta el presupuesto de ERC, que realizó una campaña impresionante en radio y publicidad exterior, distribuyendo cantidades astronómicas de folletos a domicilio? Pero los señores del Fomento no se limitaron a hacer de samaritanos de las candidaturas burguesas, se guardaron también un resto para tomar la palabra por sí mismos. Desde semanas antes de la campaña y hasta la misma víspera electoral todos los periódicos catalanes destinaban una página diaria a la propaganda del Fomento que, además, distribuyó centenares de miles de "bandos" en las paredes de otras tantas pequeñas empresas, comercios y establecimientos públicos.

El contenido de la propaganda de los patronos tenía toda la crudeza, la sinceridad, la grosería y el "señalar con el dedo" de quien sabe que no va a provocar efectos contraproducentes en las urnas (puesto que no comprometía a ninguna candidatura de la derecha) y además quiere amortizar al máximo los cuartos que se gasta. Un pretendido "antimarxismo" y sobre todo un



explicito anticomunismo fueron, por espacio de varias semanas, los ingredientes esenciales del menú electoral de la patronal, pero el resultado tenía un viejo y conocido sabor, el sabor a miedo, a miedo al paro, a miedo al "golpe", miedo a "lo desconocido" (quizás la "Catalunya nueva" que auguraban los socialistas, en sus carteles); miedo, también, a "lo conocido", la reacción de los que tienen el poder económico si les es arrebatada aunque sea una pequeña parcela del poder político. El objetivo de la campaña eran, sin duda alguna, los socialistas, el primer partido obrero de Catalunya que aspiraba oficialmente al 30% de los votos como mínimo (según las propias circulares de la ejecutiva socialista) y que constituía la fuerza más próxima a acceder a la presidencia y vertebrar el futuro gobierno de la Generalitat. La conferencia del PSC, celebrada a finales de 1979 para definir la línea electoral y la política de alianzas del partido había visto crecer el peso de las posiciones de izquierda (pacto con el PSUC) que amenazaban con imponerse a las de derecha (pacto con CDC, sin PSUC, ya concertado —de hecho— a raíz de las entrevistas Pujol-Reventós). Al fin, la cosa se salvó con una fórmula ambigua pero, a la vez, incómoda para la dirección del PSC comprometida en la vía de un gobierno pactado con Convergencia, "gobierno socialista en solitario y, si los votos no lo permitían y hacían necesarias alianzas, ningún pacto por la derecha que impidiera alianzas por la izquierda".

El objetivo de la campaña del Fomento eran los socialistas, se trataba de restarles credibilidad y autoridad política, de amedrentar a los sectores más moderados o "menos conscientemente socialistas" de su electorado. Pero el medio utilizado para llevar adelante esta tarea no fue —muy inteligentemente— el ataque directo a los socialistas. Ya se sabe que en unas elecciones no conviene hablar demasiado del contrario ni aunque sea para criticarlo. La "bestia negra" de la campaña del Fomento fue el PSUC, el "espectro" del comunismo en la mejor versión macartiana, rebuscando los textos más "duros" y las frases más "espeluznantes" en textos de Carrillo y resoluciones del PSUC (trabajo bibliográfico de verdaderos artistas, dicho sea de paso) y, a partir de ahí, utilizando la amalgama comunismo-marxismo-socialismo-"compañeros de viaje"—"tontos útiles" para

detenerse precisamente en esta última conclusión: los socialistas estaban atados a los comunistas, la victoria socialista implicaba la vuelta al "frente popular", un gobierno socialista-comunista, la crisis política, la miseria social...

A un nivel, digamos consciente, todo esto era demasiado burdo para atraer electores de izquierda hacia la alternativa del Fomento. Pero el Fomento no era una candidatura, era simplemente el soporte, el sustrato —digamos que inconsciente o subconsciente— de las candidaturas de la derecha y muy particularmente de la campaña de UCD i CiU. Para que la operación culminara con éxito las campañas de estos partidos tenían que conectar de algún modo con la de los empresarios, tenían que poseer elementos comunes de chantajismo, a un nivel subliminal. La característica fundamental de la campaña de la UCD era su carácter defensivo y su explotación de la imagen de "amigos del gobierno de Madrid". Sus mensajes ("Evitemos aventuras", "UCD es más seguro", "Defiende tu puesto de trabajo") seguían la línea iniciada por la campaña de la patronal al igual que, más sutilmente, lo hacían los de Convergencia. Ya hemos hablado del "... no para dividirla", pero la misma referencia a "quién" puede levantar (económicamente) Catalunya y el mismo "Ahora conviene votar Jordi Pujol" ("¡vota!, te conviene") mantenían el tono.

Reformismo: de la miseria política a la escasez electoral

Por supuesto que los antídotos para este género de intoxicación publicitaria estaban más que de sobra al alcance del PSC y el PSUC. Este último, uno de cuyos lemas más extendidos fue "PSUC: la fuerza de los trabajadores", respondió el último día de la campaña con un simpático anuncio de prensa en el que "agradecía" al Fomento la publicidad gratuitamente realizada, pero esta "nota de color" no neutralizaba toda una campaña en favor de un "gobierno de unidad", polemizando con los socialistas acerca de la conveniencia de pactar con Pujol e incluso con la UCD para favorecer la "consolidación de la autonomía".

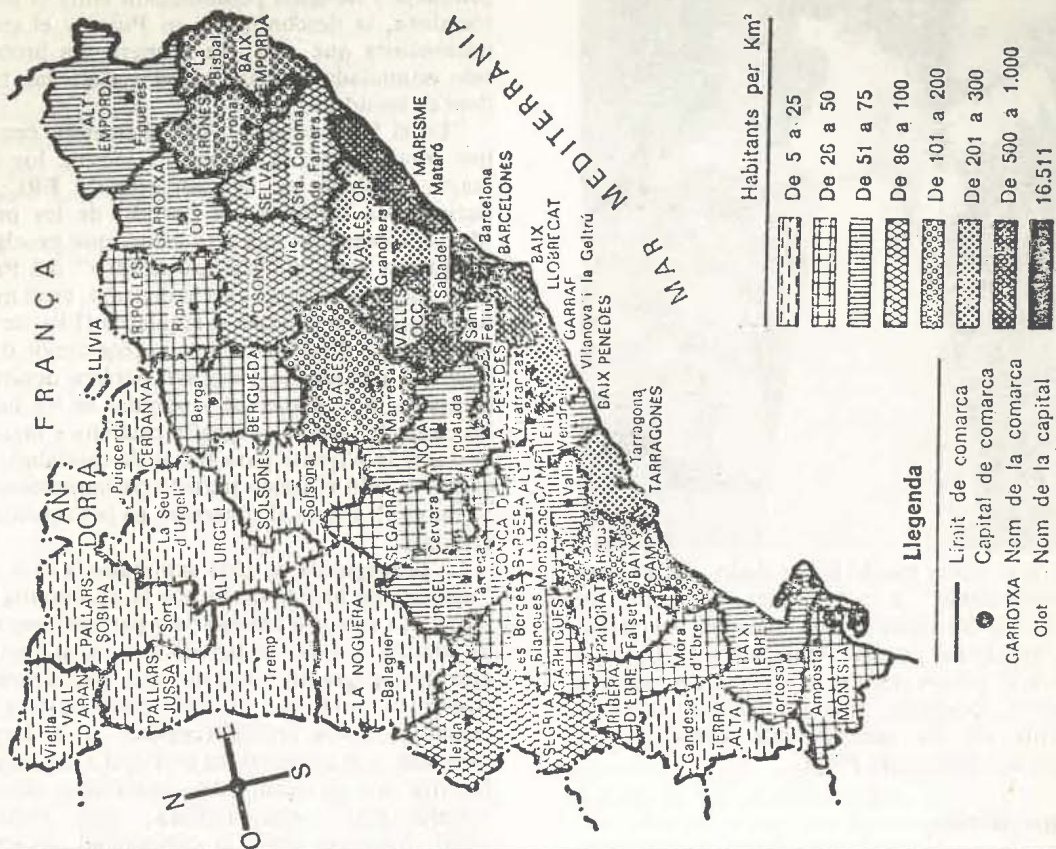
La campaña electoral del PSC, particularmente desacertada y difusa, consiguió llevar hasta el extremo la imagen de una política desangelada y claudicante. Para mayor desgracia, compartía dos lemas centrales: el del "presidente de todos" con el PSUC y el de "la Catalunya nueva" con ERC, completaba el cuadro la fotografía de un hipotético gobierno socialista con el lema "hombres y mujeres preparados y responsables". Sin respuesta adecuada a la campaña del Fomento y a la agresividad de la derecha, arrastrando problemas en numerosos municipios y cargando con una imagen de incapacidad, en la etapa final de un proceso de negociación colectiva desarrollado bajo las implicaciones del acuerdo-marco, los socialistas aparecían ante la clase trabajadora con el rostro de una alternativa incapaz de entusiasmar a nadie, como el voto al "mal menor". Documentos internos del PSC reconocen haber perdido, camino de la abstención, una cifra de votos obreros que ronda los 150.000 y parece muy razonable que así sea: al menos 100.000 abstenciones obreras suponen la deserción del voto socialista, algunas decenas de miles podrían fácilmente haber optado por el PSUC (mejor imagen en la gestión municipal, mejor imagen de CCOO) y otros tantos haberse desplazado hacia el PSA.

La campaña electoral del PSUC presentaba una doble imagen, hasta tal punto que se desarrollaba

prácticamente como dos campañas. Una de rostro "duro", combativo, dirigida a los trabajadores. La otra, de rostro "amable" unitario y pactista, giraba en torno a la candidatura de Benet para la presidencia y pretendía si no arrancar votos al espacio que va de CiU al PSC, sí al menos resistir la embestida presidencialista, al estilo americano, de la pugna Reventós-Pujol, que amenazaba con dejar al PSUC en un plano muy secundario. Para llevar al votante ganado o mantenido por el rechazo de los pactos y retrocesos del PSC hasta el terreno de la "unidad catalana", especie de repetición del "tarradellismo" sin Tarradellas, había que hacer verdaderas acrobacias. Así el PSUC proclamaba su voluntad de luchar por una "mayoría de izquierdas", para conseguir un "gobierno de progreso", Benet en todas sus intervenciones ponía fin al laberinto explicando que hasta la UCD podía ser llamada a este gobierno de "progreso" sostenido por una mayoría de izquierdas. Mientras tanto, el balance del acuerdo-marco, de la aprobación del Estatuto de los trabajadores y de otros puntos negros de la política sindical socialista trataban de ganar espacio para el voto comunista en el seno de la clase obrera. El impulso de la huelga de transportes de Barcelona, con un violento enfrentamiento en el consistorio con CiU y el PSC completaba el cuadro de la candidatura que quería aparecer como "la fuerza de los trabajadores". Y sin embargo, el naufragio socialista arrastraría también al PSUC a tragar su dosis de agua: ni un sólo voto ganado por "la izquierda", ni un sólo voto ganado por "la derecha"; resultados prácticamente idénticos al 1 de marzo de 1979, notable disciplina de los votantes, significativa congelación del espacio electoral. Sin embargo, la gran estabilidad de las cifras globales, no deben hacernos perder de vista pequeños fenómenos subterráneos de desplazamiento del carácter social y político del voto PSUC.

Como ya hemos señalado anteriormente, esta estabilidad absoluta es el resultado de una pequeña contracción del voto en las zonas de componente predominantemente pequeño, burguesa, o bien trabajadores por cuenta propia, etc. combinada con una ligera expansión en las zonas más propiamente proletarias (expansión relativa al 1-M, pero que no llega a cubrir la parte proporcional del crecimiento del censo, se trata en todo caso de variaciones del orden del 1 al 2% por comarcas y del 1 al 5% por colegios electorales). Por otra parte, todo parece indicar que, del mismo modo que una pequeña parte de las pérdidas en voto obrero de los socialistas han engrosado las cifras del PSUC, este partido también ha sufrido pérdidas (en cantidades similares, del orden de los 20 ó 30 mil votos) de voto obrero, que han ido a parar casi íntegramente a la abstención (probablemente un pico al PSA y posiblemente un piquillo a UpS). En definitiva, a la imagen electoral obrera-combativa le faltó credibilidad (que sólo podía venir sustentada por una consecuente práctica anterior y, sin duda, por una orientación de unidad de clase hacia las bases socialistas) para parar el aluvión abstencionista y aún para evitar la sangría de los sectores más críticos y radicalizados de su electorado. Sirvió para consolidar el espacio de voto obrero ganado en anteriores ocasiones. A la imagen Benet-unidad, le faltó credibilidad y mordiente, verosimilitud y garra, le ha faltado —por ejemplo— todos y cada uno de los 130.000 votantes que, en la circunscripción de Barcelona, el pasado 1-M no votaron PSUC al Congreso pero votaron Benet al Senado. Benet y tras él la misma propuesta de gobierno de concentración que defiende el PSUC en

Mapa de les comarques de Catalunya amb les densitats corresponents a l'any 1970



Font: Generalitat de Catalunya, Ponència de la Divisió Territorial de Catalunya, Divisió Territorial, Estudis i Projectes. Nomenclator de municipis (Barcelona 1933). Per a les dades del 1970: Taula 31.

Resultados electorales definitivos en toda Catalunya

Partidos coaliciones	Barcelona			Girona			Lleida			Tarragona			Total	
	Votos	%	escaños	Vots	%	escaños	Votos	%	escaños	Votos	%	escaños	Votos	escaños
Ci U	572.465	27,42	26	84.501	37,42	7	45.162	28,40	5	52.660	23,72	5	754.788	43
PSC	487.397	23,35	22	44.691	19,79	4	30.812	19,37	3	45.892	20,67	4	608.792	33
PSUC	437.627	20,96	20	21.253	9,41	1	16.968	10,67	1	33.650	15,16	3	509.498	25
CC-UCD	171.816	8,23	7	34.482	15,27	3	37.405	23,52	4	43.913	19,78	4	287.616	18
ERC	174.604	8,36	8	24.201	10,71	2	19.565	12,30	2	23.293	10,49	2	241.663	14
PSA	63.705	3,05	2	2.992	1,32		1.062	0,66		4.342	1,95		72.101	2
SC	54.135	2,59		3.288	1,45					6.747	3,04		64.170	
NE	32.486	1,56		5.427	2,40		2.880	1,81		4.171	1,87		44.964	
UPS	28.521	1,37		1.261	0,55		1.070	0,67		2.255	1,01		33.107	
FN	20.097	0,96		2.321	1,02		2.075	1,30		3.336	1,50		27.829	
PCOC	12.938	0,62											12.938	
BEAN-UP	11.697	0,56		777	0,34		765	0,48		915	0,44		14.154	
FE-JONS	5.961	0,29					608	0,38					6.569	
PCT-PCC	5.639	0,27		1.101	0,45		603	0,39		715	0,33		8.058	
PNI	4.650	0,22											4.650	
CIC	4.026	0,19											4.026	



los últimos tres años, puede haber dado una imagen más "presidenciable" a la candidatura (factor no despreciable ante los sectores más atrasados del electorado) y ha servido para ocultar la negativa del PSUC a apoyar desde el primer momento al candidato obrero mejor situado, Reventós. Pero ha incidido también negativamente en los sectores más conscientes y radicalizados del electorado PSUC.

Socialismo pierde, nacionalismo gana

Hemos seguido, hasta ahora, el camino de los votos de derecha que, provenientes sobre todo de UCD, han ido a engrosar los resultados de CiU y han contribuido a consolidar una alternativa burguesa hegemónica. Hemos visto también cómo el desengaño por la política reformista arrastraba una franja importante del voto obrero —sobre todo del PSC— hacia la abstención, debilitando el peso electoral de la izquierda, principalmente en el Área Metropolitana de Barcelona. Es imprescindible analizar un tercer fenómeno, sin el cual es imposible explicarse el cambio global en la relación de fuerzas. Es el fenómeno de la pérdida de votos socialistas "por la derecha", del crecimiento inusitado de ERC. Es un fenómeno que afecta por igual a todas las comarcas (pero cuyos resultados quedan multiplicados por la desproporción de la ley electoral que prima las circunscripciones de Lleida, Tarragona y Girona); es, por último, un fenómeno que atañe directamente a la influencia socialista sobre las "capas medias" de la ciudad y del campo, en Catalunya.

La única hipótesis (puesto que, en este caso, su demostración mínimamente palpable exige no sólo un análisis muy detallado de la evolución de los resultados, sino también una labor de encuesta de opinión) que permite explicar este tercer fenómeno, nos parece la siguiente: ERC recoge la emigración de un voto socialista que va "hacia CiU" pero que "no se atreve" a entregar su voto a Pujol. Ese voto huye de la falta de credibilidad y de entusiasmo de la campaña socialista, en algunos casos también de una política municipal desacertada, en otros del ya comentado "miedo al frente popular". Pero es un voto "de izquierda", que se dirige hacia la derecha, atraído por la credibilidad de la candidatura CiU y sobre todo por su "nacionalismo". Voto nacionalista, ése es el factor

clave. Los resultados de ERC son el fruto de una compleja y desigual combinación entre el desencanto socialista, la desconfianza en Pujol y el entusiasmo nacionalista que, por vez primera, ha brotado y ha sido estimulado en esta campaña electoral, traducándose en las urnas.

"En el Parlament, no nos casaremos con nadie ni nos morderemos la lengua", uno de los lemas de mayor impacto en la campaña de ERC. Partido nacionalista histórico, el partido de los presidentes Macià, Companys y Tarradellas, que proclamaba su aspiración a ser el "partido árbitro" del Parlament, para que éste no cayera en la división, en el monopolio de la derecha o en el de la izquierda (ERC se guardará muy mucho de decir cuál la parece mejor o peor), el pequeño partido de Heribert Barrera desarrolló una campaña muy elemental y popular en los buzones de las casas de toda la geografía catalana y una campaña bastante inteligente para tratar de capitalizar el hecho de haber sido el único partido parlamentario rebelde, "remolón" frente al consenso, en la Constitución y en el Estatut.

La propaganda de CiU explotaba la idea siguiente: "después de luchar tanto por la autonomía de Catalunya, no vamos a entregarla a partidos que dependen de Madrid". ERC se benefició y, a su vez fomentó, esta demagogia nacionalista, esta banalización de los conceptos políticos. El PSC contribuyó a hacer la cama, la única crítica repetida, a lo largo de la campaña, a la candidatura de Pujol a la presidencia no fue que era un agente del capitalismo, sino que era "demasiado" nacionalista, que podría provocar divisiones entre la comunidad autóctona y la emigrada. ERC no ha tenido ningún escrúpulo en provocar y estimular estas divisiones para ganar el voto nacionalista no conservador, el voto nacionalista más radical. Cerca de cien mil votantes del PSC el 1-M, han dado su confianza a quien prometía no "morderse la lengua".

Este es el tercer factor que viene a sumarse a los dos ya mencionados. Al incremento en la abstención obrera (que no ha cesado de producirse desde el 15-J, con excepción de las municipales) que debilita el peso de la izquierda, viene a sumarse este 20-M un elemento nuevo que modifica cualitativamente la situación anterior: el desplazamiento de la "frontera" entre el voto obrero y la derecha, en beneficio de esta última. Durante toda la campaña el PSC se ha cuidado tanto de no atemorizar a nadie con sus propuestas, que ha acabado por permitir que la derecha llegara a amedrentar al electorado socialista más vacilante o de menor consciencia política.

A su izquierda, ERC contaba con la competencia de "Nacionalistes d'Esquerra" (45.000 votos) que anunciaba su voluntad de demostrar "quién es nacionalista y quién es de izquierdas", que aseguraba "no capitularemos" y que no dudaba en destinar parte de su espacio televisivo a desacreditar a ERC por derechista en lo social y timorato en lo nacional. Se especula demasiado con que casi todos los votos de NE provienen del antiguo espacio electoral del BEAN (candidatura encabezada por el ex-senador Xirinacs, que obtuvo cerca de 50.000 votos el 1-M, de los que ha perdido unos 35.000). Esto nos parece un error motivado por el olvido de las raíces históricas del BEAN y del peso de Xirinacs en su trayectoria. Los votos perdidos por el BEAN han ido en su mayor parte a NE, pero han ido también a cualquier punto situado entre Pujol y la abstención y, muy probablemente, a esta última. Es claro que NE ha obtenido además votos

del PSC, en mucho menor grado del PSUC y posiblemente incluso de UpS. Pero NE en absoluto ha restado votos a ERC o a CiU y no por falta de voluntad, desde luego. Participando de un clima nacionalista sin más consideraciones de clase, con significativas indefiniciones y ambigüedades respecto a la cuestión del gobierno y las alianzas, NE estimulaba el sentimiento nacionalista, pero no contaba al mismo tiempo con la credibilidad política necesaria para desautorizar a ERC.

Es casi obligado poner fin a esta parte del artículo, con unas breves notas acerca de los dos diputados obtenidos por el PSA. Parece un poco excesivo el ruido que se está armando con los resultados del PSA, tomándolos como síntoma de una supuesta brecha "lerrouxista" que se ha abierto en Catalunya. No cabe ninguna duda de que estos dos parlamentarios sí que van a ser un excelente instrumento para consolidar al PSA en Catalunya y para favorecer todo tipo de divisiones y enfrentamientos entre "andaluces" y "catalanes". Pero hay que reconocer que, a pesar de que la política reformista en la reivindicación nacional conduce inevitablemente a ello, el triunfo lerrouxista todavía no se ha producido. Que en un país en el que viven cerca de 900.000 personas provenientes (o hijos de) de Andalucía, 70.000 de ellas hayan sido cautivadas por el PSA no es ningún caso como para conmover los cimientos de la sociología electoral. Máxime si se tiene en cuenta que, desde el primer momento, el PSA —demostrando una gran lucidez— renunció a realizar una campaña abierta y concurrente con los partidos obreros (mítilines, etc.). El PSA invirtió su presupuesto (de 20 millones para arriba) en un auténtico chorro de publicidad radiofónica (muy folklórica, calculada para no dar ni la más remota idea de enfrentamiento con el resto de catalanes) muy orientada hacia un sector atrasado políticamente, como es la mujer que, encerrada en casa, escucha la radio mientras trabaja. El resto se invirtió en "buzonar" decenas de miles de "cassettes" en barrios seleccionados por su alto porcentaje de emigración y en unos pocos carteles. En una operación de "marketing" sacaron 70.000 votos, del mismo modo que si Pujol se lo hubiera propuesto hubiera podido abrir 70.000 cuentas corrientes para la Banca Catalana. Ahora empieza el verdadero peligro político; estamos todavía —justo— a tiempo de reaccionar.

"Unitat pel Socialisme", bien pero tarde

Lógicamente, es imposible analizar la distribución territorial de los 33.000 votos de UpS considerando zonas de influencia específica. El peso de los cuatro partidos integrantes de la coalición y el acento de la campaña se centraban en las circunscripciones de Barcelona y Tarragona (donde se ha rebasado el 1%) y de un modo casi automático los votos de UpS siguen la tónica general del voto obrero, moviéndose alrededor del 2% en las localidades del Área Metropolitana de Barcelona (comarcas del Baix Llobregat, Barcelonés, Maresme, Vallés Occidental y, en menor medida, Vallés Oriental y Garraf) y adquiere cifras significativas en algunos puntos del Bages, Anoia y Alt Penedés. En la circunscripción de Tarragona, tampoco hay sorpresas en la localización del voto; el grueso de éste se obtiene dentro de un área triangular cuyos vértices son las poblaciones de Reus, El Vendrell y Tortosa con la capital, Tarragona, en el centro.

Teóricamente, UpS ha perdido más de 35.000 votos

en relación a la suma aritmética de los votos conseguidos, por separado, por cada uno de los cuatro partidos, el pasado 1 de marzo de 1979. Hay que matizar esta simple constatación numérica en varios sentidos. En primer lugar, si con los grandes partidos es arriesgado hacer predicciones partiendo de las cifras absolutas obtenidas en anteriores convocatorias, más lo es con partidos extraparlamentarios con sectores de voto siempre inferiores al 3%. ¿Dónde se han perdido los votos? ¿"Quién" ha perdido los votos? Los % de votos se han perdido de un modo muy general, en algunos barrios y pueblos más, en otros menos, pero en general de un modo bastante homogéneo y sin que la distribución territorial dé a entender que es el voto de alguna determinada procedencia el que ha fallado en particular. Los cuatro partidos de UpS (LCR, MCC, OCE-BR y PTC) sumaban el 1-M más de 70.000 votos, de los que más de 45.000 pertenecen a la suma PTC-ORT. Naturalmente, que quien más tenía es quien más ha perdido y que hay algunos déficits que no se ocultaban a nadie mucho antes de empezar la campaña: el voto ORT y el voto OCE-BR eran sin duda los más difíciles de recuperar, en el primer caso porque se obtuvo de una forma muy "electoral", por parte de unas siglas de escasa implantación, en el segundo caso porque la escisión producida en el verano del 79 se llevó la mayor parte de la militancia de BR en Catalunya y prácticamente todos sus líderes más conocidos. No había que contar con la repetición automática del voto, era necesario recuperarlo, ganarlo de nuevo como "Unitat pel Socialisme".

Y esto es lo que ha fallado, en gran medida. El problema con el que ha topado UpS en las condiciones políticas y electorales que hemos descrito, ha sido una cierta incapacidad para "retener" ese voto obrero que iba hacia la abstención, proveniente sobre todo del PSC pero también del PSUC. Y de otro lado una dificultad manifiesta para conseguir arrancar votos a la abstención y llevarlos hacia la nueva candidatura obrera.

Nos parece que la fuente de estos problemas no está en la misma campaña electoral, ni en su contenido ni en su forma. Los diez millones de presupuesto de UpS son, sin duda, los fondos más rentabilizados de todo el espectro electoral. El programa, los lemas centrales, poseían la virtud de la claridad y la referencia directa a los problemas que más preocupaban al electorado obrero en general: Gobierno y alianzas, soberanía nacional y competencias del Estatut, crisis y paro. Creemos que no debe haber dudas sobre la contundencia de la campaña. Sobre la base de ésta, UpS trataba de aglutinar electoralmente una corriente muy amplia y desigual, contraria al reformismo y configurada en las luchas de los últimos años. Se trataba de convencer no sólo a los antiguos votantes de cada uno de los cuatro partidos, sino también a numerosos simpatizantes que, hasta ahora, en el momento del voto se habían inclinado por candidaturas obreras con garantías de llegar al parlamento. Los problemas de desplazamiento de votos hacia NE e incluso hacia PSA pueden despreciarse como explicativos de nada, debido a su pequeño volumen. Todo parece indicar que el grueso de los votos "perdidos" se ha dirigido a la abstención y, muy probablemente, una pequeña parte hacia el PSUC. Y unos y otros no tanto por discrepancias políticas, como por falta de confianza práctica en las expectativas parlamentarias de UpS, y posiblemente un sector más minoritario por desconfianzas respecto a la solidez del acuerdo unitario.

A UpS no le ha faltado ni claridad política ni



coherencia, se ha identificado con un pasado de lucha contra el reformismo y la colaboración de clases y ha ofrecido una línea de actuación práctica para el futuro. A UpS le ha faltado credibilidad. Credibilidad en que mantendría fidelidad al programa, quizás, pero sobre todo credibilidad en las propias fuerzas, confianza en la "utilidad" del voto. Esta falta de credibilidad está estrechamente ligada a una falta de tiempo. "Unitat pel Socialisme" llegó tarde, no sólo tarde respecto a la evolución general de la situación política y la necesidad de una acción conjunta de la izquierda revolucionaria, sino tarde también en relación a los objetivos estrictamente electorales.

Y debe haber para todos nosotros un enfoque autocrítico de la cuestión al constatar la tardanza. Porque los problemas políticos que nos han llevado a contar con poco tiempo para hacer la demostración práctica de la gran "utilidad" que podía, que puede llegar a tener la actuación coordinada de fuerzas como LCR y MCC y, más tarde, el PTC, son problemas que se arrastran de lejos. Problemas de sectarismo y visión

miopie el 1-M y el 3-A que despilfarraron en ambas convocatorias muchas posibilidades electorales y sobre todo "quemaron" una parte importante del voto de nuestra corriente electoral y que han vuelto a repetirse, esta vez en Euskadi. Dificultades de todo tipo en unificar nuestro trabajo en los sindicatos, en dotar de una mayor continuidad y de una cierta coherencia política de fondo las ocasiones en las que hemos impulsado iniciativas unitarias; problemas, miedos y defensismo en como afrontar la cuestión de agrupar a simpatizantes e independientes por barrios y localidades, durante la campaña.

Pero, de otra parte, hay que reconocer que no todo estaba al alcance de la mano, no se reducía a correcciones de táctica. UpS es también y en gran parte el resultado de una importante (por su contenido y por sus ritmos) evolución política del PTC en estos últimos meses. No podemos olvidar que en la última gran ocasión anterior de hacer aparecer nuestra corriente unificadamente, el Referendum autonómico, el PTC llamaba a votar SI, ni tampoco podemos dejar de lado que en la lucha obrera más importante anterior a las elecciones, la huelga de Seat desbordando el acuerdo-marco, hemos coincidido en la práctica, pero nosotros desde los sindicatos mayoritarios y ellos desde la CSUT. Es evidente que si hubiéramos llegado al 20-M con una experiencia previa de intervención conjunta de UpS en las luchas y los acontecimientos políticos más importantes, el panorama electoral hubiera variado sensiblemente.

En tres semanas de campaña hemos tenido que darnos a conocer políticamente y que hacer que mucha gente se "reconociera" en este contenido político de UpS. No hemos llegado a tiempo de conseguir también el voto, pero hemos cubierto la primera tarea, consolidar y dar coherencia a una amplia (mucho más amplia que los 33.000 votantes) corriente de masas; ése es un capital político con el que no hemos podido contar en los últimos años y que tenemos, ahora, la responsabilidad de rentabilizarlo en la lucha revolucionaria contra la derecha y el capital, en la construcción de una alternativa creciente de masas a la política de los partidos obreros reformistas.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

cuadernos de
COMUNISMO

Precio de la suscripción por un año (6 números): 600 pts.

Suscripción de apoyo: 1.000 pts.

Pago de suscripciones y contribuciones de apoyo :

Giro o talón bancario a nombre de Ismael Navarro, Av. Nuestra Señora de Fátima, 10 Madrid-25

Apellidos: _____

Nombre: _____

Domicilio: _____

Ciudad: _____

Distrito Postal: _____

Provincia/Estado: _____

Nº del giro postal, transferencia, cheque (subráyese lo que corresponda): _____

De la influencia de las "direcciones traidoras".

Henri Weber

En nuestra literatura, surge a menudo la cuestión de las "direcciones traidoras". Se ve claramente lo que esta noción quiere designar: los aparatos dirigentes del movimiento obrero —élite de origen obrero integrada en la sociedad burguesa— que hacen prevalecer sus intereses conservadores de capa privilegiada por encima de los intereses de clase del proletariado al que dicen representar y defender. En consecuencia,

desarrollan una política de colaboración de clases que puede alcanzar, si llega el caso, hasta la colusión abierta con el adversario —patrono o Estado— y con la represión directa del movimiento de masas. Estas direcciones se presentan como los mejores defensores de la clase obrera, los campeones de sus intereses inmediatos e históricos. En realidad, su negativa a transgredir el marco del Estado democrático burgués y de la economía de mercado les induce a comprimir la lucha de clases dentro de estrechos límites y a consti- tuir al proletariado en clase subalterna.

La noción de "dirección traidora" es, pues, legítima. Se impone cuando las circunstancias en las que la colusión entre burocracias reformistas y burguesía capitalista es patente: después de agosto de 1914, cuando la socialdemocracia europea se hunde en la "Unión Sagrada"; durante la Liberación, cuando el PCF se esfuerza en reconstruir el Estado y la economía capitalistas; en Mayo 68, cuando consagra todas sus fuerzas en liquidar la huelga general...

Se trata de una *noción polémica* útil para la denuncia cuando amplios sectores de masas se sienten efectivamente engañados y traicionados por sus dirigentes. Su función es la de desacreditar a las direcciones reformistas, echar por tierra su autoridad y su prestigio, levantar contra ellas el odio y el desprecio de los trabajadores. Es un arma de lucha ideológica y debe ser manejada como tal. Pero hay que evitar ver en ella más que eso: la noción de "dirección traidora" es peligrosa, cuando funciona en nuestras cabezas como un concepto teórico sinónimo de dirección reformista, en cuanto que oculta la naturaleza real de la relación entre masas y aparatos y sugiere una relación que corresponde más a la demonología que al materialismo histórico.

Concebir la relación masas-aparato esencialmente sobre el modo de la traición es, en efecto, fallar la especificidad de esta relación, lo que en ella hace la solidez y la profundidad.

La traición pone en escena tres personajes: dos antagonistas enfrentados en conflicto abierto... y el "traidor", enrolado en principio del lado de uno de los adversarios pero, en realidad, a favor del otro y haciéndole solapadamente su juego. El traidor trabaja por la derrota de su campo declarado y por la victoria de su campo efectivo, por medio del engaño y la manipulación. Abusa de la confianza de su víctima para entregarla (etimológicamente, *tradere* significa entregar) al enemigo. Entre el traidor y los traicionados hay heterogeneidad, absoluto antagonismo. Pero los traicionados no lo saben, dado que el traidor avanza enmascarado. Lo sabrán cuando le hayan cogido con las manos en la masa, si no es dema-

siado tarde. El traidor será entonces asimilado al enemigo, del cual es la "quinta columna".

Aplicada al movimiento obrero, esta terapéutica propugna la oposición entre una base sana, revolucionaria, etc., y un aparato corrompido, aburguesado, que la engaña descaradamente. Sugiere una terapéutica de la denuncia: si la relación aparatos-masas corresponde al tipo de traidor-traicionados, basta confundir al traidor para desengañar a sus víctimas. Aquí entra en escena un cuarto personaje de western, el justiciero: es él quien va a poner al traidor entre la espada y la pared con objeto de "desenmascararlo"...

Evidentemente, son raros los que reivindican en voz alta esta interpretación. Lo cual no impide que funcione implícitamente más a menudo de lo que parece. Es porque presenta ventajas sólidas: tiene el mérito de la simplicidad y de la claridad. Nos lleva a una dimensión de lo real en la que cada cual tiene su experiencia (¿quién no ha vivido la liquidación burocrática de una lucha?). Fundamenta una coherencia, es decir, un modo de interpretación de la realidad política y de las normas de conducta frente a esta realidad. Es intelectualmente confortable: todos los fracasos del movimiento obrero, los grandes como los pequeños, tienen una simple causa: la traición de los aparatos. Nada de análisis rebuscados ni de hondos conocimientos de la evolución histórica. Para aquéllos que ante todo tienen sed de certezas hay en esto un bosquejo particularmente satisfactorio y económico.

Tanto más cuanto que estas explicaciones, lo más frecuentemente son irrefutables, dado que son indemostrables: siempre puede afirmarse que con otra política del movimiento obrero, se habría conseguido tal o cual resultado. Como de todas formas esa otra política no ha sido aplicada, lo que pueda decirse de su practicabilidad como de sus efectos eventuales, sigue siendo eminentemente hipotético: es indemostrable, luego irrefutable (la contrapartida es que esto no es tampoco muy convincente, porque la tesis opuesta es también indemostrable). No digo que no se deba recurrir a este tipo de razonamiento. Al contrario, no puede uno desdeñarlo so pena de hundirse en el fatalismo y el objetivismo ("lo que ha sucedido es exactamente lo que tenía que suceder y cualquier otro desenlace era imposible"). Pero éste es un tipo de razonamiento que puede fácilmente degenerar en pereza intelectual y hasta en delirio paranoico. ¿No diagnostican los lambertistas la inminencia de la Revolución en Estados Unidos y en Europa?.

Si se quiere evitar que nuestras denuncias de los reformistas ocupen el lugar de la explicación del reformismo, hay que abordar de nuevo las siguientes cuestiones:

- ¿Cómo se explica la influencia de los reformistas en el movimiento obrero europeo?
- ¿En qué condiciones puede operarse una recomposición revolucionaria del movimiento obrero?
- ¿Qué probabilidad hay de que estas condiciones se den en Europa occidental en un próximo futuro?

Fundamentos objetivos de la influencia reformista

En verdad, no estamos desarmados, ni mucho menos, para abordar estas cuestiones: el problema ha movilizad a los principales teóricos marxistas revolucionarios del siglo XX, desde Rosa Luxemburg a Lenin y Trotski, pasando por Bujarin, Pannekoek, Radek, Gramsci y decenas de otros. Por encima de sus matices y sus divergencias, todos admiten que la influencia reformista "no es un efecto de la casualidad, ni un pecado, ni una equivocación, ni la traición de individuos aislados, sino el producto social de una época histórica" (1), la del largo desarrollo pacífico del capitalismo entre 1880 y 1914: época de paz en Europa, de expansión colonial, de crecimiento económico, de organización del movimiento obrero, de grandes conquistas políticas y sociales por los trabajadores... Marx había anunciado que la exacerbación de las contradicciones capitalistas obligaría a los trabajadores al combate revolucionario y que a través de esta práctica histórica de lucha accederían a la consciencia comunista... La estabilidad y la prosperidad relativas, producto de la expansión imperialista, crearon, por el contrario, las condiciones de una práctica de lucha reformista de la clase obrera de las metrópolis: la articulación de la lucha sindical por el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de los obreros y la lucha democrática por la ampliación a los trabajadores de los derechos del ciudadano, produjeron resultados apreciables. La condición obrera mejoró al mismo tiempo que se acrecentó el peso de la clase obrera en la sociedad y en el Estado. *Prolongada a lo largo de varios decenios (con altos y bajos) esta práctica abona la idea de una transformación gradual del sistema: una serie de reformas puede traer otra y, a la larga, la cantidad, al transformarse en calidad... reemplazará la faz repulsiva del capital, por medio de retoques sucesivos, por el fresco rostro del socialismo.*

Esta mentalidad reformista es particularmente fuerte en la burocracia del movimiento obrero, que se erige poco a poco en nueva élite en el seno de la sociedad liberal y, por consiguiente, encuentra un interés social en descartar toda perspectiva de revolución violenta que pondría su existencia en tela de juicio. Pero también interesa a capas obreras mucho más amplias: "La aristocracia obrera", dice Lenin reanudando el análisis de Engels sobre el conservadurismo de los obreros cualificados ingleses, "la restringida capa de asalariados que aprovechan las migas del festín colonialista".

Capas mucho más importantes dicen, cada uno a su manera, Radek, Bujarin, Rosa Luxemburg y otros: los superbeneficios imperialistas no actúan tanto de manera directa, como "migas" echadas a los "aristócratas obreros" (con frecuencia más revolucionarios que los obreros no cualificados), como indirectamente oponiéndose a la ley tendencial de la baja de la tasa de ganancia en las metrópolis imperialistas, sosteniendo en consecuencia la actividad económica, concentrando los empleos cualificados, haciendo afluir riquezas del mundo entero; en pocas palabras, sacando para la clase dominante los medios no sólo para una política sistemática de corrupción de las élites

obreras, sino de integración de amplias capas del proletariado por medio de concesiones económicas y políticas sustanciales.

De este modo, la expansión imperialista refuerza la eficacia de los diversos mecanismos integradores de la sociedad burguesa. En la jerga semigransciana de hoy, podría decirse que acrecienta el rendimiento de los diversos aparatos de hegemonía, principalmente de los aparatos ideológicos productores de "consensos". Por este vericuetto refuerza la adhesión al sistema de amplias capas populares (no solamente, ni siquiera principalmente, las capas superiores del proletariado).

La influencia de las direcciones reformistas en estas capas no obedece a que las engañen hábilmente, lo cual crearía un lazo a fin de cuentas muy frágil, roto al primer contratiempo, sino, más bien al contrario, a que expresan (y refuerzan) las mismas ilusiones reformistas, las mismas aspiraciones a un cambio sin choques ni dramas, dentro de la armonía universal: ilusiones engendradas por la experiencia de la eficacia —modesta pero real— de la acción reformista y de la ineficacia de la acción revolucionaria, violenta, ilegalista frente a una clase dominante sólidamente anclada en el Estado y eficazmente sostenida por una amplia red de alianzas.

Dos análisis de los periodos fastos

Ilusiones más o menos fuertes, más o menos extendidas, según que exista o no un partido revolucionario capaz de explotar las contradicciones del sistema, activas incluso en periodo de expansión para promover una política de unidad y de independencia de la clase, opuesta a la política de división y de colaboración de los reformistas; de reagrupar en esta línea a los trabajadores avanzados; de elaborar y difundir así análisis, consignas, prácticas de lucha que modelen el presente y preparen el futuro.

Véase el movimiento obrero alemán de antes de 1914: la eficacia del aparato administrativo y militar del Estado burgués hace peligrosa y aleatoria toda orientación revolucionaria; a la inversa, la expansión económica hace posible una práctica reformista de gran envergadura. Esta situación nutre dos corrientes en el seno del movimiento obrero: una reformista-revisionista que teoriza, eternizándolas, las coordinadas del periodo y, en consecuencia, preconiza una estrategia de "pequeños pasos"; y otra corriente marxista revolucionaria que, por el contrario, se empeña en descubrir las nuevas contradicciones que la expansión capitalista introduce en el sistema y el nuevo tipo de crisis que precipitará necesariamente su desarrollo.

En aplicación del célebre precepto de Marx: en una economía de mercado generalizada, donde la concurrencia produce estragos, toda racionalización parcial de la producción no puede engendrar nada más que un gran desorden a nivel global. Este caos superior, concluye la corriente marxista, debe tirar por tierra poco a poco las bases mismas de las ilusiones reformistas: los trabajadores triturados por la crisis adquirirán conciencia de lo fundamentalmente precario de las conquistas arrancadas a la burguesía, del carácter no reformable del sistema, de la impotencia de cualquier política reformista. Se verán forzados, para defender sus derechos fundamentales, a llevar a cabo una práctica revolucionaria que, poco a poco, producirá sus efectos a nivel de su consciencia de clase.

La expansión imperialista, dice por ejemplo Rosa Luxemburg, crea, es verdad, ilusiones reformistas en la clase obrera y más todavía en su aparato permanen-

te. Pero el Imperialismo conserva todas las contradicciones fundamentales del sistema capitalista y le añade algunas más. Al comienzo, estas contradicciones se manifiestan de forma atenuada. También la clase dominante puede acicalarlas más o menos y la derecha socialdemócrata negarse a verlas. Pero el hecho de hundir la cabeza en la arena no ha librado nunca de puntapiés en el culo a los avestruces: el imperialismo conduce al militarismo, al autoritarismo, a la guerra mundial. El crecimiento apacible del capitalismo de la "época dorada" no puede prolongarse hasta el fin de los siglos, como lo imaginara Bernstein. Al contrario, desemboca en un nuevo periodo de convulsiones y de crisis que actualiza la vieja alternativa: o socialismo o barbarie.

Y, de hecho, la historia ha dado la razón a los marxistas revolucionarios contra los revisionistas. No en todos los puntos, pero sí en lo esencial: el periodo 1880-1914 desembocó en la carnicería imperialista de 14-18 y en los terribles años 30, en la explosión de crisis revolucionarias en la mayor parte de los países de Europa. La izquierda marxista-revolucionaria, incluida Rosa Luxemburg, subestimaba sin duda la capacidad de maniobra en retirada de las direcciones reformistas cuando las condiciones objetivas del reformismo no existen. Ello no impide que cientos de miles de cuadros obreros alemanes pasen al comunismo a través de la experiencia centrista del USDP (2). El empujón a la izquierda, inmediatamente después de la guerra, es espectacular en toda Europa. La degeneración estaliniana le salvó el pellejo a la socialdemocracia en los años 30 y estabilizó dos burocracias obreras conservadoras.

Los marxistas revolucionarios no ocultan, pues, los fundamentos objetivos del reformismo obrero (que se remontan en última instancia a la capacidad del sistema capitalista para asegurar un lugar subalterno pero relativamente aceptable a la mayoría de la clase obrera en el seno de la sociedad burguesa). Muy al contrario, lo tienen en la mayor consideración. Pero saben que los periodos de expansión y de estabilidad relativa no tienen nada más que un tiempo, que llevan la irracionalidad del sistema hacia nuevas cimas, que, lejos de meter en el almacén de los accesorios cualquier perspectiva revolucionaria, desembocan, al contrario, en una nueva era de revoluciones, aun si éstas no se desarrollan necesariamente según las modalidades de la era precedente... Que, en consecuencia, el aparente realismo de los reformistas es una utopía y que el verdadero realismo consiste en promover una política anticapitalista de unidad y de independencia de los trabajadores con el fin de crear las mejores condiciones para una solución socialista a la crisis que ha de venir sin duda alguna.

Este análisis de la influencia reformista excluye cualquier concepción de la recomposición del movimiento obrero basada en la mera denuncia de las "direcciones traidoras": si la fuerza de estas direcciones se basa en las ilusiones, en la mentalidad reformista de una parte de las masas, son estas ilusiones, esta mentalidad, lo que hay que combatir en el seno de las mismas masas reformistas como precondición para una lucha eficaz contra la política de los aparatos. No se puede conseguir nada más que contribuyendo efectivamente al impulso de una práctica de lucha de gran envergadura (luego unitaria) y de contenido anticapitalista (luego sin compromiso político con tal o cual fracción de la clase dominante). Esta es la concepción que inspiró el giro hacia el "frente único obrero" decidido en el III Congreso de la Internacional Comunista y teorizado durante los

años 30 principalmente por León Trotsky y la oposición de izquierda al estalinismo.

¿Y hoy?

Es bien evidente que para dar cuenta de la influencia reformista en los trabajadores habremos de proceder hoy a un análisis del mismo tipo. Hoy esta influencia es el "producto social de toda una época histórica", la de la expansión sin precedentes de los decenios de la posguerra y de las reestructuraciones múltiples que la acompañaron. Con tres circunstancias agravantes:

- el movimiento obrero europeo ha entrado en esta fase controlado ya por los aparatos reformistas socialdemócratas o estalinistas;
- la expansión ha sido, desde todos los puntos de vista (tasa de crecimiento de la producción industrial y del poder adquisitivo obrero, conquistas sociales, derechos democráticos, etc.) netamente más vigorosa que la de los años 1880-1914;
- la crisis de los Estados llamados del "socialismo real", el fracaso económico de la URSS y, sobre todo, el descrédito de su régimen político han repercutido sobre la alternativa socialista en tanto que tal, nutriendo una desconfianza cierta a propósito de todo cuanto pueda parecer que restringe la libertad del individuo.

Esta expansión económica sin precedentes en la historia del capitalismo (y de las sociedades humanas) se ha operado, ya se sabe, a costa del saqueo imperialista del "tercer mundo". La energía "barata" arrebatada a los países árabes, simboliza lo que ocurre para el conjunto de las materias primas (con el 5% de la población mundial los Estados Unidos consumen el 45% de las riquezas mundial). A lo cual se añaden la superexplotación de la mano de obra de los países superdesarrollados por las multinacionales y la superexplotación a domicilio de una parte de esta mano de obra en las metrópolis (25% de la clase obrera francesa), etc.

Esta expansión se ha efectuado además a costa de despilfarros, de distorsiones, de contradicciones que explican el ascenso de la combatividad popular a mediados de los años 60, que culmina en Mayo del 68 y se mantiene después.

No por ello es menos cierto que en los centros imperialistas se ha reconstituido esta conjunción entre expansión económica y fuerza del Estado burgués, propicia a la expansión del reformismo obrero. A lo largo de tres decenios, se ha desarrollado una práctica de lucha que acreditaba la idea de que el "neocapitalismo" era reformable; que podía integrar la crítica marxista del capitalismo salvaje; que, a pesar de todas las resistencias, podían ser arrancadas mejoras sustanciales, y esto, en el mismo momento en que los PC occidentales reconocían oficialmente la amplitud y el horror de los crímenes estalinianos.

La aspiración al "cambio en la continuidad", el temor a la aventura, al "engranaje totalitario" están enraizados en amplias capas de trabajadores, y son estas aspiraciones las que explotan, cada uno en su onda, los PS y los PC eurocomunistas.

Contrariamente a los dogmáticos, nosotros no hemos negado la realidad de la expansión capitalista. No hemos pretendido, sin risas, que "las fuerzas productivas han cesado de crecer" desde 1914. Por el contrario, nos hemos esforzado, desde los años 50, por explicar en marxista, es decir, no solo por comprender los resortes sino por deducir las contradicciones y su dinámica. En 1964, en un artículo de *Les temps modernes* ("El apogeo del neocapitalismo y su

porvenir”), Ernest Mandel afirmaba, contra todos los apologistas del neocapitalismo —y en esa época eran numerosos— la disminución de la marcha de los diversos motores de la expansión y anunciaba la inversión de la tendencia. En él analizaba el desarrollo de las diversas contradicciones del “capitalismo tardío” —las clásicas y las nuevas— y pronosticaba, no el brusco retorno de las crisis apocalípticas (1929), sino el lento hundimiento de eso que todavía no se llamaba la “estancación”: la apertura de una fase de estancamiento larga, en la que las recesiones ganarían en profundidad y en sincronismo; en la que el imperativo de la reconstitución de la tasa de ganancia roería poco a poco las bases objetivas de una estrategia reformista; en la que se abriría un espacio creciente a la política revolucionaria. *La racionalización capitalista parcial realizaba bajo la égida de los Estados nacionales iba a crear un desorden creciente a nivel del mercado mundial, conduciendo poco a poco a trastornos importantes.*

Desde entonces; la inversión de tendencia ha tenido lugar, las conquistas obreras del periodo de las vacas gordas son puestas en cuestión por una ofensiva patronal y gubernamental sin precedente. El desengaño respecto a las direcciones reformistas se nutre con las experiencias de Mayo 68 y de Marzo 78. La práctica reformista choca con la intransigencia de la clase dominante. Ahora tiene como objetivo repartir los sacrificios entre los trabajadores más bien que el obtener el trozo de los superbeneicios capitalistas convenido a cambio de la paz social.

¿Debe esperarse por ello un alejamiento pronunciado de los trabajadores con respecto a sus aparatos tradicionales en un futuro previsible (4, 5 años)?.

Para responder a esta pregunta, hay que indicar, ya sea sumariamente, en qué condiciones es posible tal alejamiento, y examinar en qué medida puedan hallarse tales condiciones reunidas en un futuro próximo.

Las condiciones de un rechazo de masas del reformismo

Toda la historia del movimiento obrero europeo atestigua el profundo apego de los trabajadores avanzados a sus organizaciones tradicionales, su reticencia —empleando un eufemismo— para abandonar su “viejo hogar” y para alistarse en la edificación de un nuevo partido. La III Internacional lo aprendió a costa propia, pues no consiguió una penetración (en gran parte debido, es cierto, a sus propios errores y, después, a la degeneración estalinista) más que en 4 ó 5 países capitalistas avanzados, dejando en todos los demás la hegemonía a los viejos partidos y sindicatos socialdemócratas, a pesar de su traición de 1914, sus cruzadas colonialistas, sus represiones de las movilizaciones obreras.

La profundidad de este apego se concibe sin esfuerzo: los partidos y sindicatos tradicionales constituyen un momento del desarrollo histórico de la clase obrera occidental, de las instituciones que los trabajadores conscientes de esos países han forjado e impuesto ellos mismos a costa de enormes sacrificios. Estas instituciones representan un hogar de memoria colectiva, el símbolo de los hechos salientes del combate obrero desde hace más de un siglo, un elemento esencial de la dignidad y de la identidad obrera, *aquello por medio de lo que los trabajadores de los países capitalistas avanzados, de simple objeto del proceso del trabajo que eran se han convertido en*

sujeto del proceso histórico.

Estas organizaciones continúan asumiendo, mal que bien, las funciones de defensa elemental de la clase obrera contra la patronal y el Estado burgués. Para muchos trabajadores, son el único recurso. Hay en esto un lazo incomparablemente más sólido que el que ligaba a las diversas organizaciones socialistas a la clase obrera rusa en el imperio de los zares: destrozarse en ocho meses la influencia oportunista y conciliadora en la clase obrera rusa y conquistar la mayoría en los órganos de frente único, como lo hicieron los bolcheviques, es sencillamente inimaginable en Occidente.

Para que los trabajadores, los militantes de estos países, abandonen las organizaciones que ellos han creado y con las que hasta hoy se identifican hayan hecho lo que hayan hecho —porque no tienen otras y tienen que defenderse— han de producirse situaciones excepcionales, conmociones formidables, que alimenten un divorcio hondo, violento, prolongado, entre masas y aparatos: como el que oponía en 1917-18 a las direcciones patriotas contra los trabajadores ávidos de paz; a comienzos de los años 20, en la Alemania de Weimar, a los dirigentes socialdemócratas, defensores de la legalidad burguesa, contra las masas aplastadas por la miseria que buscaban una salida socialista a la crisis, etc. Y todavía en los países de vieja tradición reformista, estas conmociones objetivas no bastaban: en todas partes los nuevos partidos comunistas, nacidos del aparato de la III Internacional, mordieron sobre todo en la joven generación, la de la guerra... La recomposición hacia la izquierda del movimiento obrero implica en estos países el trabajo intensivo, prolongado, obstinado, de un partido revolucionario...

¿Hacia una Bercina (3) del reformismo?

La contradicción entre base y aparatos reformistas, ¿va a dar ese giro superagudo en Europa occidental en un futuro próximo?.

Según nuestros propios análisis esto parece poco probable en el plano económico, el Occidente capitalista se hunde en un lento debilitamiento gradual, pero nadie predice la vuelta de catástrofes similares al de 1929 en un futuro previsible. Observando que “setecientos veinte mil millones de dólares circulan por el mundo sin control de ningún banco central”, Jacques Artali escribe con razón que “el proceso financiero de 1929 está presente, esta vez a nivel mundial, sin que se haya sacado ninguna lección de la catástrofe de los años 30” (4). Pero no entrevé la bancarrota del sistema -si no se hace nada entre tanto para yugular la inflación- más que en el plazo de 5 años, cuando la masa monetaria errante habrá sobrepasado en valor el patrimonio económico de los EE.UU...

Si nos atenemos a los análisis de Ernest Mandel y de la IV Internacional, una brusca y brutal degradación de las condiciones de vida de las masas y el retorno a Europa occidental del espectro de los años 30 parecen igualmente improbables: subrayando que la recesión de 1974-75 “confirma que la economía capitalista internacional ha entrado en una fase de crecimiento muy ralentizado, y de reactivaciones más cortas y más débiles y de recesiones más profundas que durante los dos decenios precedentes”, Ernest Mandel señala: “Esto no significa que se haya entrado en una crisis económica permanente, sin aumentos periódicos de la producción y del empleo. Y tampoco significa que el capital internacional sea incapaz de tratar de enderezar la tasa de ganancia y de relanzar la acumulación del

capital... (Si) las fuerzas que actúan en el sentido del estancamiento se mantienen profundas y predominantes, (si) no pueden ser neutralizadas más que parcialmente con las medidas adoptadas hasta ahora por la burguesía", la hipótesis mantenida sigue siendo, no obstante, la de una crisis rampante, no la de un derrumbamiento económico (5).

Ciertamente, el nivel de lo intolerable es relativo y, después de treinta años de pleno empleo, de progresión regular del poder adquisitivo, de posibilidades reducidas, pero reales, de promoción social, la puesta en cuestión de estas conquistas, consideradas por los trabajadores como unos derechos, tendrá unos efectos mucho más subversivos que a comienzos de siglo. No hay necesidad alguna de un retorno al hambre para que estallen en Europa occidental movimientos sociales "de amplitud inigualada".

Pero el carácter rampante, gradual, de la crisis conserva la contradicción entre masas y reformistas dentro de límites que permiten a los aparatos confortables márgenes de maniobra:

Existe, en efecto, una práctica reformista "en retirada" que no consiste tanto en obtener nuevas ventajas, ni siquiera en consolidar las anteriores, como en "limitar los costes", en negociar la amplitud de los sacrificios exigidos a las masas, presentando las concesiones como un mal menor habida cuenta de lo que se habría podido ceder. Práctica reformista "negativa", en retirada, mucho más difícil de hacer admitir que la práctica reformista positiva, pero que puede pasar, por poco que lo que los trabajadores sean llamados a retroceder en un primer momento sea menos que lo que obtuvieron en la fase anterior, y que las direcciones reformistas se apliquen a hacer tragar la píldora.

Continuar en el pelotón de cabeza

Su argumentación a este respecto es de sobra conocida. No es más que una variante del nuevo discurso hegemónico burgués en dirección a los trabajadores: la tercera guerra mundial está lanzada. Se trata de una guerra económica en apariencia pacífica, en realidad despiadada, en la que se juega la posición de cada uno en la nueva división internacional del trabajo, en la nueva jerarquía de las naciones. Las potencias intermedias como Francia, Italia, España, a la vez dominantes (con relación a los países del "tercer mundo") y dominadas (por los países imperialistas de primer orden: EE.UU., RFA, Japón) están particularmente amenazadas. Si los trabajadores de estos países se muestran "corporativistas", "irresponsables", si desdennan las "presiones económicas internacionales", si no consienten un esfuerzo de productividad y de frugalidad, estas potencias medias saldrán del pelotón de vanguardia y volverán al nivel de las ex-colonias en detrimento, en primer término, de su propia clase obrera (las multinacionales no tienen patria). El interés de los trabajadores reside en consentir un "sobresalto nacional" que asegure a su propio país un lugar honorable en la competición económica mundial, única garantía, en última instancia, del mantenimiento de las conquistas logradas.

Tal es la base de la alianza que el gran capital propone para las capas superiores de los asalariados, alianza de la que el eje Rocard-Giscard puede constituir la expresión política. Tal es la cobertura ideológica del esfuerzo de restablecimiento de la tasa de ganancia mediante la intensificación de la explotación obrera que constituyen las diversas políticas de austeridad en las que colaboran las direcciones reformistas.

Este llamamiento a la Unión Sagrada frente a la crisis y a la concurrencia internacional -unión sagrada que implica un "reparto equitativo" de los sacrificios y una asunción nacional de la austeridad-; este llamamiento puede ser escuchado en un primer momento por una fracción no despreciable de los asalariados. Lo cual explica en parte la débil resistencia que hasta hoy han encontrado la política del PCI y de la CGIL en Italia, la política del Pacto de la Moncloa en España, los diversos planes Barre en Francia, la relativa facilidad con la que se opera el "recentramiento" de la CFDT, el empuje rocardiano en el seno del PS etc.

La consecuencia de este reformismo en retirada es la división de los trabajadores, el deterioro de la correlación de fuerzas a costa suya, creando las condiciones de una ofensiva antiobrera de gran envergadura, sin que el "nuevo despegue industrial", que se supone que favorece, impida -antes al contrario- la decadencia del capitalismo nacional y su integración subalterna en un conjunto atlántico dominado por los EE.UU. y la RFA. La política de la Unión Sagrada para conservar al país su rango y a la clase obrera su situación de proletariado de nación económicamente desarrollada tiene todas las posibilidades de ser saldada con un nuevo chasco.

Pero, entre tanto, el agua habrá corrido bajo el puente y el dispositivo de dominación burguesa habrá tenido el tiempo de adaptarse (6).

Igualmente, cualesquiera que sean las dificultades de la detente, el aumento de las tensiones internacionales, la perspectiva de una tercera guerra mundial que opusiera la OTAN y el Pacto de Varsovia es muy improbable en un futuro previsible. El mundo continúa viviendo bajo el equilibrio del Terror, que excluye el enfrentamiento directo entre los dos bloques y no tolera nada más que las guerras locales "convencionales". El riesgo de una guerra entre la URSS y los EE.UU. es aparentemente menos que el de una guerra entre la URSS y China.

La reorganización del movimiento obrero: un trabajo de larga duración

Tanto sobre el plano económico, como sobre el plano militar, no deben esperarse, pues, conmociones susceptibles de producir crisis de derrumbamiento del Estado. Lo cual no quiere decir, claro está, que no deban esperarse crisis sociales susceptibles de romper los equilibrios políticos actuales y de abrir la senda a una contraofensiva de masas que desemboque en la cuestión del poder.

Así pues, si la lucha contra la influencia de las direcciones reformistas en la clase obrera va a recibir un impulso sensible motivado por el atasco del capitalismo en la crisis y por el papel de rueda de repuesto que desempeñan cada vez más abiertamente los aparatos burocráticos, no hay que ocultarse que, de todos modos, se trata de una lucha de larga duración. La influencia casi secular de los reformistas en la clase obrera occidental ha marcado profundamente, a su vez, la lucha de clases y modelado a la clase obrera. La desagregación de esta influencia, la recomposición hacia la izquierda del movimiento obrero, también será "el fruto de toda una época histórica". Que implica una crisis objetiva del sistema sin nada de común con la que conoce hoy; una crisis de la amplitud de aquella de los años 20 y 30, que inculque a la mayoría de los trabajadores cuán vanas son sus esperanzas reformistas. La teoría marxista prevé la cristalización de tales crisis sin determinar con precisión hoy aún el momento.

HENRI WEBER

Las vías del reformismo

El problema esencial que Henry Weber quería plantear en sus dos artículos de «Critique communiste» (n.ºs 26 y 27) se puede formular de la siguiente manera: ¿cómo podemos explicar que sesenta años después de la revolución de octubre el movimiento obrero siga todavía dominado por las organizaciones reformistas o parareformistas? Ni Henry Weber mismo ha dado solución o respuesta a esta interrogante, pero debemos agradecerle haber desechado

Jean Marie Vincent

las salidas falsas a las falsas perspectivas. Si, de forma correcta, insiste sobre el largo periodo de prosperidad 1948-1974 que pasaron las grandes metrópolis imperialistas, ha tenido cuidado de convertirlo en el factor fundamental y único de permanencia del reformismo, sugiriendo simplemente que esas décadas de crecimiento económico no son un elemento puramente coyuntural, y que de una forma u otra, deben integrarse en cualquier tentativa de explicación global de la resistencia relativa de las organizaciones que se reclaman del marxismo revolucionario.

A la vista de las reacciones que estos artículos han suscitado, pedíamos creer que ha cometido un deleite de lesa trotskismo. Sin embargo, considerando la réplica mejor argumentada, la de Ernest Mandel, (n.º 29) se ve bastante claramente que todos los esfuerzos que intentan hacer desaparecer este problema o tenerlo resuelto con la anticipación están condenados al fracaso. Ernest Mandel no pone en cuestión ni un sólo momento que los revolucionarios sean hoy aún minoritarios. No niega tampoco que las organizaciones con orientación reformista siguen dominando en el movimiento obrero desde la segunda mitad del siglo XX, pero por medio de una serie de deslizamientos sucesivos, parece como si no hubiera por qué inquietarse y reexaminar toda una serie de afirmaciones empleadas normalmente por los marxistas revolucionarios.

Ernest Mandel, por supuesto, no nos da explicaciones simplistas como la traición de las direcciones obreras, pues sabe que las sucesivas traiciones deben tener su propia explicación. Intenta demostrar que las luchas obreras a través de muchos altos y bajos no han cesado, desde el final de la primera guerra mundial, de seguir una curva ascendente. Intenta de esta forma recordarnos que el proletariado no es una clase en declive sino una clase que por su propio desarrollo (cuantitativo y cualitativo) pone en crisis los mecanismos de la sociedad burguesa. Le aceptaremos que el capitalismo, desde la revolución de octubre, es un sistema social particularmente inestable, principalmente si hacemos referencia a las crisis económicas, a las guerras y a las convulsiones políticas que conoce desde hace varias décadas. Le seguiremos menos cuando recupera la noción de «capitalismo agonizante», de la que pretende hacer un concepto operatorio, aplicable a coyunturas completamente distintas. A escala planetaria, el capitalismo ciertamente se encuentra confrontado a la aparición de nuevos regímenes sociales (con relaciones de producción no capitalistas que abarcan un área no despreciable del mundo), pero al mismo tiempo se apodera de nuevos sectores en los países llamados avanzados y en los países en vías de desarrollo. Los

retrocesos que debe aceptar en ciertas áreas, no excluyen avances en otras (internacionalización de las relaciones de producción, relaciones precapitalistas, etc.). En otros términos, no exageramos al decir que para escaparse de todo lo que le pone una y otra vez en cuestión encuentra un respiro en la huida hacia delante y en una especie de desplazamiento incesante de las batallas sociales y políticas. Lo que ocurre desde la crisis económica del 74-75 es desde este punto de vista esclarecedor: la burguesía utiliza sistemáticamente la crisis de las relaciones sociales, particularmente en las grandes metrópolis imperialistas, para dar un nuevo ímpetu (por muy limitado que sea) a la acumulación de capital y contener la presión obrera.

Sin duda, no es falso hablar de debilitamiento cualitativo de la dominación burguesa como hace Ernest Mandel, principalmente si nos referimos a los nuevos desequilibrios políticos que aparecen estos últimos tiempos en los países occidentales y si tenemos en cuenta las perspectivas venideras en el plano económico. Sin embargo, hay que ver que esta precariedad de las instituciones y de las estrategias gubernamentales burguesas subraya por contraste la debilidad de la respuesta política del movimiento obrero. Los grandes movimientos de mayo-junio del 68 en Francia, del otoño caliente en Italia, de la primera mitad de los años 70 en Gran Bretaña, del 74-75 en Portugal, etc., no han tenido prolongaciones políticas significativas, es decir no han permitido cambiar radicalmente la relación de fuerzas a favor de los revolucionarios en el seno del movimiento obrero. Conllevará la debilidad de la burguesía una debilidad paralela o concomitante del movimiento obrero?

Ernest Mandel no plantea la pregunta, pero se remite a un retraso de la conciencia de la clase obrera, a un desfase entre su combatividad, sus formas de organización y su expresión política, sin querer reconocer que es precisamente ahí donde está el problema. De un manotazo líquida la concepción leninista de la aristocracia obrera) para sustituirla por indicaciones sobre las insuficiencias de los marxistas revolucionarios, sobre sus errores en las batallas contra los reformistas, indicaciones que tienen por característica el olvidar la complejidad de las relaciones entre factores objetivos y factores subjetivos. Parece como si Ernest Mandel quisiera creer, en contra de su propio trabajo como teórico, que con simples llamamientos voluntaristas a levantar programas revolucionarios se pueden modificar rápidamente las fidelidades organizativas de la mayor parte de los trabajadores. Parece como si unas simples chispas de subjetividad revolucionaria pudieran in-

cendiar la materia inflamable que representa la clase obrera. Ernest Mandel es evidentemente demasiado inteligente como para caer en una forma vulgar de voluntarismo. Nos demuestra de forma convincente que los aparatos reformistas (políticos y sindicales) han sufrido importantes derrotas en el curso de los últimos años y que el fatalismo «economista» no tiene sentido (no existe un paralelismo entre ciclos económicos y ciclos de luchas políticas, a pesar de que política y economía mantienen lazos estrechos). Pero todos estos refinamientos de análisis para demostrar el carácter no reformista de la clase obrera (punto sobre el cual se puede estar de acuerdo) no son suficientes para demostrar que la clase obrera mantiene ya posiciones revolucionarias y que está de forma instintiva a la búsqueda de la estrategia que le permitirá convertirse en clase dominante.

Si se quiere verdaderamente avanzar hacia la solución del problema planteado (cómo descomponer a los reformistas) hay que volver a uno de los problemas planteados por Henry Weber: el peso del pasado sobre el presente de la clase obrera, y más exactamente el peso de los largos años de prosperidad desde la segunda postguerra. Estamos de acuerdo con Ernest Mandel en que las conquistas parciales de la clase obrera en relación al nivel de vida y de libertad de acción no tienen en sí mismas un carácter corruptor y que incluso tienen en realidad un efecto movilizador. Cuando la acción reivindicativa «paga», cuando las relaciones sobre el mercado de trabajo se modifican en detrimento de los patronos, los trabajadores toman conciencia de sus medios de presión, y por lo tanto de la fuerza con la que cuentan en el marco de una economía capitalista. Su reacción no es contentarse con exigencias «razonables» (el punto de vista de los intereses capitalistas), sino por el contrario pujar lo más alto posible de lo que pueden sacar de la venta de su fuerza de trabajo abriendo el grifo de la organización capitalista del trabajo. Haciendo esto, la clase obrera comprueba tanto su capacidad de poner en crisis el sistema capitalista como sus potencialidades revolucionarias. No podemos, sin embargo, quedarnos en estas constataciones, sin duda importantes, pero que no contemplan toda la realidad. Los capitalistas no se quedan por supuesto inactivos ante las tendencias al mejoramiento de la situación objetiva de la clase obrera, buscan sin cesar el limitar su amplitud y efectos tanto al nivel económico como al nivel político. Más exactamente, los capitalistas se esfuerzan por contener el empuje de la clase obrera, las consecuencias de su crecimiento cualitativo y cuantitativo limitando de la forma más estrecha posible su libertad de acción, su autonomía de organización y su expresión política propia. Esto quiere decir que para juzgar del impacto de un período de prosperidad económica, no podemos contentarnos con el análisis de las relaciones inmediatas en el mercado de trabajo, y en las dificultades más o menos grandes que encuentra la acumulación del capital, sino que hay que tener en cuenta también todo lo que incide en establecer la relación de fuerzas entre las clases, y todo lo que pesa ideológica y políticamente sobre la clase obrera. Esta no está únicamente confrontada a los capitalistas o a sus representantes, tiene que hacer frente permanentemente a una red muy tupida de instituciones que enmarcan su vida cotidiana y que participan en su reproducción en tanto que clase. Dicho de otra forma, hay que analizar muy de cerca la inserción de los trabajadores y de sus organizaciones en la trama institucional de la sociedad burguesa, principalmente



en las instituciones del Estado y en las instituciones encargadas de reglamentar las relaciones entre el capital y el trabajo. Desde este punto de vista, el período que se terminó con la crisis económica del 74-75 debe ser apreciado y juzgado sobre el telón de fondo de la extraordinaria expansión de las actividades estatales y paraestatales que tienen por objetivo la gestión de la fuerza de trabajo.

En los principales países imperialistas el reforzamiento objetivo de la clase obrera (crecimiento de la población asalariada explotada, situación de «pleno empleo», retroceso del paro) fue acompañado por una progresión muy clara de la legislación del trabajo, de procedimientos mediadores en los conflictos de trabajo, de políticas sociales coordinadas con programas económicos estatales, de políticas contractuales de regulación del coste de la mano de obra. Algunos vieron en esta evolución la manifestación de una tendencia al debilitamiento del asalariado, lo que es manifiestamente falso, pero no debemos subestimar el alcance de este rebasamiento del *laissez faire*. Sin que hayan sido abolidas las leyes de la acumulación capitalista, principalmente las que explican la fijación de las tasas para enmarcar las relaciones de trabajo modifican sensiblemente las condiciones de la actividad reivindicativa y el contexto en el cual funcionan las organizaciones obreras. Los sindicatos no son simplemente organizaciones cuya única tarea sea la de realizar la coalición de los trabajadores en torno a sus intereses objetivos, participan ellos mismos en el funcionamiento de las máquinas para producir la paz social por medio de la atenuación y la derivación de los conflictos de clases. Se puede, en este sentido hablar de corrupción y de burocratismo de los sindicatos, pero no debemos olvidar al mismo tiempo que las tendencias a la integración encuentran su fundamento en las condiciones objetivas de venta y utilización de la fuerza de trabajo y en las transformaciones incesantes que se operan en el seno de la clase obrera. Los sindicatos corren en cierta medida detrás de un capitalismo que ha elegido la huida hacia adelante proyectando sus contradicciones en el futuro.

La adaptación pasiva a las relaciones sociales en perpetuo cambio, el retraso en relación a las estrategias capitalistas se ve por otro lado mucho más acentuado en el nivel político propiamente obrero, se

han alineado durante más de dos decenios con concepciones de tipo keynesiano y hacen poco a poco de la regulación por parte del Estado el medio, por excelencia, para transformar la sociedad. Se colocan en consecuencia así a remolque de la dinámica estatal y de su penetración progresiva en nuevas áreas de la vida social, con lo que conlleva de burocratización y espíritu claramente antidemocrático. El retroceso de la iniciativa individual ante las múltiples formas estatales y de capitalismo anónimo se asimila apresuradamente a una tendencia irresistible, objetiva, hacia la socialización, a la cual es suficiente con dotarla de un espíritu diferente para verla desarrollarse quemando etapas. La lucha por el socialismo, con estos presupuestos, se presenta cada vez más como una lucha restringida, limitada a las superestructuras políticas, por proseguir o prolongar la estatización de los mecanismos económicos, por una democratización y una extensión de los mecanismos de representación que en sí mismos limitan la expresión de las masas. Los partidos de izquierda socialdemócratas o de origen estalinista, se encuentran de esta forma obligados a seguir o a preconizar estrategias de crecimiento o políticas económicas que, en su totalidad o en parte, corresponden a la lógica del capital, a su reproducción ampliada a través del apoyo estatal a la acumulación. Después de la segunda guerra mundial, los partidos obreros se convierten de hecho en los mejores defensores del «Welfare State», y en algunos países le preveen de bases políticas más sólidas (por ejemplo, el caso de Suecia). Se produce de esta forma una mutación profunda en relación al reformismo clásico, que, ciertamente, se integraba en los mecanismos de la democracia burguesa, pero no estaba tan directamente implicado en el funcionamiento del sistema. No es una exageración decir que durante el largo período de expansión de las economías occidentales, los partidos obreros que participan en el poder contribuyeron a hacer particularmente eficaces los aparatos de encuadramiento de la fuerza de trabajo, y a legitimarlos a los ojos de los trabajadores.

Todo esto tiene una consecuencia capital: partidos y sindicatos tienden a escapar a la influencia obrera y a ser sólo en raras ocasiones marcos de lucha y de movilización. Como consecuencia, los trabajadores tienen cada vez mayores dificultades para controlar sus organizaciones, transformadas en campos de batalla donde la burguesía hace penetrar con fuerza sus orientaciones y sus modelos de relación entre los grupos y los individuos. La clase obrera, hablando claramente, no posee sus propias organizaciones, por el contrario debe considerarlas como campos de batalla permanentes donde no se trata sólo de combatir el oportunismo político, sino también las intervenciones burguesas cuyo objetivo es negar la realidad de la relación capital-trabajo. Tendencialmente, las formas de organización obrera (sindicales y políticas) se asimilan a las formas capitalistas de organización a pesar de que su origen esté en la resistencia a la explotación y al despotismo organizativo del capitalismo. ¿No es acaso significativo que el movimiento obrero de las grandes metrópolis imperialistas aparezca como un valedor del trabajo —es decir del trabajo asalariado y explotado—, incluso como el portador de una civilización del trabajo, basada en un verdadero culto al productivismo y al trabajo abstracto? La liberación del trabajo no se toma en el sentido estricto del término, como lucha por la abolición del trabajo asalariado y liberación de las actividades humanas de las presiones de la

valorización, sino llanamente como búsqueda de una mejor realización del valor de la fuerza de trabajo. El desfase que se observa entre una combatividad obrera creciente y la atonía político-ideológica del movimiento obrero en la segunda mitad de los años sesenta no puede ser achacada al simple retraso de la conciencia de clase. Se trata en realidad de una contradicción más profunda entre el reforzamiento de las posiciones de la clase obrera, y su desposesión relativa de los instrumentos organizativos más decisivos. Los trabajadores pueden unirse, afirmar en cierta medida su fuerza colectiva, pero no pueden de ninguna forma socializar completamente sus experiencias de lucha y sobrepasar completamente las divisiones que la misma competencia propia de la sociedad capitalista hace nacer entre ellos. Las divisiones entre trabajadores autóctonos y emigrantes, entre hombres y mujeres, entre trabajadores cualificados y no cualificados, continúan constituyendo numerosos obstáculos a la unidad de la clase en el plano económico y en el plano político, más exactamente porque las organizaciones obreras se adaptan a las diferenciaciones producidas y reproducidas por el Capital para controlar el empleo de la fuerza de trabajo.

Vemos enseguida las objeciones que se pueden hacer a este análisis. ¿No sobreestima la capacidad de manipulación y de dirección de la burguesía? ¿No está ésta última en crisis desde hace años y confrontada sin cesar a la necesidad de definir nuevas estrategias políticas para contener los movimientos de masas a escala del planeta y para encontrar nuevas formas para elevar la tasa de explotación? ¿No debemos volver, entonces, sobre la idea del retraso en la conciencia obrera, que la exacerbación de las contradicciones del capitalismo hoy pueden permitir superar en un plazo bastante corto? La objeción sería válida, si sólo intentáramos explicar la cristalización del movimiento obrero en torno a organizaciones ampliamente integradas en el aparato de Estado por el simple juego de las instituciones burguesas. Si, al contrario, hacemos intervenir la dialéctica particular del reformismo y del estalinismo que domina al movimiento obrero internacional desde hace más de cincuenta años, si tenemos en cuenta las mil formas en que esta dialéctica ha de combinar sus efectos con los de autodefensa de la burguesía, la objeción cae por sí sola. Lo que está en juego, no es la pretendida pereza de la conciencia de clase, de una conciencia demasiado pesada como para elevarse rápidamente a la comprensión de sus tareas históricas —tesis perfectamente idealista en el fondo—, sino la naturaleza y los desarrollos de la política practicada por el movimiento obrero. El reformismo bajo su forma clásica sistematiza las formas de pensamiento y de comportamiento procedentes de la pequeña burguesía —es decir, un oportunismo cotidiano que atenúa, sino los enfrentamientos de clase, al menos su expresión. Se apoya por otro lado en ilusiones jurídicas del proletariado, retomando un término de Marx en *El Capital*, es decir, sobre la ilusión de que puede tener en un momento u otro un diálogo de igual a igual con los capitalistas y que pueden establecerse poco a poco relaciones más igualitarias con el capital. El estalinismo, aparentemente, rompe con todas estas concepciones claramente marcadas por las relaciones mercantiles-igualitarias (intercambios equitativos) y la perspectiva engañosa de una transformación progresiva de las relaciones de producción. En su práctica cotidiana, un día sectaria, otro día oportunista (de tipo popular), los partidos comunistas de obe-

diciencia estalinista ponen el acento sobre una serie de rasgos que los diferencian de las organizaciones burguesas y de las organizaciones reformistas (en su vocabulario propio, son partidos de «nuevo tipo»). Son capaces de colaborar muy estrechamente con la burguesía, pero mantienen lazos políticos e ideológicos (incluso organizativos, en la época del Komin-tern) con la burocracia soviética. Este significa que, incluso si defienden un cierto orden social en el que participan los dirigentes del Kremlin, no se integran directamente, sino sólo indirectamente en el orden burgués. En relación a los juegos habituales del reformismo, mantienen su especificidad, caracterizada entre otras cosas por un régimen interno muy protegido de las influencias exteriores, y por una relación más distante respecto a las instituciones burguesas. Los P.C. de obediencia estalinista no pueden hacer labores completamente contrarrevolucionarias, y esto no les impide efectivamente su pretensión de una cierta originalidad «revolucionaria» por el desprecio que manifiestan hacia los ritos y las formas del parlamentarismo y de la democracia burguesa. Están por la utilización de las libertades que la burguesía tiene a bien consentir con el fin de contener al movimiento de masas, y son completamente opuestos al desarrollo de la democracia obrera en nombre de una lucha ciega contra el carácter ilusorio de la democracia burguesa y, por lo tanto, se oponen a una utilización de la democracia burguesa para traspasar sus límites. Las posiciones estalinistas son, en este sentido, una forma de desviar las energías revolucionarias, una forma de dirigirlas hacia prácticas burocráticas, de deslizarlas hacia un oportunismo sin límites que se esconde a menudo bajo la máscara del sectarismo. Por eso es fácil que los reformistas declarados puedan servirse de orientaciones estalinistas para intentar desacreditar las posiciones revolucionarias y presentar las estrategias y las tácticas reformistas como las únicas viables en el mundo actual. Entramos en el área del círculo vicioso o de la dialéctica circular; el estalinismo encuentra su justificación en el reformismo y este último encuentra su justificación en el estalinismo, encontrándose los dos compinches al unísono para ejercer todo aquello que pueda tener una función revolucionaria.

Esto quiere decir que esta dialéctica circular, si se le presta bien atención, es una dialéctica destructiva de toda política entre el reformismo y el estalinismo pseudorevolucionario, las figuras que producen y se reproducen sin cesar en la vida política, hacen retroceder las verdaderas tendencias a la subversión, las combaten con una eficacia no despreciable en la conciencia obrera. ¿No es acaso significativo que el crecimiento de las luchas obreras, que el reforzamiento objetivo de la clase en las relaciones sociales después de la segunda guerra mundial, no se hayan visto acompañados de un crecimiento paralelo de las tendencias a la autoorganización? ¿No es significativo que los grandes movimientos de finales de los años sesenta y comienzo de los setenta en Europa no hayan visto o conocido un mayor desarrollo de los órganos de democracia obrera (a pesar de las interesantes evoluciones en Italia y Portugal)? Hay que estar, pues, persuadidos de que la historia de las últimas décadas está marcada por una profunda paradoja: por un lado, el reforzamiento de la capacidad desestabilizadora de los trabajadores y, por otro, el debilitamiento más o menos pronunciado de sus aptitudes para articular en el plano político su capacidad para poner en cuestión la reproducción de

las relaciones sociales capitalistas. Si rechazamos los estribillos de origen burgués sobre la integración de la clase de los explotados, es necesario convencerse que a través de la degeneración estalinista de la Internacional Comunista se ha cubierto el objetivo de expresión política (y esto en nombre de una mejor inclusión de sus organizadores en la política). La política de integración de las organizaciones obreras practicada por la burguesía para enfrentarse a la expansión del movimiento obrero, ha encontrado de hecho las condiciones de su eficacia en la regresión estalinista, que da al mismo tiempo una nueva vitalidad al reformismo. Los efectos de esta conjunción de instituciones estatales, reformismo y estalinismo son tan profundos que no sólo oscurecen momentáneamente la conciencia de los trabajadores, sino que inscriben profundamente en las estructuras del movimiento obrero, en su ideología y en su política, favorecidos por los largos años de prosperidad occidental. En otros términos, el problema planteado por Henri Weber no queda reducido a una serie de consideraciones «economicistas» sobre los efectos de la elevación continua del nivel de vida de la clase obrera en ciertas zonas del mundo, sino que adquiere toda su importancia si se le juzga como una interrogante sobre las prácticas regresivas que han podido perpetuarse en el seno del movimiento obrero gracias a la política de *Welfare state*. El discurso de inspiración keynesiano, que ha sido el discurso oficial de los grandes Estados occidentales y ha inspirado la presentación de la mayor parte de sus orientaciones políticas, se ha manifestado esencialmente como un discurso de la racionalidad estatal, de la eficacia de las intervenciones «conscientes» del Estado. Hay que señalar que este discurso no ha sido nunca verdaderamente rebatido por las organizaciones obreras mayoritarias, sino que, por el contrario, éstas se han obstinado en prolongarlo y en justificarlo pretendiendo hacerlo más consecuente. Socialdemócratas y comunistas de formación estalinista, sin duda poniendo el acento de distinta forma, explican desde hace décadas que el Estado es el instrumento privilegiado de la transformación social, es decir, que se pueden establecer relaciones de producción «socialistas» por su mediación, democratizando sus métodos. El estatismo es también el verdadero horizonte del movimiento obrero, un estatismo que no se distingue demasiado cualitativamente del de la burguesía, pues hace referencia a los mismos valores paternalistas y a las concepciones que privilegian todo lo que pasa «por arriba». En el mismo momento en que el Estado, interviniendo en los ciclos económicos, se liga más que nunca a la acumulación del capital, el movimiento obrero se ha puesto a remolque del capitalismo que pretende combatir creyendo que le transforma. Se empeña en trabajar contra el mismo despolitizando a las masas, se dedica a alabar el crecimiento mediante el trabajo cuando la crisis de las relaciones del trabajo se hacen cada vez más abiertas. En resumen, el movimiento obrero se aleja de la clase que es la única que puede darle fuerza.

Es verdad que las actuales dificultades de los Estados del Bienestar en el mundo occidental vuelven a poner en cuestión muchas cosas. Ya no es el crecimiento de sus beneficios, la ampliación de su cobertura social, un pleno empleo relativo, lo que la burguesía ofrece a los trabajadores, sino, por el contrario, el descenso a la congelación de sus salarios reales, el desmantelamiento progresivo de su política social, y el paro en aumento constante. El Estado del Bienestar cede el puesto al Estado de la reestructura-



ción del Capital que apoya abiertamente a las multinacionales al mismo tiempo que practica la política de austeridad. Desde este punto de vista, es verdad que las máscaras caen y con ellas las ilusiones sobre el «capitalismo próspero». Pero hay que tener cuidado pues esta desmistificación en forma de lección de cosas no puede traer por sí misma la aparición de nuevas soluciones políticas y organizativas, ya que el movimiento obrero bajo su antigua forma ocupa aún el horizonte. La crisis de las políticas del tipo Welfare es, sin duda, también la crisis de las diferentes variantes del reformismo. Sería, sin embargo, pecar de ceguera querer ignorar los efectos de esta crisis sobre la clase obrera misma. Frente a organizaciones que se baten en retirada y se agarran a los jirones de política social o política contractual, aquella se ve obligada a luchar en un clima de perpetua improvisación, sin tener la posibilidad de socializar sus experiencias de manera satisfactoria. Surgen así obstáculos considerables a la generalización de las luchas, al despliegue de una combatividad que los

fracasos y desgracias sufridas no han conseguido desgastar verdaderamente. Se produce también una innegable confusión política e ideológica: los trabajadores saben demasiado bien que no deben esperar gran cosa de los partidos socialdemócratas descafeinados ni de los partidos comunistas que no acaban de romper con el estalinismo y el oportunismo. Para muchos, la lucha por el socialismo no es ya una perspectiva tangible, no sólo porque esté la crisis del estalinismo y de los países del socialismo real, sino también porque ninguna concepción estratégica puede articularse en el movimiento de masas. En este sentido, los trabajadores están en gran parte privados de medios de intervención política al igual que están privados de medios de organización para afirmar su fuerza colectiva. Por eso hoy la lucha contra la dominación reformista no puede limitarse a la denuncia de sus orientaciones que han fracasado, a poner en evidencia el papel de división de las organizaciones reformistas, sino que toma necesariamente el aspecto de una lucha de la clase obrera por reapropiarse el movimiento obrero organizado, por encontrar las formas de organización que le permitan escapar al encuadramiento del Estado, por construir una política colectiva inasimilable por los mecanismos de la democracia burguesa. Se trata no sólo de recuperar la tradición revolucionaria, sino de encontrar las formas de expresión adecuadas a una clase que acaba de poner al capitalismo maduro en crisis por medio de su resistencia a la explotación, pero a la que éste último se esfuerza por dividir de nuevo, por fragmentar en nuevos desarrollos de la división del trabajo y por hacer políticamente impotente. No se trata sólo de restablecer la continuidad histórica, se trata de preparar las condiciones de una mutación profunda del movimiento obrero, de su reestructuración sobre una base más profundamente unitaria. La tarea es muy urgente, pues sería imperdonable dejar a la burguesía el tiempo suficiente para recomponer a su manera la organización (profesional y política) de los trabajadores, es decir, en función de nuevas fracturas y de nuevos modos de adaptación al capital.

(Traducción de Lucía González)

CC.OO. y la nueva situación sindical

Comisiones obreras tiene ante sí un importante reto. El fin de la política de consenso, la impresionante ofensiva de la burguesía en el terreno político, económico y social; el hecho de que la UCD y CEOE hayan buscado el acuerdo preferencial con PSOE y UGT en cuanto a temas sociales se refiere; la ruptura de la unidad de acción entre los sindicatos; la falta de credibilidad de la política de concentración nacional patrocinada por el PCE; la cada vez más

Joaquín Nieto

difícil vuelta a la política de consenso; la crisis del eurocomunismo...; todo ello ha obligado a la dirección de CCOO a tener que operar cambios prácticos en la táctica, a la vez que ha creado un cierto vacío en la línea a medio plazo del sindicato.

El cómo responder a este vacío suscita un importante debate que ha tenido sus reflejos en la misma dirección de Comisiones. Mientras unos sectores daban más relevancia a la búsqueda de una línea de negociación, otros —dándola por perdida— ponían el acento en la línea de presión a la hora de enfrentarse al Estatuto de los Trabajadores. En cuanto al Acuerdo Marco Interconfederal (AMI), a pesar de que afortunadamente CCOO no lo firmó, algunos sectores han defendido abiertamente que se debía haber firmado y algunos otros han intentado quitarle hierro a la inevitable confrontación que abría en la negociación colectiva, diciendo que lo de menos era si los convenios estaban o no dentro del AMI y planteando que para ser unitaria CCOO debía ceder en varias cuestiones ante la línea de la dirección ugetista.

Ante el futuro, mientras algunos como Nicolás Sartorius —del Secretariado Confederal— siguen hablando de la conveniencia de llegar a un amplio acuerdo entre los partidos del arco constitucional para salir de la crisis; otros, como los dirigentes de la CONC —CCOO de Catalunya—, ponen el acento en la necesidad de una política de resistencia de masas frente a los ataques de la patronal argumentando la lógica de la salida compartida a la crisis como objetivo de futuro.

Sin embargo, este debate no es de trámite. CCOO, como primera fuerza sindical del país tiene una gran responsabilidad en hacer que la clase obrera sea capaz de organizar una resistencia eficaz, recuperar el terreno perdido y preparar las condiciones para una contraofensiva; en hacer que sea posible recomponer la unidad de acción con la otra central mayoritaria, UGT; en hacer que no se defrauden las expectativas que muchos trabajadores y colectivos sindicales de izquierda, como la Corriente Socialista de USO, han puesto en CCOO.

De la línea que adopte dependerá el que lo consiga o no. Si se empeña en seguir en busca del consenso perdido y priorizar la negociación sobre la movilización, ahogará sus posibilidades. Si adopta una línea dura de resistencia, como parecen exigir sectores cada vez más amplios del sindicato, multiplicará su capacidad para salir con éxito de este reto.

DOS AÑOS DEBILITANDO LA FUERZA DE LOS TRABAJADORES

Hoy los dirigentes de la CONC reconocen que *«la democracia se ha ido consolidando en un proceso hegemónico por la burguesía y la derecha»*, que

«esta democracia es insuficiente, limitada tutelada y represiva en muchos aspectos», que la forma en que apareció, se desarrolló y murió el Pacto de la Moncloa generó el llamado desencanto, que *«la reciente y amarga experiencia de los Pactos de la Moncloa hicieron que la posición de la clase obrera no fuera lo suficientemente ofensiva»*, que estos pactos constituyen el *«antiejemplo de lo que debe ser la actuación transparente y democrática de las organizaciones de los trabajadores, tanto políticas como sindicales»*, que supusieron perder poder adquisitivo a cambio de nada y que hubo muchas dificultades para hacer comprender a los trabajadores porque los partidos de izquierda lo habían firmado y los sindicatos apoyado¹.

Todos estos reconocimientos nos llevan a un debate más profundo y es el de sacar las lecciones de lo que supuso la política de consenso durante dos años, de si sirvió para *«profundizar la democracia»* y *«salir de la crisis»* como insistentemente repetían el PCE y la dirección de CCOO, o bien sirvió para dilapidar la fuerza de los trabajadores.

El modelo de democracia insuficiente, limitada, tutelada y represiva tiene un marco legal que lo hace posible que es la Constitución. El posterior desarrollo de las Leyes orgánicas ha demostrado que las aspiraciones democráticas de la población se encontraban restringidas en un marco constitucional que beneficia a la derecha, nos ha dado la razón a quienes decíamos que las Leyes que se derivaran de esta Constitución no harían más que limitar las libertades y los derechos nacionales de los pueblos, y no ampliarlas como nos pretendían hacer creer quienes desde la izquierda participaron en su elaboración. Ahí están para demostrarlo el Estatuto de los Trabajadores, las Leyes de la enseñanza, la Ley Básica de Empleo, la próxima Ley antihuelga o la negación de la soberanía a Andalucía para decidir la vía autonómica que prefiere.

Tan grave como el contenido constitucional es el hecho de que el consenso *impedía* una dinámica de oposición a los contenidos que la derecha quiso imponer. Es el consenso lo que ha permitido que la etapa precedente haya sido *«hegemónica por la oligarquía y la derecha»*.²

El otro gran pilar del consenso, el referido a los temas económicos y sociales, fue el Pacto de la Moncloa. El resultado práctico, palpable, fue negativo. Hoy quizá todo el mundo lo diga, pero de lo que se trata de una vez por todas es de reconocer que el apoyo que CCOO dio a la firma de aquellos pactos fue un grave error. Y no sólo por la forma en que se elaboraron y firmaron, por la falta de transparencia —que no es más que el resultado lógico de la práctica de consenso—, sino fundamentalmente por el contenido concreto de lo que se firmó.

«El Pacto de la Moncloa expresaba en aquellos

*momentos una necesidad de la derecha de responsabilizar a las fuerzas de izquierda en relación a los problemas económicos, sociales y políticos, porque no vea condiciones para imponer sencillamente sus objetivos».*³

Efectivamente, por eso mismo no se debían haber firmado. Pero hay algo más: el firmarlos supuso una inflexión en negativo de lo que había sido la dinámica creciente de conquistas y movilización de la clase obrera, supusieron introducir de forma masiva lo que hoy denomina CCOO con respecto a la táctica de UGT «sindicalismo de conciliación».

Se pasó de decir que la crisis la debían pagar los capitalistas a aceptar que los trabajadores debían soportar voluntariamente sacrificios, de exigir el mantenimiento del poder adquisitivo en función del incremento del IPC del año anterior a aceptar su pérdida y adecuar el crecimiento de los salarios a las previsiones sobre aumento de precios del año siguiente. Se pasó de una dinámica de fuertes movilizaciones en los convenios que años anteriores había dado resultados positivos, a una política de conciliación en los convenios que dio como resultado que los años siguientes se firmaran los peores convenios de la década. Se debilitó la fuerza de los trabajadores, se deterioró la credibilidad en los sindicatos iniciándose un proceso continuado de desafiliación, se inició la pérdida de posiciones de la clase obrera y el retroceso que hoy todavía estamos sufriendo.

Elaborada la Constitución y finalizados los Pactos de la Moncloa, la UCD, que ya ha conseguido un margen de maniobra importante, *rompe el consenso* y convoca las Elecciones Generales. La dirección de CCOO, ciega ante el nefasto resultado de la política seguida, quiere continuarlo. De ahí su propuesta ante la negociación colectiva del año 79 de un pacto a cuatro bandas, Gobierno-partidos-patronal-sindicatos, con acuerdos económicos y políticos y además ¡por tres años! Si este pacto no cuajó, no fue porque CCOO planteara demandas excesivas, sino porque la burguesía tenía otros planes.

El Gobierno de UCD optó por el Decreto de topes salariales de Abril Martorell. La dirección de CCOO no sólo no defendió una línea de imponer a la patronal un acuerdo marco de mínimos, alegando que cualquier acuerdo en el que no estuvieran los partidos y el Gobierno serían un Pacto Social (!), no sólo no movilizó para poder imponerlo; sino que ni siquiera convocó acciones para defender sus propuestas.

En estas condiciones era obvio que los topes salariales no iban a encontrar una oposición frontal. Se iba a dar una táctica convenio a convenio, incapaz por sí misma de romper los topes. Cuando las CCOO de Barcelona plantearon que superar con éxito la barrera de los topes requería una acción generalizada a escala de estado, N. Sartorius argumentó en contra en una Conferencia de CCOO del Baix Llobregat diciendo que «una jornada de huelga general desestabilizaría la situación política del país».

Con un tímido acuerdo con UGT se va a la negociación colectiva. Pero además con una táctica entreguista, que no se diferencia mucho con algunas de las actitudes que UGT está teniendo este año. Los dirigentes de CCOO en las negociadoras estuvieron más preocupados por llegar a una firma rápida que en firmar buenos convenios. Se «prohibió» la huelga indefinida, se establecieron calendarios larguísimos y poco eficaces de movilización, se encauzaron muchas de las acciones por la llamada «huelga general» que favorecían la continuidad del reaccio-

nario R. Decreto Ley del 4-3-77, se desconvocaron huelgas desde arriba sin consultar a los huelguistas. Se implantaron las «plataformas realistas» firmando después por debajo de dichas plataformas. Se empezaron a introducir los temas de productividad y absentismo.

El resultado fue otro año de pérdida de poder adquisitivo (2,5 puntos) decrecimiento de la capacidad de respuesta de los trabajadores, desconfianza en los convenios estatales y provinciales y en los propios sindicatos.

La dirección de CCOO tampoco ha sido capaz de enfrentarse coherentemente en estos años ni al incesante aumento del paro, ni a la deteriorada asistencia a los parados, ni a las pérdidas de empleo por expediente de crisis.

La política de reestructuraciones que lleva a cabo la patronal y el Gobierno abarca dos tipos de empresa: los cierres de la pequeña y mediana empresa (PYME) y la reestructuración de los grandes sectores industriales como el Naval, la Siderurgia, Automoción, Bienes de equipo, Textil, etc.

Durante estos años, la PYME ha sido la más afectada. El más de medio millón de pérdidas de empleo que se ha producido desde los Pactos de la Moncloa ha afectado, además del campo, a estas empresas. Los cierres han sido por decenas de millares. Las posibilidades de respuesta de los trabajadores de la PYME empresa a empresa son más limitadas. Pero la línea de CCOO no ha sido la de coordinar las empresas en crisis para dar una respuesta común y organizar la solidaridad, sino que los dirigentes de CCOO han ido en una línea de garantizar el despido en las mejores condiciones posibles (indemnizaciones, seguro de desempleo, etc.) dejando de lado la lucha por mantener los puestos de trabajo.

En cuanto a los grandes sectores en crisis, el caso de la Naval es muy simbólico: CCOO aceptó firmar un acuerdo que significaba la regulación de empleo a cambio de promesas sobre puestos de trabajo alternativos. La situación en que ha quedado el sector es la de una grave disgregación empresa por empresa y desmovilización de los trabajadores.

Este rápido balance tiene el interés no tanto de repetir la cantinela crítica, sino sobre todo de permitir una seria reflexión sobre dónde han estado los errores que nos han llevado a la situación actual, de demostrar que no se trata de muchos errores fortuitos, sino de un error fundamental: el de haber desgastado la fuerza de los trabajadores por medio del consenso y la colaboración con el Gobierno, la UCD y la patronal.

COMISIONES OBRERAS «ARROJADA» A LA OPOSICION

El duro ataque emprendido por la burguesía en el 1977 le ha permitido cosechar algunos éxitos. Así lo ha reconocido el FMI y la OCDE. Pero las sombrías perspectivas a nivel internacional y los problemas estructurales y de competitividad de la burguesía española, hacen que éstos éxitos sean insuficientes. Por ello ha necesitado emprender una ofensiva mucho más vasta y peligrosa cuyo principal soporte es el Programa Económico del Gobierno. Para imponer ese programa y como parte sustancial de esa ofensiva, la UCD está elaborando una Legislación laboral antiobrera que empieza con el Estatuto de los trabajadores y sigue con los proyectos ucedistas

de Ley de Huelga y Ley de Conflictos Colectivos, y finalmente ha propiciado la firma de un acuerdo que con el contenido de un Pacto Social intentara determinar la negociación colectiva en los dos próximos años.

La UCD conjuntamente con la CEOE ha buscado un acuerdo preferencial con el PSOE y la UGT, marginando de la negociación al PCE y arrojando a CCOO a la oposición. Esto es lo que ha condicionado el que CCOO se haya encontrado con un importante reto ante la nueva situación creada.

Los dos rasgos esenciales que han caracterizado su respuesta a este reto han sido: de un lado la voluntad de sus dirigentes de demostrar la necesidad de contar con CCOO y con el PCE para negociar la salida a la crisis y la nueva Legislación laboral, es decir, la búsqueda del consenso perdido; de otro, la necesidad de oponerse tanto al Estatuto como al AMI firmado por UGT y CEOE.

Este nadar entre dos aguas, que sintomáticamente ha producido diferenciaciones en la propia dirección de CCOO, es lo que ha determinado su actitud ante el Estatuto y en la negociación colectiva de 1980.

EL SECRETARIADO CONFEDERAL ANTE EL ESTATUTO

Los acuerdos de julio entre CEOE y UGT fueron un auténtico jarro de agua fría para la dirección de CCOO, pues expresaban la línea emprendida por la burguesía de situar al sindicato entre quedar marginado de la negociación o ir detrás de la claudicante estrategia de los dirigentes ugetistas.

Marcelino Camacho empieza a amenazar verbalmente con movilizaciones e incluso con una acción generalizada a escala de estado. Pero en la práctica concreta la dirección de CCOO reacciona con la timidez que la caracteriza, iniciando acciones simbólicas que culminaron en la concentración del 14 de octubre. Allí las expectativas que las declaraciones del Secretario General habían creado entre muchos trabajadores se desvanecen. Su discurso está dominado por las continuas alabanzas a la vía de la negociación y los muchos peros a la movilización, rechazando las posiciones de las que exigían la convocatoria de una Jornada de Huelga General.

Pero la realidad muy pronto iba a estrellar esa táctica contra la pared. Las CCOO de Catalunya y de otras partes, viendo que cada vez eran más difíciles las acciones simbólicas y el callejón sin salida en que se estaba metiendo el sindicato, plantean al Secretariado Confederal que convoque una acción de paro a escala de estado y ante su negativa, empiezan a convocar en sus ámbitos. El S. Confederal tiene que apoyar finalmente las acciones que estaban lanzadas, pero no asume sus responsabilidades que requerían que hubiera dado una perspectiva de coordinación y movilización común en todo el estado, con una Jornada de Huelga General. Jornada que era posible pues en la práctica fueron millones los trabajadores en movilizarse contra el Estatuto en Andalucía, Asturias, Euskadi, Catalunya, Madrid, País Valencià..., pero descoordinadamente y en distintas fechas.⁴

La vía negociadora, en la que la dirección confederal había hecho tanto hincapié, resultó ser un fracaso.

NEGOCIACION COLECTIVA Y ACUERDO MARCO

CCOO no firmó el AMI y esto ha sido un hecho



muy positivo para el movimiento obrero. Pero en las conversaciones preliminares y en la negociación colectiva nos hemos encontrado con la misma incapacidad para oponerse resueltamente y con éxito a la imposición del AMI.

En primer lugar por la idea con la que CCOO fue inicialmente a las negociaciones: «... se ha ido al AMI no tanto para ordenar la negociación colectiva como pretendía CCOO, sino para situar el contenido en sí de dicha negociación» escribían J. Ariza y H. Maravall en la revista «La Calle». Sólo una vez que UGT y CEOE demostraron que lo que querían era un acuerdo de contenidos, CCOO empezó a defender una plataforma. Cuando lo que debía haber hecho desde el principio era llevar una propuesta de acuerdo marco de mínimos que garantizara el poder adquisitivo, las 40 horas semanales y las reivindicaciones más importantes de los trabajadores.

En segundo lugar, porque CCOO no organizó ni una sola movilización por imponer a la CEOE un acuerdo de estas características, o al menos presionar así a UGT para impedir que firmara.

En tercer lugar porque en la mesa negociadora CCOO llegó a tener posiciones tan incorrectas como aceptar que hubiera una banda salarial por debajo del poder adquisitivo o la de decir que se podían rebajar las posiciones salariales si se vieran compensadas con contrapartidas en otros terrenos.

En cuarto lugar y el más importante, por su actuación en los convenios.

A la negociación colectiva de este año, los cuadros de CCOO venían con una educación anterior que más los acercaba a aceptar al AMI en sus concreciones prácticas en los convenios, que a una línea de oposición al mismo. El Pacto de la Moncloa no había sido menos Pacto Social que el AMI y los convenios firmados por CCOO años anteriores no tenían nada que envidiar a muchas de las de las cláusulas acordadas por UGT y CEOE en cuanto a salarios, productividad, absentismo, etc.

Un ejemplo de esa educación lo son las conclusiones a las que llegaron las Jornadas sobre Acción Sindical que pretendían orientar la táctica ante la negociación colectiva 79-80. En el capítulo dedicado a la movilización ni siquiera aparece la palabra huelga.⁵ Se plantea que en algunos casos (sector público, empresas en crisis...) se puede negociar productividad, aunque se le pongan una serie de

requisitos a los incrementos de productividad. Se orienta a que en las plataformas se pida un aumento igual al IPC, rechazando las posiciones que consideraban que había que pedir ese incremento más uno o varios puntos.

En cuanto a la actitud de CCOO en los convenios nos encontramos con que en lo que fue el primer «round» de envergadura en la negociación colectiva, el convenio de SEAT, los dirigentes de CCOO ligados al PSUC en vez de llevar a éxito la impresionante huelga que los trabajadores habían iniciado a pesar de la actitud de UGT y organizar la solidaridad, a los tres días de huelga empiezan a defender que hay que volver al trabajo hasta que consiguen desgastar la huelga y las perspectivas de continuarla. El resultado no podía ser otro que el Laudo. En Madrid, a pesar de que a finales de enero medio millón de trabajadores tenían proceso de movilización por sus convenios, CCOO no consigue — porque no lo intenta siquiera — unificar estas movilizaciones y en Construcción en cuanto UGT firma unilateralmente con la patronal AECOM, se desconvocan las acciones emprendidas, ahogando así cualquier posibilidad de impedir la homologación del acuerdo unilateral.⁶ Incluso CCOO ha llegado a firmar muchos convenios dentro del AMI, bastantes de ellos contemplando una vigencia de 2 años.⁷

Así se llega a la situación desastrosa de que la confianza que muchos trabajadores tenían depositada en que CCOO iba a llevar una política consecuente de oposición al AMI en los convenios se ve defraudada, con la consiguiente pérdida de confianza en el sindicato.

LA NUEVA ETAPA Y EL PLAN DE SOLIDARIDAD NACIONAL

Es obvio que CCOO se va a tener que dotar de una estrategia definida para enfrentarse a esta nueva situación. Es precisamente el debate que suscita esta búsqueda de estrategia lo que da más interés y riqueza al proceso de Congresos abierto en Comisiones.

Dejando aparte las diferenciaciones que está apareciendo y van a proseguir en este debate entre la propia dirección de CCOO — y sin tratar de quitarles importancia — lo que hoy por hoy sigue quedando claro es que esta dirección no está dispuesta a desarrollar un cambio cualitativo de política, persisten los objetivos reformistas del pacto y el consenso aunque, arrojada como está a la oposición, cambien algunos aspectos tácticos.

El PCE emprende una política de búsqueda de la unidad de la izquierda, pero no para presentar una alternativa global a la UCD y defenderla con la movilización, sino para pactar. Su dirección, es una larga reflexión sobre la situación después de las consultas autonómicas, al abordar las responsabilidades futuras de la izquierda planteaba: «Una política de cooperación de la izquierda no sólo es posible, sino indispensable. Ello no significa plantear en el momento presente una alternativa de gobierno de izquierda frente al de UCD (sino) una gradación de objetivos más realista. Por ejemplo: una acción política a nivel de Parlamento y de opinión para lograr un cambio de Gobierno y una orientación gubernamental más progresista».⁸

En el mismo sentido se ha manifestado S. Carrillo desde que defendió en una Conferencia en el Club Siglo XXI que su partido apoyaría la formación de un Gobierno UCD-PSOE, para que negociara con todos los partidos del arco constitucional una salida

conjunta a la situación.

En cuanto a la dirección de CCOO al abordar las salidas a la crisis económica, no difiere mucho de la línea expuesta por el PCE. N. Sartorius plantea: «La crisis necesita en todas partes de otra política, es decir de una forma de colaboración de las fuerzas políticas que suscite la movilización general de los ciudadanos con el fin de que participen en un proyecto de reconstrucción de España que aborde con seriedad los problemas del paro, la inflación...» «convencido de que estas grandes cuestiones, que no son de política de Gobierno, sino sustantiva para el nuevo Estado democrático no podrán resolverse con la política de parcheo unilateral que practica UCD. Debemos verlo como la obra de un gran proyecto de renovación nacional que ponga en tensión todas las energías del país, en la cooperación de las fuerzas políticas y sociales democráticas».⁹

Los dirigentes de la CONC valorando que con la actual correlación de fuerzas y con la previsible a medio plazo, no hay posibilidad de acuerdos globales del estilo de los planteados por Sartorius o la dirección del PCE, ponen el acento en que hoy es necesaria una política de resistencia a las agresiones de la burguesía. Pero el objetivo, una vez recuperada la correlación de fuerzas, sería de nuevo el de la corresponsabilización y salida compartida a la crisis. Así pues, afirman:

«La única forma de avanzar hoy y aquí en el capitalismo hacia una salida a la crisis en forma progresista y justa es a partir de lo que hemos venido formulando como Plan de Solidaridad Nacional... «este plan implica corresponsabilización de todas las fuerzas, lo que no va a darse mientras exista la actual correlación de fuerzas social y política que conduce a una descarga de la crisis sobre las espaldas de los trabajadores. Por ello hoy debemos poner el acento en una política de resistencia y de firmeza en la respuesta de masas ante cada una de las agresiones que a los diferentes niveles sufre la clase trabajadora: convenios, expedientes de crisis, paro...»¹⁰

La posición de la CONC tiene la virtud de señalar que donde hay que poner el acento es en la respuesta firme de las masas, pero queda empañada con el objetivo de la salida compartida.

Esa salida ni es la única posible, ni es eficaz, ni siquiera es tal salida si lo que pretende es no cargar con su peso a la clase obrera. Retomando sus propios argumentos, según N. Sartorius hoy «los sectores capitalistas plantean una invitación o acuerdo táctico en el sentido en que si se quieren mantener incolumnes las libertades ciudadanas, los partidos de izquierda y los sindicatos deben colaborar a salir de la crisis sin modificar dicho modelo económico».¹¹ Las CCOO de Barcelona afirman que «la solución dada por la derecha capitalista se basa en subordinar y condicionar los problemas del empleo a la amortización de las tensiones inflacionistas desde la óptica exclusiva de la recuperación de la tasa de beneficio, para que a partir de aquí haya una teórica reactivación de la inversión privada que genere empleo».¹²

Efectivamente, esa es la salida que le dan los capitalistas a la crisis, porque desde su punto de vista y sus intereses no puede haber otra y nunca pactarán sobre la base de otra salida. A lo más que llegarán es al chantaje de que los sindicatos la acepten a cambio de vanas promesas y de palabrería sobre que mantendrán «incolumnes las libertades democráticas». Esas serán sus únicas contrapartidas. La experiencia

reciente ha demostrado hartamente esta realidad.

En cuanto al futuro, el informe anual de la OCDE sobre la evolución del panorama económico es muy clarificador. Después de felicitar la política económica emprendida por la burguesía española en el año 77 —precisamente por cómo entendió la corresponsabilización de todas las fuerzas— plantea que la recuperación económica que se inició ha tenido una nueva recaída fruto de los problemas aún sin resolver y de la incidencia de las desfavorables perspectivas económicas internacionales, que le hace encontrarse en las mismas condiciones económicas que antes del 77.

Las medidas que la OCDE recomienda para que la economía española pueda mejorar las negras perspectivas de un crecimiento cero para 1980 e ir saliendo de esta situación son:

La moderación de las rentas salariales, es decir la pérdida de poder adquisitivo de los trabajadores, como forma de abaratar los costes y reducir la inflación.

El incremento de la productividad, que significaría una mejora cualitativa en el abaratamiento de los costes.

Una política de gasto público que no se deje presionar por las exigencias de una población de mejorar los servicios sociales, sino que por medio de un «ahorro público» al reducir esos servicios, se invierta en los sectores rentables. Esto junto a una política de reducción del déficit de ciertas empresas públicas adecuando los precios a los costes, es decir aumentando los primeros.

Un aumento del «ahorro privado», fundamentalmente del excedente empresarial —los beneficios— para favorecer así la inversión.

Acometer de una vez la reestructuración de los sectores en crisis y/o menos competitivos, a pesar de los costos sociales —despidos masivos— que esta reestructuración conlleve.¹³

¿Alguien cree que los capitalistas van a llegar a algún tipo de acuerdo que no pase por estas coordenadas? No pueden hacer otra cosa pues hundirían sus perspectivas económicas. Ellos sólo pueden conocer un modelo económico, el suyo, y abordar la crisis en función de las salidas que hay en ese modelo, con pactos o sin ellos.

De ahí la inevitable trampa que significa el llamado Plan de Solidaridad Nacional. Es bueno acabar con la inflación, pero los capitalistas sólo accederán a hacerlo a través de reducir los salarios. Es necesario acabar con el paro, pero los empresarios sólo firmarán un pacto en la lógica de que generar empleo sólo se puede hacer mejorando las condiciones para invertir asegurando importantes beneficios y recobrando así la confianza inversora. Urge sanear la empresa pública y tener un estricto control del gasto del Estado, pero la patronal entiende por eso reducir los servicios sociales e invertir estrictamente en los sectores rentables, evitando lo que ellos consideran «despilfarros». Tras de las palabras «reducir la inflación», «acabar con el paro», «sanear y controlar el gasto público» existen distintas concepciones. La salida compartida a la crisis no puede ser otra que la de que los trabajadores se lleven los sacrificios y los empresarios los beneficios.

UN EJEMPLO: N. SARTORIUS Y LA PRODUCTIVIDAD

De cómo la política de corresponsabilización lleva a hacer concesiones importantes a cambio de nada es un buen ejemplo la propuesta de Sartorius sobre el

tema de la productividad.

«El aumento de la productividad se conecta con la participación con la democracia, con las contrapartidas de distinto tipo, que en las situaciones de crisis difícilmente pueden ser cuantitativas —derechos sindicales, más democracia dentro y fuera de las empresas, etc.—». ¿No habíamos quedado en que los capitalistas plantean «que si se quieren mantener incolumnes las libertades democráticas los partidos de izquierda y los sindicatos deben colaborar a salir de la crisis»? Lo que propone Sartorius es aceptar dicho planteamiento.¹⁴

Más adelante sigue diciendo: «No parece lógico ni aceptable ligar salario a productividad mientras el primero no recupere íntegramente su valor nominal monetario anterior, sobre todo si no se aceptan contrapartidas cualitativas que compensen el aumento de productividad o dicha pérdida en el salario. A partir de aquí yo sería partidario de que efectivamente los crecimientos de los salarios se realizasen en función de aumentos de productividad, es decir, que una parte de ésta fuera a masa salarial, o a parados, pensionistas, etc.»

Entre otros argumentos contra estas tesis está el de que en una situación de crisis existe una relación estrecha y directa entre el crecimiento de la productividad la pérdida de puestos de trabajo. Haría falta un alto crecimiento económico, más allá del 4 % —cuando las previsiones para este año son de un crecimiento muy reducido próximo al cero— para que se absorviera el desempleo que generaría un incremento de la productividad del 2 o 3 %. Así pues, en términos globales el desempleo generado haría disminuir la participación de los salarios en la renta nacional, con lo que el aumento en masa salarial, atención de parados y pensionistas, dejaría a los trabajadores a lo sumo como antes en cuanto a percepciones económicas, pero con más paro, peores condiciones de trabajo y habiendo aceptado ligar salarios a productividad.

LA POLITICA SINDICAL DEL PC ITALIANO

En el mismo artículo, N. Sartorius plantea que para que haya alternativas para la izquierda en los países capitalistas desarrollados es necesario que «los partidos socialistas se sacudan de todo el viejo ropaje paralizante de la socialdemocracia internacional y los partidos comunistas profundicen en la línea de los que se ha venido en llamar eurocomunismo». Pues bien, uno de los partidos comunistas que más ha profundizado el eurocomunismo es el PC Italiano y es Italia también uno de los ejemplos que Sartorius más suele elogiar en cuanto a práctica sindicalista.

El PCI ha emprendido una batalla de la producción para salir de la crisis, batalla que se confunde casi milimétricamente con los objetivos y modelo de los capitalistas europeos. Toda su política sindical está orientada a reducir las reivindicaciones tradicionales de la clase obrera italiana. En cuanto a salarios el PCI plantea que un aumento generalizado e igualitario de salarios —como venía siendo tradición exigir hasta ahora— sería contrario a los intereses de la nación y a los de la clase obrera que no tiene trabajo. Defiende la necesidad de acabar con el aumento igualitario y automático de los salarios y ligar ese aumento a la profesionalidad, organización del trabajo y aumento de la productividad.

Después de asumir —en un claro proceso de profundización del eurocomunismo— que el incremento de la productividad hoy en Italia es un arma del

movimiento obrero para hacer avanzar su política de transformación (¿?), no queda ya más que ver como se concreta:

La FIAT, padece una grave crisis de competitividad, según los eurocomunistas italianos, producto fundamentalmente de que la intensidad del trabajo y de la productividad y la realización de horas extras son superiores en el extranjero, y que el hecho de que los salarios en Italia sean menores no compensa esas diferencias. El plan del PCI para acabar con esta situación de menor competitividad de la FIAT consiste en estudiar cómo aumentar la productividad. Las propuestas para ello son las de reintroducir estímulos salariales como el salario por piezas (abolido en 1969), volver a implantar el trabajo nocturno y reducir el absentismo.¹⁵

OTRA POLITICA Y CON OTROS METODOS

No es la que ofrece el actual equipo dirigente la salida que CCOO y la clase obrera necesitan en esta nueva situación. Hoy es necesario que el sindicato defina una línea que, rompiendo con la política mantenida en el pasado reciente, inicie la resistencia eficaz al conjunto de planes políticos y económicos que la UCD y el conjunto de la burguesía, CDC y PNV incluidos, quieren imponer a los trabajadores.

Resistencia y firmeza en la acción de masas quiere decir corregir los errores anteriores. Hace falta unidad de la izquierda, pero no para pactar con UCD, sino para desgastar al Gobierno de Suárez y abrir perspectivas de un cambio político en la situación. Hace falta satisfacer las aspiraciones de autodeterminación y soberanía de los pueblos oprimidos por el centralismo, pero no será posible hacerlo respetando el marco constitucional y estatutario. Hace falta impedir leyes como la Ley Básica de Empleo o la próxima Ley de Huelga, pero estas leyes se impondrán si como cuando el Estatuto no hay un plan de movilización desde el principio. Hay que frenar el paro e impedir los despidos masivos, pero el cierre de empresas continuará si no se organizan y coordinan las empresas en crisis, si no se lanzan a la acción en defensa del puesto de trabajo y reciben la solidaridad del conjunto de la clase obrera, si no se parte de la negativa más absoluta a aceptar regulaciones de empleo o cualquier tipo de reestructuración que implique una sola pérdida de puestos de trabajo: Hay que detener la campaña de productividad y absentismo de la patronal, pero esto sólo será posible con un rotundo no de los trabajadores, sin aceptar la lógica de las contrapartidas. Hace falta afirmar a CCOO como un sindicato de clase y recuperar la confianza de los trabajadores en los sindicatos, pero esto no será posible si en los convenios no se plantean con la firmeza necesaria las plataformas reivindicativas defendiéndolas con la huelga y acciones generalizadas cuanto sea posible para conseguir resultados favorables. Para todo ello hay que intentar recomponer la unidad de acción con UGT, pero esta unidad se quedará sólo en palabras bonitas si no se obliga por medio de la presión del conjunto de los trabajadores a cambiar de política a la dirección ugetista, haciendo fracasar su práctica conciliadora y ofreciéndole la unidad de acción en todo momento.

Esta es la línea de resistencia que necesita CCOO para ir reganando palmo a palmo correlación de fuerzas social y política. Pero el objetivo de la recuperación de la clase obrera debe ser el de iniciar una contraofensiva y no el de ofrecerse luego en bandeja a pactar, no debe ser el Plan de Solidaridad Nacional. Los mismos trabajadores, hartos de tanta colabora-

ción y tan poca oposición, entenderán que es un objetivo mezquino por el que —vista la experiencia— no merece la pena luchar.

CCOO debería adelantar a los trabajadores que no hay otra forma de acabar con los efectos de la crisis y el paro que por medio de la defensa intransigente de una política obrera de inversiones y de empleo.

Debería introducir en su programa una línea de reducción masiva de horas de trabajo con la implantación inmediata de las 40 horas y la exigencia de 35 allí donde el paro es más agudo, como en Andalucía, o en los sectores en crisis, con la reducción y supresión de las horas extras y el adelantar la edad de jubilación a los 60 años, reconvirtiendo todo ello en nuevos puestos de trabajo.

CCOO debería defender para la creación de empleo una política de multiplicación de la inversión pública para cubrir todas las necesidades de vivienda, de atención sanitaria, de educación, de corrección del desequilibrio ecológico..., que necesita la población. Para ello hace falta no derrochar el dinero en ayudas a la empresa privada para que contrate personal, y sobre todo hace falta una Reforma fiscal en profundidad que saque el dinero necesario de los beneficios, de las grandes rentas y patrimonios, pues éstos aún en la crisis siguen aumentando.

En el campo, CCOO debería defender si pretende acabar con el creciente desempleo agrícola y con el paro de los jornaleros, una Reforma Agraria cuyo primer paso sea la redistribución de la tierra, dándola a quien la trabaja y a quien esté dispuesto a trabajarla, expropiando sin ningún tipo de indemnización a los señoritos y terratenientes de sus dominios cuasifeudales, ayudando a los pequeños campesinos.

En cuanto a la industria, CCOO debería partir de la necesidad de nacionalizar los sectores en reestructuración, las empresas en crisis, planteando la reconversión industrial por medio de un plan obrero de los sindicatos que permita el mantenimiento de todos los puestos de trabajo y/o la creación de puestos alternativos. Interviniendo para ello los canales crediticios, financieros y comerciales necesarios.

Está claro que en un plazo inmediato no hay una correlación de fuerzas para imponer un programa de estas características, como tampoco lo hay para un Plan de Solidaridad Nacional porque la burguesía no lo necesita ahora. Pero el objetivo de cualquier contraofensiva de los trabajadores tiene que ser ese programa, oponiéndolo a los planes de la burguesía y pugnando por imponerlo reivindicación a reivindicación.

De la constitución al ECD y la LAU, la política educativa de la burguesía.

Mariano
Fernández Enguita

«Artículo 20. Se reconocen y protegen los derechos: ... c) A la libertad de cátedra.» «Artículo 27. ... 3. Los poderes públicos garantizarán el derecho que asiste a los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones... 6. Se reconoce a las personas físicas y jurídicas la libertad de creación de centros docentes... 9. Los poderes públicos ayudarán a los centros docentes que reúnan los requisi-

tos que la ley establezca.»

LA TRAMPA CONSTITUCIONAL

Por ahí empezó todo o, para ser más exactos, desde entonces pudo saberse cómo iba a terminar todo. Tres años e intensas movilizaciones de enseñantes, padres y vecinos en favor de una enseñanza pública y democrática —con las precisiones y matices necesarios en cada caso— se veían seguidos en gran medida por la calma mientras alcanzaba su cénit la movilización de la «derecha de la enseñanza»: FERE, padres católicos, patronal, obispos... El resultado: la «constitución de todos», según el PSOE y el PCE. Las enmiendas contra el texto consensuado vinieron casi exclusivamente de la derecha, mientras los dos partidos obreros mayoritarios y con representación parlamentaria se daban por satisfechos y votaban a favor de los artículos 20 y 27. Sólo una voz se levantó contra la inclusión del apartado 9, fuente de casi todas las desdichas..., la de Heribert Barrera, diputado por Esquerra de Catalunya, que defendió en solitario una enmienda condenada de antemano al fracaso. No es que Barrera fuese contrario a la enseñanza privada, como él mismo se encargó de aclarar, sino que no consideraba necesario, pues Parlamento y gobierno podrían hacerlo de todos modos, ni conveniente, pues proponía dar prioridad a los puestos escolares públicos y no repartir ayuda indiscriminadamente; no consideraba necesario ni conveniente obligar constitucionalmente al gobierno a ayudar financieramente a todos los centros privados. Aparte de sus virtudes específicas, la actitud de Barrera tiene la de poner en evidencia la claudicación de socialdemócratas y eurocomunistas en el problema de la enseñanza.

Antes de entrar a ver la profundización —que no modificación— de la política contenida en los artículos 20 y 27 de la Constitución por el Estatuto de Centros Docentes (en adelante ECD, que no en vano rima en consonante con UCD), conviene detenerse en algunos aspectos de la génesis y el significado de los apartados arriba citados, en los que se acumulan los problemas fundamentales. Para empezar, el reconocimiento de la «libertad de cátedra» fue aprobado como alternativa a la constitucionalización de la «libertad de expresión docente», propuesta por el grupo comunista —pero cuyo rechazo no le impidió votar a favor del artículo. La diferencia no era semántica,

sino de fondo, pues mientras la «libertad de expresión docente» alude a todos los niveles de la enseñanza, la «libertad de cátedra» se limita al ámbito de la enseñanza superior. Si traemos esto a colación no es por recordar el pasado, sino por lo que implica para el futuro. El PSOE ha puesto el grito en el cielo ante la aprobación del ECD asegurando, 1.º, que es anticonstitucional, y 2.º, que cuando tenga mayoría parlamentaria hará una nueva ley. Una de las supuestas razones de esta anticonstitucionalidad podría ser la introducción del ideario de centro —y la consiguiente supresión de cualquier libertad docente— en la enseñanza privada y, solapadamente, también, en la enseñanza pública. Pues bien, cualquier jurista con un dedo de frente —no digamos ya con dos— al que se llame a interpretar el texto constitucional, llegará a la conclusión de que, si la «libertad de cátedra» fue aprobada en oposición a la «libertad de expresión docente», lo fue para ser restringida a la enseñanza superior (es decir, que la «voluntad del legislador», primer objeto de la interpretación jurídica, es diáfana). Con lo cual, no solamente ningún Tribunal Constitucional fallaría a favor de un recurso de anticonstitucionalidad basado en el artículo 20, sino que, bien al contrario, el PSOE puede encontrarse fácilmente con que cualquier intento de extender la libertad de expresión docente a los niveles primario y medio de la enseñanza sí sea tachado de anticonstitucional, por ejemplo, el día que los socialistas quieran cambiar la ley con su mayoría parlamentaria —si es que llegan a tener mayoría y si es que llegan a querer cambiar la ley con ella, que es otro cantar. Si se tiene en cuenta quién compone el Tribunal Constitucional, que para empezar va a ser presidido por un ex-ministro de UCD, se comprenderá que lo que decimos no es una simple especulación.

El apartado 3 del artículo 27 garantizaba el archifamoso «derecho» de los padres a elegir la enseñanza de sus hijos. Nunca se insistirá lo suficiente en que semejante «derecho» no es otra cosa que un eufemismo cuya función es negar rotundamente el derecho de los niños y niñas a recibir una enseñanza y una visión del mundo plurales (lo que no quiere decir un muestrario de todos los colores posibles). El «derecho» en cuestión, recogido en la Declaración universal de Derechos Humanos, en la Declaración de los Derechos del Niño, en la Carta social europea, etc., etc., nació como reacción al adoctrinamiento fascista y estalinista, en la posguerra. Ahora bien, sin necesidad de vestirse de «rojo», ni siquiera de «jacobino»,

son muchos los países que le han dado interpretaciones totalmente distintas. Así, en los Estados Unidos, país piadoso por excelencia, al menos en las formas, el Tribunal Supremo ha fallado repetidamente en contra de la introducción de cualquier forma de enseñanza o inducción religiosa en las escuelas públicas (p.e. en 1948, declarando anticonstitucional la concesión de tiempo libre para recibir enseñanza religiosa en los locales escolares, en el estado de Illinois) y de cualquier forma de subvención a las escuelas privadas (que por lo general son confesionales). En la República Federal Alemana, el Estado ofrece escuelas públicas confesionales, y sólo en su defecto —poco frecuente— ayuda a las escuelas privadas de aquellas comunidades que no encuentran en el lugar una escuela acorde con su confesión, con lo que se rompe la identificación escuela confesional-escuela privada. Solamente en España se da por supuesto que la elección de escuela solo es posible con las escuelas privadas y que el Estado tiene que financiarlas.

El apartado 9, en fin, fue aprobado frente a una redacción alternativa que proponía sustituir «ayudarán» por «podrán ayudar», redacción sostenida por los grupos comunista y minoría catalana. La diferencia, una vez más, es de mayor alcance de lo que parece, pues, con el texto constitucional en la mano, el Estado está obligado a ayudar a todos los centros que reúnan los requisitos —luego veremos en qué consisten éstos—, lo que significa que, siendo enormemente limitado el presupuesto de educación en relación con las necesidades, se hace prácticamente inviable una política que priorice la construcción de puestos escolares públicos. Es más, se puede dar —y se dará— el caso absurdo de que, en una zona donde las necesidades escolares estén cubiertas por un número suficiente de puestos públicos, el Estado se ve constitucionalmente obligado a financiar un colegio privado —por ejemplo, si mediante un módico precio, al alcance de los padres, añade a la enseñanza normal y gratuita algunos servicios complementarios que lo hacen más atractivo que el centro público. Por lo demás, resulta que el erario público financiará por igual —en la misma cuantía— a los colegios que tengan como única fuente de ingresos la subvención estatal que a los colegios de lujo, que cobrarán por el resto a los padres —con lo cual, en este caso, es lo mismo decir que se financia un nivel mínimo o que se financia el excedente, el lujo. Este es el artículo «de todos» que aprobaron PSOE y PCE.

EL ESTATUTO DE CENTROS Y LA LEY DE FINANCIACION

¿Qué añade a esto el Estatuto? Realmente poco: lo que hace, aparte de profundizar en la línea de los artículos 20.c y 27 de la Constitución, es, sobre todo, convertir en legislación vigente lo que antes sólo era una orientación o unos principios generales, sin aplicación práctica. A la libertad de crear centros docentes, el ECD añade la de gestionarlos y dirigirlos (arts. 7.1 y 33.1), con lo que la administración se priva de la posibilidad de poner un precio a las subvenciones, precio a pagar en forma de condiciones de gestión y de docencia. Da vida legal al ideario de centro, cuya elaboración corresponde al propietario (art. 35.1), condicionando a él la libertad de expresión docente (art. 5.1), y lo introduce subrepticamente en los centros públicos (un «marco de directrices axiológicas y educativas», a elaborar por el consejo de dirección, art. 22 bis). Recorta notable-

mente las posibilidades de una gestión democrática en los centros públicos, al limitar las competencias de profesores, padres y alumnos; establece que solamente habrá una Asociación de Padres de Alumnos —APA— por centro, lo que trae a la memoria cómo, cuando la LGE también reconocía la existencia y hasta cierta capacidad de control de las APAs, propietarios y directores se quitaban el problema de encima constituyéndolas en verano con cuatro amigos, con lo que los demás padres se encontraban ya dada una APA con estatutos draconianos que imposibilitaban toda participación; priva a padres y profesores de cualquier influencia sobre el ideario ya establecido; determina que los directores de los centros públicos serán nombrados por la Administración, mientras que las autoridades académicas de segundo orden serán nombradas por el director, cerrando la vía de la elección de los cargos; y, para completar, no establece condición alguna respecto a la intervención de profesores, padres y alumnos en la gestión de los centros privados subvencionados (arts. 17, 18, 24, 24 bis, 26.1, y 35.2). Como de paso, establece el criterio de autorización de los centros por la Administración restringiendo los requisitos a la titulación del profesorado, instalaciones, número de unidades, servicios complementarios y relación numérica profesores / alumnos (arts. 12 y 34), requisitos que se puede suponer de antemano que serán, y no ningún otro, los exigidos a la hora de conceder ayuda económica. Como remate, el ECD excluye de una larga enumeración de los derechos de los alumnos los de reunión, asociación, y huelga, lo que significa que no los hace de reconocimiento obligatorio (arts. 16 y 37).

El corolario a todo esto lo pondrá la Ley de financiamiento (!) de la enseñanza obligatoria, con la implantación del cheque escolar. Este invento del cheque fue propuesto originalmente por la escuela liberal de economía de Chicago, con Friedman a la cabeza —la misma escuela que elaboró el plan de estabilización de la Junta de Pinochet—, y fue rechazado en los Estados Unidos por considerarse que era una forma de promocionar la enseñanza confesional. Posteriormente ha seguido un trayecto curioso, pues forma parte de las propuestas «radicales» del desescolarizador Illich —el «educrédito»— y, en los debates constitucionales, fue defendido, quizás con cierto despiste, por el único diputado que se opuso a constitucionalizar la obligación del Estado de ayudar a la enseñanza privada: Heribert Barrera. Con su implantación en España, sustitución de la subvención a los centros por la subvención a las familias, el Estado se cierra la última posibilidad de poner un precio a esa ayuda económica, pues, mientras a los centros se les podría haber puesto toda una serie de condiciones para otorgarles fondos, ¿qué se puede exigir a las familias, salvo que lleven a niños y niñas a la escuela?

Este es el único aspecto —todavía no aprobado— del nuevo paquete legislativo en materia de educación que podría entrar formalmente en conflicto con el texto constitucional, que remite la ayuda «a los centros», pero el complicado mecanismo del cheque (se entrega a la familia, que lo da al centro, el cual lo presenta al cobro a la Administración), sin duda permitirá que sea interpretado en cualquier sentido.

En cuanto a la enseñanza superior, y aparte de la libertad de cátedra, la Constitución sólo dice que «se reconoce la autonomía de las Universidades, en los términos que la ley establezca.» (Art. 27.10). El (cuarto) proyecto de Ley de Autonomía Universita-

ria, efectivamente, reconoce la libertad de cátedra (art. 4); otra cosa es que luego sea real para todos los docentes, y no sólo para los jefes de Departamento y catedráticos, realización a la que opone una notable resistencia la propia estructura ultrajerarquizada del profesorado. Por otra parte, aunque se reconoce la libertad de creación de centros privados, la Administración no se obliga a subvencionarlos económicamente (art. 5). En estos dos aspectos, pues, la LAU es bastante más progresiva que el ECD, cosa de la que no hay que asombrarse porque, visto el sistema de enseñanza como un todo, no hace falta ir más lejos en la enseñanza superior cuando ya se ha dejado todo «atado y bien atado» en los niveles inferiores. La libertad de cátedra, en particular, junto a la inexistencia de libertad de expresión docente —o su limitación al máximo— en la enseñanza primaria y media, lo que hace es consagrar una doble forma de inculcación de la cultura y la ideología burguesas: en la Universidad se formarán sus intérpretes activos, llamados no sólo a recibirla sino también a transmitirla y reproducirla, mientras que en los niveles anteriores se tratará de un adoctrinamiento puro y simple.

Más importante que la posibilidad de existencia de universidades privadas, en la que, sin embargo, se ha concentrado en buena parte el fuego de la crítica, es la probabilidad de desarrollo de varias categorías de universidades públicas. En primer lugar, las universidades creadas por las comunidades autónomas dependerán de los fondos de éstas, sin recibir subsidios estatales (art. 11). En segundo lugar, una de las fuentes de financiación administradas autónomamente serán las aportaciones de y contratos con entidades públicas y privadas (arts. 22 y 46), léase sobre todo empresas. Las tasas, en tercer lugar, serán uniformes para todas las universidades públicas, pero «se diversificarán de acuerdo con la rama o especialidad de las enseñanzas» (art. 23.1). Lo primero significa que, debiendo ser las comunidades autónomas lógicamente más sensibles a las presiones sociales, se verán llevadas a crear universidades con escasa financiación, universidades «de pobres»; además, sobre cada una de estas universidades repercutirá la situación económica de su respectiva administración autonómica, con las consiguientes desigualdades nacionales y regionales. Lo segundo, que los fondos empresariales —e incluso de organismos públicos que no sean el Ministerio de Universidades e Investigación, o el que le suceda—, se polarizarán inevitablemente hacia determinadas universidades, discriminada y discriminatoriamente, iniciándose un círculo vicioso en el que mayores fondos traen mayor calidad, lo que a su vez atrae nuevos fondos, etc. Lo tercero, que será más caro por cabeza y año hacerse médico que veterinario, ingeniero que aparejador —«ingeniero técnico»— o, tal vez, diplomado en ciencias empresariales que en economía general.

En lo que respecta a la selectividad, el proyecto es un nuevo intento de poner en vigor el *numerus clausus* (artículo 32.2) y las pruebas de acceso (art. 33). Pero, sobre todo, establece que las tasas tenderán «a cubrir los costos reales de la enseñanza» (art. 23). Por más que el ministro se empeñase en lo contrario en el paseo televisivo en que le acompañaron representantes de los grupos parlamentarios, la aplicación de este precepto significaría tasas por encima de las 100.000 ptas. alumno/año, lo que, para una familia de ingresos medios, no digamos ya bajos, implica, unido a que el estudio supone prescindir de un salario, no poder costear la enseñanza superior de



sus hijos e hijas. El Ministerio aduce que las familias «desfavorecidas» se verían compensadas con un sistema de becas, etc., pero todavía está por inventarse —y seguirá estándolo— el sistema de becas que sea capaz de compensar las diferencias económicas, de capital cultural, de horizonte cultural y expectativas profesionales, etc., que envían a los hijos de las clases superiores a las carreras y los títulos universitarios y a los demás a los ciclos cortos o al fracaso escolar. La maraña de argumentos que se ha empleado aquí es casi increíble: por una parte, se asegura que el acceso a la enseñanza será democrático y no clasista gracias al sistema de becas; por otra, se defiende la subida de las tasas (en base a que, si no suben, toda la población estará pagando vía presupuesto público la enseñanza de unos pocos privilegiados! Sobre lo primero, basta mirar a otros países que ya llevan mucho tiempo con políticas de promoción por medio de becas bastante más audaces de lo que se pueda llegar a hacer aquí para ver los resultados. Sobre lo segundo, que no deja de ser cierto, lo mismo que no deja de serlo que todos financiamos un Estado que es enemigo de la mayoría, a nadie se le ocurre pensar —y no porque sea difícil— en que la solución no está ahí, sino exclusivamente en una reforma fiscal (siempre moviéndonos dentro del marco social y económico actual).

Por último, en lo que al control y la gestión de la Universidad se refiere, el PLAU no va más allá de una descentralización no demasiado ambiciosa del poder que nunca trasciende el marco de los funcionarios, ya sometidos a un eficaz proceso de selección, y abre peligrosamente las puertas a un control directo por el capital y sus partes vía consejos sociales, cuyas competencias en materia económica —y, por tanto, también académica, porque las funciones académicas tienen un coste— son muy amplias (art. 28.4 y concordantes). Todo ello basado en un nuevo impulso a la funcionarización del profesorado (todo el título VIII).

LO QUE ESTABA EN JUEGO

Con la aprobación definitiva —en parte ya hecha— de este paquete legislativo, se habrá cerrado un nuevo capítulo de la «batalla de la enseñanza». A la hora de

hacer balance, lo primero que hay que anotar es que se pierde, de momento «largo momento, seguramente» la batalla escuela pública-escuela privada. Como es obvio, la opción no estaba entre la implantación de una escuela pública única —como ha querido hacer creer la derecha— y la persistencia de la escuela privada. Esto ya estaba decidido. Lo que se jugaba era la opción entre una escuela pública competitiva, capaz de ganarle terreno progresivamente a la privada, o un sector público languideciente, condenado a retroceder un paso tras otro. Al conseguir un apoyo indiscriminado y equivalente al coste de la enseñanza pública la escuela privada hace inviable una política de expansión y mejora de los centros públicos que tendría como efecto, lento pero progresivo, la absorción del alumnado de la privada. Además, con la versión del cheque escolar, la Iglesia y la empresa privada asocian potencialmente a los padres a la reivindicación de un alza constante de las subvenciones, en detrimento del sector público.

Quizá en este punto haya que añadir que el sector revolucionario de los enseñantes ha insistido demasiado y demasiado tiempo en la idea de la escuela única como *deus ex machina*. No está de más señalar, para contribuir a derribar algunos mitos, que la escuela única no es ni tan «roja» ni tan necesaria para los «rojos» como a primera vista parece. Aparte de su largo periplo a través de sucesivos reformadores de la educación, la escuela única fue formulada como reivindicación por la Revolución francesa, pero nunca llevada a la práctica: su puesta en pie, bien al contrario, fue obra de la reacción que siguió al aplastamiento de la Comuna; la Revolución rusa, por su parte, en ningún momento intentó terminar con las escuelas privadas. El peso excesivo que ha conservado esta reivindicación más allá del primer momento de la transición —en que todo parecía posible y, por tanto, todo era exigible— ha contribuido, sin lugar a dudas, a dos cosas: a proveer de un espantapájaros —tan poco amenazador, en realidad, como los de verdad— a la derecha y a dificultar la formación de un frente de masas por la expansión de la enseñanza pública, cuando los reformistas ya habían abandonado hacía tiempo la reivindicación de escuela única pero apenas movían un dedo por la de escuela pública.

En todo caso, lo que discutimos es una cuestión de oportunidad táctica: cuando una reivindicación u otra, escuela única o ampliación de la escuela pública, deben pasar de pretender articular las luchas a ocupar simplemente un lugar en la propaganda o viceversa. En ningún caso cabe minimizar la importancia de la lucha contra la enseñanza privada en un país en el que representa el 61 % del alumnado de preescolar, el 38 % de los de EGB y el 51 % de los de bachillerato (según el anuario del INE, 1979). Téngase en cuenta, como ejemplos, que la enseñanza privada representa en Francia el 17,5 % del total (curso 60-61), en la República Federal Alemana el 2,3 % (1960); en los EE.UU., el 16 % de la primaria, 11 % de la secundaria y 40 % de la superior (1960); en Italia, país católico por excelencia, el peso de la privada no llega al 19 % en la primaria y sólo al 12,1 % en la media, cifras que apenas han variado posteriormente. A la vista de estos porcentajes, uno no sabe si preguntarse por qué no se han suicidado en masa los padres y madres «con sus propias convicciones» de Francia, la RFA, los EE.UU., e Italia, por ceñirnos a los ejemplos, o reconocer y admirar la habilidad de una derecha que ha sabido defender el reducto escolar del oscurantismo religioso y la rapiña

empresarial, aunque nos inclinamos por lo segundo.

Tomando conjuntamente el ECD y el PLAU, no es tampoco difícil ver cómo la burguesía, por medio de su gobierno, introduce diferenciaciones dentro del sistema de enseñanza acordes con las que imperan en el sistema productivo y en el conjunto de la sociedad, sólo que con los matices pertinentes. Con el Estatuto, se garantiza que seguirán existiendo, dentro del ciclo obligatorio y común, un sector encargado de mejor formar a los alevines de la clase dominante: los colegios de élite. Pero, como seguirán siendo demasiados los que cubran satisfactoriamente el currículum escolar —si se apretasen en exceso los tornillos se podrían quedar también fuera los alevines, y eso no les gustaría a sus padres—, se disponen tres formas de selectividad suplementaria: *numerus clausus*, pruebas de acceso y aumento de las tasas. Ahora bien, el grifo tampoco ahí debe cerrarse por completo, pues la Universidad, y sobre todo la ilusión de que promueve la movilidad social y da acceso a los más altos valores simbólicos de la cultura, sigue siendo uno de los pilares principales de la alianza entre la burguesía y la pequeña burguesía; y la falsa imagen de que todos pueden llegar a la cúspide de la pirámide educativa, que los que lleguen serán algo en la vida y que los que ya lo son es porque un día llegaron, sigue siendo una de las mixtificaciones que mejor encubren la realidad de una sociedad no sólo clasista sino además rígida. Si nuestros pronósticos sobre la diferenciación de universidades de primera y de segunda se cumplen, esto —permaneciendo el resto de las cosas igual, que dicen los matemáticos—, estaría arreglado, porque mientras un pequeño grupo de universidades bien dotadas cumplirían el papel que tradicionalmente ha correspondido a la institución y que ya no podía cumplir desde su masificación, a su alrededor pulularían toda una serie de universidades infradotadas, en cuyo seno vegetaría, pero contentos, una gran mayoría de universitarios cuya única salida profesional será la de emplearse por debajo del nivel de cualificación adquirido. De hecho, esto es lo que ocurre en los Estados Unidos, donde no se pregunta a nadie qué título tiene, sino dónde lo ha adquirido, o en Francia, donde se diferencian paulatinamente dos clases de universidades públicas. Así, con el ECD y la LAU, el sistema educativo quiere volver a ofrecer lo que el sistema productivo necesita: una base amplia con el nivel de formación mínimo (EGB sola o más BUP o FP 1), una cúspide reducida con un nivel máximo (las universidades «bien») y una capa intermedia de dimensiones variables, con un nivel de formación igualmente intermedio y susceptible de ser empleada más arriba o más abajo en la estructura ocupacional, según las necesidades (los egresados de los ciclos cortos de la enseñanza superior, los poseedores de títulos superiores de universidades devaluadas, los «fracasados» a mitad de la carrera universitaria).

La racionalización de la enseñanza —en función de los intereses dominantes— viene acompañada de su rentabilización —id. de id. La gratuidad del ciclo básico supone una redistribución de la renta mínima, si se tiene en cuenta la estructura del sistema impositivo de este país, y ofrece a cambio el nivel de formación necesario en general para la buena marcha no sólo del sistema productivo sino también del orden social —la obediencia a las leyes, como cualquier otra cosa, necesita ser enseñada y aprendida—; «inflación», «crisis energética», «consenso», etc., son términos que deben ser entendidos para que TVE pueda desempeñar bien su labor. Más allá del ciclo básico, se desalienta la continuación de los

estudios, sobre todo el acceso a la universidad; aquellos que accedan deberán pagar por ello. Para culminar, se invita al capital en particular —el capital en general está bien representado por el gobierno— a que contribuya a la financiación de la enseñanza superior, ya que a él le ha de servir, y se le ofrece a cambio influencia directa por medio del Consejo Social previsto en el PLAU.

Si atendemos ahora a la enorme importancia como medio de dominación ideológica e instrumento de legitimación del sistema de enseñanza, nadie debe extrañarse de que cuando, en tiempos de crisis, el sistema económico padece déficits de legitimidad se aprieten más las tuercas sobre las instituciones con un papel predominantemente ideológico. No hay ninguna contradicción entre la disposición del gobierno Suárez, al menos en algunos momentos, a buscar un entendimiento en temas económicos y laborales; y su cerrazón en torno a esa cueva de ladrones y bufón del poder que es TVE: lo segundo es corolario de lo primero. Precisamente porque la crisis, el paro, la carestía, la congelación salarial, etc., hacen que el sistema económico tenga menor capacidad de integración se hace necesario asegurar más que nunca otros resortes de poder. Por eso la burguesía no podía tolerar por más tiempo que la enseñanza fuese un foco de contestación, y en esto también se lleva, de momento, el gato al agua: en colegios e institutos, con el ideario y su sosias el «marco de directrices axiológicas»; en la Universidad con la funcionarización del profesorado y una mayor presión sobre el estudiantado —de la que el anterior es cómplice de buen o mal grado. A este respecto, no hay error más grave ni más tonto que el de quienes dicen, quizá con la piadosa voluntad de minimizar una derrota, que antes del Estatuto ya había idearios de hecho: la diferencia, que en la práctica se comprobará sustancial, es que los idearios «de hecho» de antes eran, por así decirlo, impresentables, y cualquier intento de despido ideológico provocaba una respuesta generalizada, a más de tratar de disfrazarse, normalmente, como despido laboral; a partir de ahora, tendrá detrás la legitimidad que aportan una Constitución masivamente aprobada y un ordenamiento jurídico dado, si no por bueno, al menos por legítimo y aceptado.

Por último, en lo que concierne a la gestión democrática de los centros, el paquete legislativo supone también una derrota importante. En la Universidad, porque no pasa de ser una descentralización administrativa, en todo caso enormemente regresiva con respecto a lo que ya se había obtenido en algunas universidades —por ejemplo, las catalanas—, facultades y escuelas. En cuanto a los niveles inferiores, el Estatuto no obliga a nada a los centros privados no subvencionados, no pasa de una declaración formal y



poco alentadora sobre los privados subvencionados e introduce limitaciones sustanciales en relación a los centros públicos. Es cierto que, en este terreno, la batalla no es, ni siquiera de momento, la última, pues corresponde a cada centro público la elaboración de su estatuto o reglamento, pero dividir lo que podría haber sido una lucha unificada en mil luchas parciales es ya una forma de vencer, o al menos un primer paso.

Las movilizaciones habidas, de todos modos, no han sido en vano. La legislación en materia de educación, lejos de llegar envuelta en ese aroma consensual que hace que todo pase, nace ya puesta en cuestión y con una legitimidad disminuida que la hace más vulnerable. El movimiento estudiantil, después de largos años de letargo, ha irrumpido en escena con una fuerza que nadie esperaba y que, en el peor de los casos, no se desvanecerá sin dejar rastro. Estudiantes, enseñantes, padres, vecinos, trabajadores..., todos ellos han aprendido sin duda algo sobre lo que prometen el consenso y la delegación de competencias en el parlamento, así como sobre la importancia de luchar por sí mismos por sus reivindicaciones. Las próximas batallas, si no se repite la de la LAU, vendrán en torno a la elaboración de los estatutos de cada universidad, a la elaboración de estatutos y reglamentos en los centros escolares, a la creación de nuevos puestos escolares en condiciones, a la defensa del puesto de trabajo de los enseñantes, a la resistencia a la gestión patronal y burocrática de la enseñanza.

Las bases de la política exterior del Kremlin (I)*

“La política exterior constituye la extensión y el desarrollo de la política interior. Para comprender correctamente la política exterior del Kremlin hay que tener siempre en cuenta dos factores: uno, la situación de la URSS en el entorno capitalista, y otro, la situación de la burocracia gobernante dentro de la sociedad soviética. La burocracia defiende la URSS. Pero ante todo se defiende a sí misma dentro de la

A. Maraver

URSS. La situación interna de la burocracia es incomparablemente más vulnerable que la situación internacional de la URSS”. Trotsky, 1940.

¿UNA VUELTA A LA GUERRA FRÍA?

Desde 1968 estamos siendo testigos de un cambio radical en el panorama político internacional, que está haciendo entrar en crisis el sistema de “coexistencia pacífica” y del mantenimiento del *statu quo*, negociado entre el imperialismo y la burocracia del Kremlin tras la II Guerra Mundial. Sus causas hay que buscarlas en el ascenso de la revolución colonial y en el agotamiento de la onda larga ascendente (1945-72) de la economía capitalista. Entre sus consecuencias más importantes hay que señalar el surgimiento del movimiento anti-guerra en Estados Unidos, impidiéndole cumplir temporalmente su papel de gendarme internacional, un ascenso de la lucha de clases en los países capitalistas avanzados contra los planes de austeridad, y la agravación de la competencia y de las contradicciones interimperialistas.

La burocracia del Kremlin, que está a la cabeza de la segunda potencia económica y militar mundial, está jugando un papel esencial a la hora de definir la dinámica de la crisis. En 1972, en el XXIV Congreso del PCUS, intentó llevar a cabo una reelaboración de su política exterior que pudiese dar cuenta de los cambios que estaban ocurriendo, al mismo tiempo que se creaban toda una serie de comisiones de consulta sobre política exterior ligadas a la academia de ciencias de la URSS y al comité central del PCUS (1). En el seno mismo del politburó, la caída el mismo año de Shelest y del mariscal Grechko, el ala que se había opuesto a la política de detente iniciada por Breznev a través de las conversaciones Salt y la Conferencia de Helsinki, y el ascenso del triunvirato Ustinov (defensa) -Andropov (seguridad) y Gromiko (exteriores) supuso un reforzamiento de la “real-politik” como potencia, aprovechando el margen de maniobra creado por la incapacidad temporal de intervención del imperialismo norteamericano para forzar su posición negociadora ante una nueva definición del *statu quo*. De alguna forma, ello exige cambiar las relaciones existentes en la época de Kruchev entre economía y política exterior, cuando la primera determinaba la segunda, forzando una autarquía relativa que permita reducir de paso las repercusiones de la crisis económica capitalista sobre la propia economía de la URSS (2).

En líneas generales, las conclusiones del XXIV Congreso, resumidas en “Un programa para la Paz” (3), parten de la idea de que la crisis económica capitalista agrava las tensiones interimperialistas, pero también la tendencia militarista (política y económica) de Estados Unidos para mantener su hegemonía. La única forma de frenar estas tendencias es estableciendo un marco

institucional de negociación permanente entre los USA y la URSS, que permita integrar en el *statu quo* sus continuas rupturas parciales, como resultado de la crisis económica y la revolución colonial. Los objetivos fundamentales son, por lo tanto: la legitimización internacional del control de la URSS sobre Europa del Este, y de la situación surgida en el continente tras la II Guerra Mundial; una limitación de armas estratégicas que cumpla a la vez objetivos militares y económicos; el estatuto de nación económicamente más favorecida, que le permitiese no depende en las ventas de materias primas de las fluctuaciones del mercado internacional; frenar el acercamiento chino-norteamericano; y obtener unos marcos de acuerdo para el Sudoeste Asiático y Oriente Medio.

Hasta 1975 la detente se desarrolla de acuerdo con este esquema (4). La política de Kissinger estaba basada, durante el mismo período, en una renegociación conjunta del *statu quo* con la URSS, implicando a la burocracia del Kremlin en su mantenimiento a través de presiones directas, pero que de ninguna forma ponen en cuestión ni el papel mundial actual de la URSS, ni su control sobre su zona de influencia. Una política que venía determinada por la incapacidad temporal de intervención militar exterior de los Estados Unidos (5). Pero la crisis del imperio colonial portugués, la guerra de Angola y las intervenciones cubana, el derrumbe del estado absolutista en Etiopía, la guerra con Somalia, el desarrollo revolucionario en Vietnam, Laos y Camboya tras 1973, que rompía en la práctica el equilibrio pactado en los Acuerdos de París, la aparición del Frente del Rechazo frente a los acuerdos egipcio-israelíes, la crisis de Irán, el ascenso revolucionario en toda Centroamérica y el Caribe, y la propia dinámica creada por el aceleramiento de la competencia tecnológica militar, que refuerza las tendencias anti-detente tanto en la URSS como en USA, tras los acuerdos SALT I, han puesto en cuestión no ya una política concreta de redefinición del *statu quo*, sino las mismas bases sobre las que se asienta tras 1945.

La respuesta norteamericana se inicia con el mismo Presidente Ford, y se endurece con la elección de Carter y la puesta en práctica de la política internacional de Z. Brzezinski (6). Esta política intenta recortar el margen de maniobra de la URSS y obligarla a cumplir un papel contrarrevolucionario directo, a la vez que se intenta un cambio radical en la opinión pública norteamericana que permita recuperar a Estados Unidos su papel de gendarme internacional. De ahí la utilización del tema de derechos humanos y el apoyo a los disidentes en la Conferencia de Helsinki, los primeros intentos de boicot a la venta de cereales a la URSS tras la guerra de Angola (7), el frenazo a SALT II del Senado, y los aumentos del presupuesto militar de USA y la OTAN.

Todo ello se produce antes de la invasión de

Afganistán por la URSS, que esta determinada por la defensa de un estado-tapón fundamental para la defensa de su frontera asiática ante la presión de la República Popular China y el propio conflicto de Irán (8). La orientación central de la burocracia del Kremlin sigue siendo la detente, porque, su propia naturaleza, es la única política internacional que puede desplegar. Pero en la medida en que el sistema de negociación central construido con Kissinger de 1970 a 1975 ha sido desmontado por la administración Carter, sólo puede hacer concesiones sobre la base de un margen de maniobra ya conquistado en cada una de las zonas del mundo en negociación.

La crisis del sistema político está en sus inicios y en última instancia su superación depende de como se resuelva la crisis económica del sistema capitalista, si en los países capitalistas avanzados va a encontrar una salida a favor de la clase obrera o de la burguesía. Pero este cambio en la correlación de fuerzas entre las clases, que abrirá una nueva época histórica, está ligado en buena parte al desarrollo concreto de la crisis del sistema político mundial. Con este artículo sólo pretendemos abrir el debate sobre cual es la lógica interna de la política exterior de la burocracia del Kremlin ante esta crisis.

LA NATURALEZA SOCIAL DE LA URSS Y SU POLITICA EXTERIOR

A partir del análisis de la naturaleza de la burocracia y de la degeneración de los estados obreros, es posible deducir un primer nivel de características de la política exterior de la URSS. No repetiremos aquí este análisis tal y como fue desarrollado por Leon Trotsky y más tarde por la IV Internacional (9), e iremos directamente a lo segundo.

En primer lugar, la propia consolidación de la burocracia como casta y su monopolización del poder político para la defensa de sus propios intereses esta íntimamente ligada, no solo a la caída coyuntural de la conciencia de clase en la URSS tras la guerra civil, sino también a la caída histórica que provocó la derrota de la revolución en los países capitalistas avanzados, consecuencia de la estalinización de la Internacional Comunista y su incapacidad para definir una política de clase. Este fracaso permitió una nueva onda larga del capitalismo tras la II Guerra Mundial y condenó a la Revolución de Octubre al aislamiento en sus propias condiciones materiales (10). La contrarrevolución política de la burocracia expresa por lo tanto no sólo un equilibrio entre el campesinado y la clase obrera en la URSS, sino también entre la consolidación del imperialismo y el retroceso de la revolución mundial. En la medida en que la correlación de fuerzas a escala mundial entre las clases se transforme radicalmente conducirá a la revolución política y el establecimiento de la planificación socialista, o la contrarrevolución social y la reintroducción del capitalismo.

La burocracia juega, por lo tanto, un papel activo contrarrevolucionario en el mantenimiento del statu quo, subordinando a través de los PCs las dinámicas revolucionarias nacionales a los intereses de su propia diplomacia, en tanto que su propio ejemplo de "edificación del socialismo" es una de las principales barreras para un nuevo ascenso de la conciencia de clase y la construcción de nuevos partidos marxistas. Este papel se extiende en el terreno interno, a largo plazo, en la medida en que su regulación arbitraria del proceso económico en la URSS y Países del Este introduce una inestabilidad social y una crisis económica permanente, que debilitan a los estados obreros dege-

nerados frente al imperialismo. Pero al mismo tiempo, la burocracia defiende de forma inmediata la fuente de sus privilegios, su estado, y en este sentido, indirectamente, las conquistas de la Revolución de Octubre en el terreno económico. Ello introduce una lógica actuación diferente de la de las distintas burguesías nacionales imperialistas frente a la crisis. Estas se ven forzadas a romper el statu quo de cara a mejorar su posición en el mercado mundial y en la división internacional del trabajo. La burocracia, por el contrario, intenta mantener el statu quo tal y como existe, lo que ante la dinámica de la crisis le obliga, en la medida de sus posibilidades, a crearse un margen de maniobra y de iniciativa de cara a negociar la reeducación del statu quo, es decir, el nuevo proceso de cambio social o político de tal forma que se mantenga la antigua correlación de clases a escala mundial. Estas iniciativas de la política exterior de la URSS, a diferencia de las que se desprenden de la necesidad de defender el Estado Obrero Degenerado, están directamente determinadas por la coyuntura y por las necesidades diplomáticas de la burocracia, cambian con ellas y son la expresión del carácter contrarrevolucionario de la burocracia al que ya me he referido antes, sean cuales sean sus consecuencias circunstanciales en el marco nacional o internacional al que afecten.

Hay otro elemento, interno, que es posible deducir de la naturaleza social de la URSS. Se trata de la relación entre la crisis del sistema político mundial y sus repercusiones en el seno de la burocracia. En la medida en que no es una clase, sino una casta, es incapaz de producir organizativamente una ideología que represente sus intereses como tal casta, más allá de los límites en que se producen las condiciones de su existencia. Y ello a través de la experiencia limitada y cooperativa de su situación en la escala jerárquica, como producto de la división del trabajo dentro de la gestión del Estado y de la economía. La ideología dominante en la URSS es siempre la ideología de una fracción de la burocracia, que tiende a imponer sus intereses de fracción por encima de los que aseguran el mantenimiento del conjunto de la burocracia. En otras palabras, si en el capitalismo existe, en última instancia, un "capitalista colectivo abstracto" materializado en el Estado, en la URSS no hay nada parecido a un "burócrata colectivo abstracto". Esta inestabilidad inherente a la burocracia se ve reforzada en tanto que la situación internacional favorece la puesta en práctica de uno u otro de los proyectos políticos de las diferentes fracciones de la burocracia. Y ello tiene repercusiones internacionales inmediatas en la medida que implican cambios en la política exterior de la URSS.

Por último en la medida en que "la construcción del socialismo en un sólo país" es cuando menos una utopía en el actual desarrollo de las fuerzas productivas, la burocracia se ve obligada a definir políticamente las relaciones de la economía nacionalizada de la URSS con el mercado capitalista mundial, relación de la que depende en buena parte la innovación tecnológica y su propio equilibrio económico y social, determinando, en definitiva, los límites de su política exterior.

EL MARCO HISTORICO DE LA COEXISTENCIA PACIFICA

YALTA Y POSTDAM

El actual sistema político internacional, el sistema de "coexistencia pacífica" y de división del mundo en



zonas de influencia, es el resultado histórico de la resolución de la crisis económica y la onda larga con tendencia al estancamiento de 1914-39; la crisis de los imperios coloniales y del sistema de estados europeos surgido del Tratado de Versalles; y de la correlación de fuerzas entre las grandes potencias imperialistas y la URSS tras la II Guerra Mundial.

El carácter defensivo, básicamente, de la política exterior de la burocracia de la URSS, le obliga a continuos movimientos tácticos, que sólo pueden ser explicados uno a uno en su forma, partiendo de la posición inmediatamente anterior. De esta forma, el sistema político internacional ha venido siendo redefinido a medida que sus componentes y las fuerzas motrices subyacentes han ido entrando en crisis. El problema surge a partir de 1968 cuando esas fuerzas motrices se agotan y exigen para su renovación un cambio cualitativo en la correlación de fuerzas mundial entre las clases.

De ahí que dar una explicación de la política exterior de la burocracia desde 1968, y del marco en crisis del sistema político internacional exige metodológicamente analizar cada una de las crisis y redefiniciones del sistema para acabar definiendo cual es su situación actual. Ello desborda el nivel de un artículo, y sólo podemos contentarnos con exponer sus grandes líneas y señalar unas fuentes por las que el lector podrá por sí mismo, si está interesado, seguir este proceso (11).

Cuando Stalin comienza a negociar en 1941 las condiciones de su alianza con Estados Unidos y Gran Bretaña y la nueva situación mundial tras la derrota del Eje, se mueve sobre tres principios: utilizar las contradicciones interimperialistas, subordinando a ello la acción de los PCs; debilitar a Gran Bretaña en su papel de gendarme mundial; y mantener el margen de maniobra ganado a través del Pacto Hitler-Stalin, consistente en una zona-tapón que va de Finlandia a Rumania, sobre el eje de la línea Curzon en Polonia.

Y junto a estos tres principios hay una concepción ideológica que se va a imponer en la medida en que a través de Teherán (1943), el viaje de Churchill y Eden a Moscú (1944), Yalta (febrero de 1945) y Postdam (julio de 1945) el *statu quo* se negocie a partir de la división del mundo en "zonas de influencia": la transición entre el capitalismo y el socialismo es un proceso de siglos, y su motor la construcción del socialismo en la URSS; el compromiso estable alcanzado

con el imperialismo implica que la lucha de clases se traslada a la competencia pacífica entre estados, y alcanzará su cénit cuando la URSS supere económicamente a los USA; los procesos de readecuación quedan institucionalizados a través de la ONU y el derecho de veto de los "cinco grandes", el eje de las contradicciones interimperialistas se sitúa entre los viejos imperios coloniales y la política neocolonial de USA, lo que no implica en el último caso el desarrollo de un ejército de intervención colonial. A ello hay que añadir un dato objetivo: la URSS tenía el ejército más poderoso del mundo entre 1944 y 1945, y esta situación solo cambió con una revolución estratégica en el terreno de los armamentos, como fue la bomba atómica.

A partir de esta concepción Stalin desarrolló la negociación en tres "frentes". El primero y esencial, Europa. El punto de partida volvió a ser el *statu quo* anterior: la línea Curzon en Polonia y cómo imponerla al gobierno polaco en el exilio tras la victoria. Para ello era obvio que este gobierno tenía que ser "amigo de la URSS" o si no la URSS tendría el derecho de reprimir "a los elementos fascistas". Principios aceptados por Churchill y Eden en 1944. El mismo problema se planteaba parcialmente de Finlandia a Rumania, con todos los países fronterizos. El segundo punto tuvo su origen en su idea de la competencia pacífica entre sistemas: la URSS no disponía por sí misma de la suficiente capacidad de acumulación, luego solo se podía encontrar saqueando otros países en nombre de las reparaciones de guerra. Alemania, con su desmembración, serviría para consolar a aquellos estados que sufrieran recortes territoriales y además sería la principal fuente del saqueo. Todo lo demás en Europa tenía que ser subordinado a ello: la lucha de clases en Yugoslavia, Albania, Grecia, Italia y Francia. Tito y el Partido Comunista yugoslavo se negaron, hicieron la revolución y rompieron el *statu quo*. En Grecia, Italia y Francia los PCs frenaron un proceso revolucionario que la burguesía por sí sola no hubiera podido.

El segundo frente era Asia. Aquí el *statu quo* que Stalin quería recuperar era ¡el de 1905, entre la Rusia Zarista y el Japón!. Es decir, a cambio de Port Arthur, las Kuriles y el control de la vía férrea que enzarza al primero con el transiberiano, Stalin "cedía" la Revolución China, la lucha anticolonial en la India, el control de Indochina a Francia, de Indonesia a Holanda, y el del Pacífico, incluido el Japón, a Estados Unidos. "Ceder" aquí significaba ordenar, obligar y purgar a los PCs de la zona para que aplicasen esta política, "de alianza con la burguesía progresista" nacional cuando esta se adecuaba a los intereses del Imperialismo, como en China, o colonial, como en la India, cuando la burguesía nacional se enfrentaba con él. Mao y el Partido Comunista Chino se negaron, hicieron la revolución y rompieron el *statu quo*. Y en 1946 el Partido Comunista Indochino iniciaba su gesta de emancipación.

El tercer frente se establecía en Oriente Medio. Aquí, a cambio de una base naval en los Dardanelos, que luego no obtendría, y de fijar las fronteras con Turquía, sencillamente lo cedió todo: la lucha antiimperialista árabe, el reconocimiento del Estado de Israel y las repúblicas obreras del norte de Irán.

LA GUERRA FRIA

El desequilibrio histórico entre la crisis de los imperios coloniales y la conquista de la hegemonía por parte de Estados Unidos, en el mercado mundial y en el sistema político mundial, abrió una brecha para la

revolución por la que se precipitó como un torbellino un tercio de la humanidad. Y a pesar de los esfuerzos de Truman y Stalin, el *statu quo* entró en crisis. Una de las principales consecuencias fue que la idea de la correlación de fuerzas sobre la que se había operado el reparto de "zonas de influencia" resultó ser falsa tras las Revoluciones china y yugoslava y que los fenómenos que producirían la onda larga ascendente capitalista comenzaban aún a manifestarse. La guerra fría sirvió para establecer a través de una serie de enfrentamientos controlados, dentro de las "zonas de influencia" ya pactadas, la nueva correlación de fuerzas.

En Europa, tras la declaración Truman de 1947, se produce la Crisis de Berlín, la creación de la OTAN y el lanzamiento del plan Marshall. Hasta ese momento, los países liberados del nazismo por el Ejército Soviético se habían mantenido dentro del marco ideológico creados para ellos por Stalin. Las "Democracias Populares" tenían que ser "amigas de la URSS", soportar el saqueo de la acumulación estalinista (con la consiguiente introducción de la estatización de sectores enteros de la economía, en muchos casos preparada por el nazismo con la concentración en grandes unidades productivas con fines parecidos), y no cambiar la correlación de fuerzas a escala mundial.

Por lo tanto tenían que ser formaciones sociales capitalistas en las que se había nacionalizado el "sector monopolista", y en las que el Estado estaba en manos de Frentes Nacionales, con participación de partidos campesinos, socialistas y burgueses, bajo hegemonía de los PCs. En este marco, la transición pacífica al socialismo sería posible, subordinada a la competencia pacífica entre bloques y la construcción del socialismo en la URSS. El plan Marshall se encargó de demostrar en meses lo que era la "competencia pacífica". La reacción de la URSS tampoco fue "pacífica": a golpe de *ukase* se terminó con las influencias del plan Marshall, llevando a cabo la reforma agraria y la nacionalización de la economía en meses, se fusionaron los partidos socialistas y comunistas y se llevó a cabo la instauración de la dictadura del proletariado, no sólo en aquellos países en los que la situación estaba madura (y de hecho se había frenado) como Checoslovaquia o Bulgaria, sino también en aquellos que como Polonia, Rumania o Hungría sólo "maduraron" gracias a la intervención del Ejército Soviético.

En septiembre de 1947 se celebraba la reunión fundacional del Kominform. Nos se trataba desde luego de resucitar a la Internacional Comunista disuelta por el propio Stalin en 1943. La lista de partidos asistentes, restringida a la URSS, los Países del Este, Francia e Italia, da una idea bastante exacta de lo que se pretendía: crear un control más estrecho sobre los PCs de Europa del Este y readecuar la política del PCF y PCI a la ruptura de los Aliados y al nuevo giro "izquierdista". Pero como Zhdanov se encargó de poner en claro el objetivo era "la lucha por la Paz" en la que "el papel rector corresponde a la Unión Soviética y a su política exterior". Es decir, una readecuación del reparto de "zonas de influencia" en Europa, capaz de integrar los cambios inmediatos de la postguerra.

Si la delegación yugoslava (Kardelj y Djilas) ocupó un lugar de honor en la denuncia de "la política de colaboración de clases" del PCI y el PCF en la reunión fundacional del Kominform, pronto ocuparía el puesto de los acusados de herejía. La dinámica de la revolución yugoslava se oponía frontalmente con la política de la URSS en los Países del Este y con su orientación general cara al imperialismo. La dinámica

de la ruptura se concretizó en tres puntos: la reivindicación de Trieste por parte de Yugoslavia: el debate económico que se desarrolló en la dirección del PCY entre los partidarios de un proceso de industrialización "lento", haciendo concesiones al capital privado (Juyovitch y Hebrang, apoyados por los consejeros soviéticos), y aquellos que optaban por una vía "rápida" sobre la base de un desarrollo de las nacionalizaciones, y de la formación de "empresas mixtas" con créditos soviéticos: (Kardelj, Tito); y el problema de la Federación Socialista Balcánica, impulsada junto a Dimitrov, que adquirió rápidamente una dinámica explosiva en el momento en que otros países, como Polonia, quisieron participar en el proyecto. Frente a esta dinámica revolucionaria, Stalin desplegó toda su capacidad represiva: bloqueo económico a Yugoslavia, con amenaza de intervención militar, y una sangrienta purga en los Países del Este y la URSS que le permitiera una vez más el control absoluto de los PCs, Secretarios Generales, miembros de comités centrales cayeron en meses, en una repetición de los juicios de Moscú: Rajk, Kostov, Dodje, Patrascanu, Gomulka, Spichalski y Slanski fueron los principales acusados.

En el frente asiático, la entrada de Mao en Pekín y la proclamación de la República Popular China en septiembre de 1949, hacía derrumbarse todo lo pactado en esta zona del mundo sobre "esferas de influencia". En 1950 estalla la guerra de Corea, un país que se había considerado por parte de USA como posible concesión a la URSS en la conferencia de Yalta. El peligro de una conflagración atómica mundial aparecía por primera vez: la URSS había hecho explotar su primera bomba en 1949, y ambas potencias desarrollarían la bomba de hidrógeno hacia 1953. Pero en el momento en que lo que tenía que ser una guerra local se convirtió en un conflicto internacional, Stalin subordinó su desarrollo a la redefinición de las "zonas de influencia" en Asia. Ni utilizó su derecho de veto en el Consejo de Seguridad para evitar el envío de tropas de las Naciones Unidas ni dio un apoyo militar logístico al ejército norcoreano y a los voluntarios chinos que permitiera otra cosa que defender el paralelo 38. Las consecuencias en el seno de la dirección del PC Chino fueron su división con respecto a esta política y la búsqueda de un desarrollo económico autónomo que no tuviese que depender de la URSS. El propio Stalin había puesto las bases de la escisión entre Moscú y Pekín.

Sin embargo, el problema fundamental que iba a determinar la política exterior de la URSS tras la muerte de Stalin hay que buscarlo en las relaciones entre la economía soviética y el mercado capitalista mundial. La "competencia pacífica entre sistemas" se teorizaba en el mismo momento en que el capitalismo producía un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas, en la onda larga ascendente nacida en 1945. En la medida en que una reconstrucción de posguerra ligada al mercado capitalista mundial suponía un reforzamiento de las tendencias restauracionistas a todos los niveles (del campesinado a fracciones de la propia burocracia), la única opción que le quedaba a Stalin era reestablecer un mecanismo bonapartista en el seno de la burocracia e imponer la autarquía. Pero esta estabilización política tenía también consecuencias económicas: aislada de la nueva división mundial del trabajo que se reestructuraba, la burocracia solo podía desarrollar las fuerzas productivas en sectores estratégicos económicos y militares, concentrando en ellos sus esfuerzos técnicos y de inversión, lo que a la vez agravaba la crisis agrícola y las tendencias a la acumu-

lación capitalista en este sector, con sus consiguientes repercusiones en el nivel de consumo de la clase obrera. La colectivización forzosa *bis* fue la única solución del estalinismo; acompañada de la represión social generalizada, el reforzamiento del aparato del partido y del estado frente al ejército y una nueva purga cuyo desarrollo último solo su muerte pudo evitar.

En octubre de 1952, el XIX Congreso del PCUS fue la expresión del cuello de botella en que se encontraba la economía de la URSS. El mismo Stalin escribió "Los problemas económicos del Socialismo en la URSS" justificando su política agrícola, llamando a un reforzamiento del estado y de la política de coexistencia pacífica "en peligro".

Tras la muerte de Stalin, en un proceso de readecuación de la correlación de fuerzas existente entre las diferentes fracciones de la burguesía, se produce un giro de 180 grados: la reforma de Malenkov, Beria y Mikoyan, que intenta reconstruir las bases sociales de la burocracia. El objetivo es una reorientación hacia la producción de bienes de consumo, una reducción de los precios y la priorización de la agricultura sobre la base de una liberalización del mercado. En el terreno internacional, la muerte de Stalin fue acogida con declaraciones favorables y la sugerencia de una conferencia en la cumbre por parte de Eisenhower y Churchill. La nueva dirección soviética necesitaba la detente, sobre la base de la nueva correlación de fuerzas surgida con la bomba de hidrógeno, para redefinir las relaciones de la economía soviética con el mercado capitalista mundial. Y se inició así un proceso que acabaría en la Conferencia de Ginebra de 1955, tras la firma del Armisticio de Corea en 1953, los acuerdos de Ginebra sobre Indochina de 1954 y la regularización de relaciones con Turquía.

El fracaso de la reforma Malenkov fue debido a la incapacidad de la burocracia de controlar las propias fuerzas que liberó, y a la vez de la urgencia de llevarla a cabo. El 16 y 17 de junio estallaba la insurrección de Berlín como resultado de la política de industrialización acelerada de la dirección del SED (PC de Alemania Oriental), en contra de la nueva orientación de la dirección soviética, que solo pudo ser reprimida con la intervención sangrienta del ejército soviético. La aplicación de la nueva línea creaba un campo de maniobra para las burocracias de los Países del Este cara a consolidar una base nacional, lo que implicaba su división en dos bloques y la entrada en el juego de las propias fracciones de la burocracia soviética en lucha por el poder. La reforma Nagy en Hungría supuso una descolectivización de la agricultura, el renacimiento de un mercado de consumo y de la pequeña industria, en una tendencia que iba mucho más lejos de lo previsto. En Checoslovaquia, la reforma monetaria que era el primer peldaño de la liberalización provocó una cadena de huelgas que el PC pudo controlar solo en el último momento.

La caída de Beria, cargado con la responsabilidad de los sucesos de Berlín, se convierte en un verdadero golpe de estado organizado por la fracción de la burocracia ligada a la tecnocracia del partido y representada por Kruchev, Bulganin y Jukov, que liquida al aparato policial del estalinismo.

De 1954 a 1964, la política exterior de Kruchev va a venir dictada por el equilibrio entre la integración de la economía soviética en el mercado capitalista mundial (intentando superar el boicot económico de Estados Unidos concretado en la ley Battle) a través de la importación de tecnología y el mantenimiento de la política de bloques en el marco del ascenso de la

revolución colonial. El XX Congreso va a tener un efecto decisivo en el control del PCUS sobre el conjunto de los PCs, que se verá reforzado en el terreno económico por los desastres agrícolas en la URSS y la incapacidad de desarrollar una división del trabajo entre los países del COMECON.

La primera etapa, de 1954 a 1957, va a ser testigo de las luchas entre la fracción tecnocrática del partido que apoya a Kruchev y la vieja dirección estalinista. La impulsión por segunda vez de la Reforma, va a provocar las movilizaciones obreras de Polonia de 1956 y la insurrección de Hungría del mismo año, con el referente político de la "herejía yugoslava", a pesar de la aprobación tácita de Tito a la intervención militar de la URSS en Hungría. En 1957, tras la Conferencia de Partidos Comunistas en Moscú se volverá a producir la condená de Yugoslavia, apoyada fervientemente por Mao.

La segunda etapa, de 1957 a 1961, va a ver un proceso de institucionalización de la Reforma, con una burocracia reunificada en países como Hungría y Polonia, con una relativa capacidad de integración del movimiento obrero sobre la base de un aumento progresivo del consumo y de la política de Detente. En 1955, como respuesta a la integración de la R.F. Alemana en la OTAN se crea el Pacto de Varsovia, que en 1960, al mismo tiempo que Kruchev impulsa la idea de una división del trabajo "socialista" dentro del COMECON, desarrollará una estrategia conjunta bajo la dirección de Alto Mando soviético. En esta misma etapa, tras la Conferencia de Bandung de los Países No-Alineados en 1955, se produce el primer despliegue de la diplomacia soviética fuera de las "zonas de influencia" pactadas en Yalta y Postdam, no solo como efecto de la "competencia internacional" que ofrecen las direcciones yugoslava y china, sino como un terreno que tiene repercusiones inmediatas dentro de organismos como la ONU, que institucionaliza el juego de la coexistencia pacífica, y que permite establecer concesiones fuera de la propia "zona de influencia".

En 1958 se produce la intervención norteamericana en el Líbano. Ya en 1956, tras la intervención imperialista en el Canal de Suez, Kruchev ofrecerá su apoyo diplomático a Nasser en la ONU, y un inicio de ayuda económica (que va a ejemplarizar la presa de Assuan) que se extenderá a otros países subdesarrollados, en concreto a Irak en esta zona. Ayuda, que dicho sea de paso, va a encontrar la crítica de la burocracia y de la población ante las dificultades económicas de la propia URSS. Pero la dirección del cambio social en toda la zona se abandona al nacionalismo pequeño-burgués nasserita, respetando, a pesar de todas las protestas diplomáticas, la capacidad de intervención del imperialismo en esta zona "suya". En 1959 Kruchev realiza su viaje a los Estados Unidos.

Ese mismo año se va a producir la ruptura con la República Popular China. Sus orígenes hay que buscarlos no solo en las divergencias sobre el Gran Salto Adelante, sino ante todo en dos políticas exteriores que respondían a intereses distintos de dos burocracias nacionales. Kruchev, que no podía subordinar políticamente a la dirección china, tenía sin embargo que contar con su control dentro de la coexistencia pacífica con USA y su nueva estrategia cara al Tercer Mundo. La única forma era condicionar su ayuda militar y técnica a la RPCh a sus concesiones políticas. Algo que Mao no podía aceptar sin que se pusiese en cuestión su propio papel en el PCCh.

A partir de 1960 el equilibrio interior y exterior en que se basa la política de Kruchev se quiebra. El fracaso de la revolución agrícola de las Tierras Virgenes, la dependencia de las importaciones de cereal americano, y sus consecuencias en el terreno del consumo, que provocó la reforma monetaria de 1961 tienen como consecuencia la incapacidad de Kruchev de seguir jugando de punto de equilibrio entre la fracción agrícola y la fracción industrial que el mismo había ayudado a crear a través de la reforma de los estatutos del PCUS y la federalización del GOSPLAN en los sovnarjoes. Al mismo tiempo tienen lugar una ola de huelgas obreras contra la elevación de los precios de los bienes de consumo frente a los que la dirección soviética solo puede recurrir a los viejos métodos estalinistas provocando masacres como las de Temir-Tau, Dnprodzerzhink y Novochoerkassk.

En la política exterior, cuando más urgente parece ser la búsqueda de un acuerdo a largo plazo con el imperialismo que permita una salida regular de las materias primas soviéticas al mercado internacional para financiar no solo ya la industrialización sino también la importación de cereales, se produce la Crisis de Berlín, la crisis del Congo; la de los Misiles de Cuba en 1962 y el golpe de Diem en Vietnam del Sur y la "americanización" de la guerra. El nuevo ascenso de la revolución colonial exigía redefinir las "zonas de influencia" en un momento en que las propias relaciones de la URSS con los países del COMECON se encontraban en un callejón sin salida ante la debilidad económica de la URSS y su incapacidad de impulsar una nueva definición de la "división socialista del trabajo" que no pusiese en cuestión la hegemonía económica de la propia URSS. Su único terreno de apoyo era el marco coercitivo de la propia política de Bloques y la relación estratégica de fuerzas nucleares entre la URSS y USA. La "dimisión" de Kruchev en 1964 era la consecuencia última del agotamiento de su política.

LA SOBERANÍA LIMITADA Y LOS PAISES DEL ESTE

La opción de la nueva dirección colegiada Brezniev-Kosyguin frente a la crisis económica va a ser una opción política: enfrentadas a la carrera de armamentos la burocracia necesita un desarrollo constante de la productividad; pero esta solo es posible sobre la base de una extensión del consumo que, tras la política agrícola de venta de las unidades de mecanización a los kholjoses de Kruchev exige la liberalización del mercado de consumo y una readecuación de la industria ligera a las necesidades de la agricultura y del desarrollo del mercado Kholjosiano. El reconocimiento de la ley del valor es la consecuencia inevitable, con el desarrollo del "socialismo de mercado" de la reforma Liberman-Trapeznikov. (12)

El "Socialismo de mercado" tiene unos efectos sociales que desbordan a la burocracia. El primero de ellos es su propia división, no sólo entre la burocracia ligada a la gestión central de la economía y el estado y aquella que dirige la producción y la distribución a nivel de empresa, sino también entre el sector de la industria de armamentos y la exportación y el sector de producción para el consumo (y dentro de este, entre las empresas con una productividad capaz de superar las cotas del plan y aquellas que no llegan). El segundo, es la dinámica policentrista de las burocracias de los Países del Este que, enfrentadas al mismo problema de crearse una base social interna y reconstruir el equilibrio político, no pueden contar con una redefinición de las relaciones entre las economías del COMECON

que reconozca la diferencia de precios de producción (como consecuencia de distintos precios agrícolas y nivel de productividad), lo que exigiría la convertibilidad del rublo. Incapaces de desarrollar las fuerzas productivas más allá de un cierto nivel dentro de "la división socialista del trabajo", van a tener que volverse hacia el mercado capitalista mundial.

La carrera de armamentos, que inicialmente tiene un carácter defensivo por parte de la URSS y que está subordinada a los ritmos introducidos por la mayor capacidad productiva del imperialismo, comienza a jugar también una función justificadora de la hegemonía militar y económica de la URSS dentro del Pacto de Varsovia frente a la dinámica creada por el "socialismo de mercado". Pero a la vez, en la medida que la refuerza, exige una política de desarme que recorte el peso de la industria de guerra sobre el conjunto de la economía soviética y de los países del COMECON.

El tercer efecto social, es el incremento de las reivindicaciones salariales y sindicales por parte de la clase obrera, que ahora tiene acceso al mismo mercado de consumo que la burocracia pero no el dinero que está, y que se enfrenta a la autonomía de decisión del director de empresa sobre los ritmos de trabajo. En última instancia, sólo la burocracia central tiene la capacidad de hacer las concesiones económicas más urgentes, de reprimir cuando la dinámica social se le escapa y de aparecer como poder equilibrador entre el director de empresa y los trabajadores. Pero esta lógica se aplica no sólo a escala nacional, sino también dentro del COMECON entre las distintas burocracias nacionales y la de la URSS (13).

En Checoslovaquia, el desbordamiento adquirió una forma política incompatible con la misma burocracia. La invasión soviética y la consiguiente teoría de la "soberanía limitada" de Brezniev (nueva fórmula de los "gobiernos amigos" de Stalin) suponían el frenazo en seco del "socialismo de mercado". Pero la misma estabilidad política que se buscaba era ya solo posible con el mantenimiento y desarrollo de los niveles de consumo conseguidos con él (14).

Tras la invasión, la burocracia soviética se ve obligada a remodelar sus relaciones políticas con el conjunto de las burocracias nacionales del Este. Se pone en práctica la teoría de la "soberanía limitada" en los tratados de ayuda mutua con Checoslovaquia y Rumania de 1970, que otorgan derecho de intervención a la URSS tanto en la política interior como exterior de estos países, y entre 1971 y 1973 el propio Brezniev va a realizar viajes al resto de los Países del Este para poner al día la interpretación de los tratados de ayuda mutua firmados en los años 60.

En el terreno económico, la 25ª sesión del COMECON en 1971 aprueba un nuevo plan de colaboración, sobre la base de la construcción de una red energética común. Pero la burocracia no tiene otro modelo alternativo de desarrollo económico que el iniciado a finales de los años 50, con todas sus contradicciones. Mientras que en Hungría, la continuación de la reforma Kadar sigue liberalizando el mercado, una readecuación de los precios por parte de Gomulka en 1971 provocará las huelgas generales obreras en los puertos del Báltico que acabarán por provocar su caída, dando paso a Gierek y una redefinición más suave de las consecuencias de la reforma. A excepción de Bulgaria, cada vez más integrada en la esfera económica de la propia URSS, el resto de los países se ven arrastrados por la dinámica policentrista económica que introduce la reforma.



Tras el periodo 1968-73, que tiene también sus repercusiones en Yugoslavia con el apoyo de la URSS al nacionalismo croata (y la consiguiente purga de Tito, que llegó a afectar a su mujer), la burocracia soviética se orienta hacia una solución política en el marco europeo, y que aparece por primera vez con la Ostpolitik de Brandt en 1970. La condición para una flexibilidad de las relaciones económicas en el COMECON, que de nuevo van a entrar en crisis en 1973 a través del precio del petróleo ruso, va a ser la homogenización política del bloque en la Conferencia de Helsinki.

Rumania va a desplegar, como veremos, una política exterior propia que encuentra su base en el mantenimiento del modelo económico basado en la acumulación primitiva y la represión. En cualquier caso, las relaciones entre la URSS y el resto de los Países del Este entran a partir de mediados de los años 70 en una situación de equilibrio, que en realidad expresa la incapacidad económica y social de la burocracia de la URSS de garantizar a largo plazo una división del trabajo en el seno del COMECON que permita el desarrollo de los niveles de consumo actuales de forma significativa, pero al mismo tiempo la falta de base social de las burocracias nacionales para poner en cuestión su subordinación a la burocracia soviética. El motor del cambio solo puede serlo ya el reforzamiento de la oposición obrera.

NOTAS

1.- La tarea de estas comisiones es la elaboración de un marco explicativo teórico, de las líneas generales de la diplomacia soviética y hacer propuestas concretas de actuación. La participación en ellas parece ser uno de los mecanismos más rápidos de ascenso en la jerarquía para la generación "joven". Los nombres más destacados son: I.D. Ovsyany, Y.Y. Bogush, V.A. Brykin, G.A. Deborin, A.A. Gromyko, V.L. Issraelyan, V.P. Nikhamin, S.V. Pokrovsky, V.I. Popov y N.A. Samgin. Nótese las relaciones familiares de varios de ellos con miembros del politburo.

2.- Ver en este sentido "Russia under Brezhnev" entrevista con Zhores Medvedev. *New Left Review* n° 117, págs. 7-8.

3.- "Un Programa para la Paz", Ed. Progreso, Moscú 1972.

4.- Acuerdo en el conflicto de Bangla Desh y Cachemira (1971); Guerra del Yom Kippur (1973); Acuerdos de París sobre Indochina (1973); Viaje de Nixon a Moscú y firma de SALT I (1972).

5.- "A cooling-off period for US-Soviet relations", Seymon Brown, *Foreign Policy* n° 28, otoño de 1977. El propio Kissinger ha explicado el "modelo Metternich" de su política exterior en sus memorias y en "The necessity to choice", Nueva York, 1960.

6.- El esquema de Brzezinski parece ser el opuesto al de Kissinger: negociación abierta en foros internacionales, implicación de los aliados, rechazo de la "teoría Sonnenfeldt" (los cambios en los Países del Este deben ser el resultado de un desarrollo orgánico de sus relaciones con la URSS, compartida por Kissinger) y utilización de los derechos humanos para hacer aparecer tendencias policentristas dentro de los Países del Este. Ver "Political Power: USA/URSS" en colaboración con S.P. Huntington, (1964) y "Alternative to Partition"; en Viking Press, Nueva York.

7.- Este boicot, como el de 1980 pedido por Carter tras la invasión de Afganistán encontró la completa oposición de los sindicatos de productores cerealísticos en Estados Unidos, para quienes las ventas a la URSS es una garantía del mantenimiento de los precios a escala mundial. En ambas ocasiones su oposición hizo fracasar el boicot.

8.- Ver la colección de artículos publicados en COMBATE, del n° al n°. También Inprecor n°.

9.- El lector puede seguirlo a través de: "La Revolución Traicionada", "La Internacional Comunista después de Lenin", de L. Trotsky, en Ed. Fontamara y Ed. Akal; los textos posteriores están recogidos en "Escritos de L. Trotsky" publicados por Ed. Pluma, y en un solo volumen "La Nature de la URSS" en Ed. Maspero; los análisis de la IV se pueden encontrar en "The Development and Disintegration of world stalinism" publicado por el SWP de USA (Pathfinder) y las resoluciones del IX, X y XI Congresos Mundiales; también el capítulo XV y el XVI del "Tratado de Economía Marxista" de E. Mandel, en Ed. Era. Un estudio del laboratorio conceptual de Trotsky: "Construction du socialisme et revolution", J.L. Dallemagne, Ed. Maspero.

10.- Tanto Lenin, como Trotsky veían la Revolución Rusa como el inicio de la revolución en Europa, y no creían que pudiese sobrevivir a un fracaso de esta. En cualquier caso siempre declararon que la URSS por sí sola, dado su atraso económico no podría soñar en construir el socialismo. Ver "El Partido Bolchevique" de Pierre Broue, Ed. Ayuso, págs. 145-46.

11.- Entre otros, "La Crisis del Movimiento Comunista" de F. Claudin, Ed. Ruedo Ibérico; "Stalin" de I. Deutscher, Ed. Penguin; "Khrouchtchev" de Roy y Zhores Medvedev, Ed. Maspero.

12.- Ver "La Reforma Liberman-Trapeznikov" de E. Mandel en *Critica de la Economía Política* n° 2, Ed. Fontamara. J-L Dallemagne polemiza con el en el libro ya citado. También, desde las teorías del "socialismo de mercado", "Socialist ownership and political systems" de W. Brus, Ed. Routledge and Kegan Paul, Londres 1975.

13.- Ver Mark Rakovski "Towards an East European Marxism", pág. 18, Ed. Allison and Busby, Londres. (existe versión francesa en Maspero).

14.- Existe una bibliografía enorme sobre la Primavera de Praga. Seguramente lo más asequible en castellano será la "Historia de las Democracias Populares" de F. Fejtö, publicada por Ed. Martínez Roca, y que cubre desde 1945 a 1972.

*Dada la extensión del artículo, nos hemos visto obligados a publicarlo en dos partes. La segunda aparecerá en el próximo número de comunismo y comprende los apartados: La crisis económica, la URSS, SALT; la Detente en Europa, Helsinki; China y el conflicto de Vietnam; Africa; Oriente Medio; Moscú y el Eurocomunismo. (La Redacción).

En torno a la fundación del Partido Comunista Español en 1920.

Entrevista con Juan Andrade

Ultimamente, siguiendo rutinariamente el calendario de las grandes conmemoraciones han aparecido artículos en diversas publicaciones históricas sobre los hechos que jalonaron la fundación del Partido Comunista Español el 15 de abril de 1920. También se ha ocupado de ello, a lo largo de un ciclo de conferencias todavía inconclusas, la Fundación de Investigaciones Marxistas patrocinada por el PCE. A

Javier Maestro

todo ello hay poco que añadir en lo que se refiere a la reconstrucción histórica de los hechos en sí, si bien aparecerían divergencias sustanciales con el PCE en torno a la caracterización de la sociedad española de entonces (pero esa polémica ya es habitual dado el apego del PCE actual a posiciones más bien mencheviques que bolcheviques). Debido a esta circunstancia, en la mayoría de las ocasiones, ha estado ausente una vinculación de los hechos que motivaron la fundación del PCE en 1920 con la situación actual. La conmemoración del 60 aniversario de la fundación del PC Español queda confinada a la descripción de unos hechos acaecidos en una época tormentosa que nada o poco tiene en común con el remanso de paz que caracteriza a la situación de "paz social" que vive Europa occidental y ello no puede sino satisfacer a un partido que se desenvuelve dentro de una estrategia reformista. En consecuencia, ese olvido no es casual por pequeño que sea el despliegue imaginativo que cada cual esté dispuesto a arriesgar.

A despecho de la lógica de los partidos reformistas actuales, nosotros sí afirmamos que los móviles que indujeron al Comité Nacional de la Federación de Juventudes Socialistas a transformarse en abril de 1920 en el Partido Comunista Español siguen estando presentes en el movimiento obrero, con más virulencia si cabe que antes, por cuanto el mundo actual y los problemas que afectan a la clase obrera mundial tienen hoy una magnitud **realmente** internacional. Si la fundación de los PCs y de la III Internacional respondió a la necesidad de poner en pie una política internacionalista de ofrecer una alternativa a la bancarrota de la II Internacional, cuyo cadáver -simbólicamente hablando- quedó "enterrado en las trincheras", de romper con el revolucionarismo fraseológico y el reformismo en la práctica cotidiana de la inmensa mayoría de los partidos socialistas y sustituir tales prácticas por una política revolucionaria vehiculizada por partidos revolucionarios...¿acaso no se dan estos mismos elementos de ruptura en las circunstancias actuales?

Antes de 1914 los Congresos de la II Internacional y de sus secciones nacionales habían debatido regularmente los problemas más candentes de la época y la respuesta de las organizaciones obreras a los mismos. Los partidos socialistas acataron verbalmente la ortodoxia marxista, pero, en la práctica la conculcaron sistemáticamente bastante antes de 1914. En este sentido la claudicación de los partidos socialistas a la guerra interimperialista de 1914 no fue una

sorpresa. El asombro provino más bien de la facilidad con que dichos partidos se dejaron arrastrar por la vorágine del militarismo, la colaboración de clases expresada a través de la participación socialista en los gobiernos de concentración llamaránse de "Unión Sagrada" o "Bürgfrieden"...la II Internacional lógicamente perdió su razón de ser, minada por el "socialpatriotismo" como señalaba Lenin. Los PCs y la III Internacional fueron a la vez el testimonio de la inviabilidad de transformar los partidos socialistas en partidos revolucionarios y de la bancarrota de la II Internacional. A veces se ha señalado que la fundación de la III Internacional y de los PCs fue prematura, lo que, en cierta medida, no deja de ser una valoración correcta, pero atemporal. Las situaciones revolucionarias o prerrevolucionarias no esperan, es precisamente cuando los días cuentan por años. Por ello, más bien debería argumentarse a la inversa: el reformismo de la II Internacional y de los PSs se había prolongado demasiado en el tiempo. Lo que en un principio aparecían como meros "deslices" tácticos, hacia 1910 se habían convertido en ejes estratégicos resguardados de todo cambio por una inexpugnable burocracia política y sindical apegada a la rutina de las reformas parciales.

La lucha contra el imperialismo y el capitalismo, el antimilitarismo, el anticolonialismo, la lucha contra el "ministerialismo" y la colaboración de clases, la defensa de las libertades democráticas, la lucha contra el chovinismo y la defensa del derecho de las nacionalidades a la autodeterminación, la lucha por la emancipación de la mujer, la lucha por una política sindical de lucha de clases, la utilización revolucionaria de los parlamentos sin fetichismos y sin cejar de luchar por el impulso de los consejos obreros como órganos políticos propios de la clase obrera para ejercer la democracia obrera, constituyen problemas en esencia vigentes en nuestros días.

Y ello es así, porque jamás ha tenido el imperialismo la magnitud y contado con el grado de penetración que presenta en nuestros días, jamás ha conocido la historia contemporánea un bloque de países que se han desgajado del sistema capitalista para avanzar -con todas las deformaciones- hacia una sociedad socialista, jamás ha llegado el movimiento obrero mundial a alcanzar el actual grado de organización política y sindical, jamás se ha asistido a la magnitud de los actuales movimientos revolucionarios de los pueblos coloniales o semicoloniales, jamás ha conocido la humanidad una carrera armamentística de efectos tan de-

vastadores como hoy, jamás se ha encontrado el imperialismo y los estados burgueses tan satisfechos con la colaboración de los partidos obreros reformistas...

Y, sin embargo, nunca se ha encontrado el internacionalismo proletario tan anegado de mixtificaciones, nunca ha alcanzado la conciencia de la clase obrera internacional unos niveles tan bajos que ni siquiera se cuestiona la necesidad de participar en una Internacional de masas, nunca ha sido mayor la despreocupación por la guerra que ahora. La eventualidad de una nueva conflagración mundial obtiene como respuesta o bien una actitud expectante creyendo que la disuasión armamentística de los bloques asegura la paz mundial, o bien, en el peor y no menos común de los casos alineándose con organizaciones belicistas como la OTAN. ¿Y la actitud hacia la burguesía y los Estados burgueses? Nunca se han forjado tantas alianzas interclasistas y se ha colaborado con tanta alegría con el Estado como ahora. Es cierto que el Estado burgués y el imperialismo han entendido que resulta posible -

más rentable- hacer pequeñas concesiones que emplear exclusivamente una política represiva, pero también es igualmente cierto que nunca han tenido los partidos y organizaciones obreras una situación tan favorable como la actual para emprender una lucha revolucionaria sin renunciar a las reformas.

Todo este conjunto de cuestiones deben necesariamente inducir a una seria reflexión, al menos a aquellos socialistas y comunistas actuales que están provistos de cierta sensibilidad y espíritu crítico. Porque no se puede estar al mismo tiempo de acuerdo con la condena del reformismo del movimiento socialista y de la II Internacional y simultáneamente aceptar y justificar en la actualidad una línea de colaboración de clases. Es precisamente esta contradicción la que confiere actualidad a la historia de la fundación del Partido Comunista Español en 1920. Estas son, a nuestro juicio, las lecciones que deben extraerse de los orígenes del comunismo en España.

EN SU SESENTA ANIVERSARIO, ENTREVISTA A JUAN ANDRADE SOBRE LA FUNDACION DEL PARTIDO COMUNISTA ESPAÑOL EN 1920

Hemos considerado un deber y un honor entrevistar a Juan Andrade, vinculado a todas las vicisitudes del movimiento comunista en España y uno de los fundadores del PC Español en 1920. El nombre de Juan Andrade está también asociado a una infatigable y prolífica labor política y teórica que otorgó a la indigencia que caracterizaba al marxismo español una prestancia internacional. Colaboró en "Nuestra Palabra", portavoz de los "terceristas", y en el periodo 1919-1920 dirigió "Renovación", el órgano central de las JJ.SS. Al fundarse el PC Español fue director de "El Comunista", primer semanario comunista español, y de "La Antorcha", portavoz del PCE unificado desde 1922. Corresponsal de "La Internacional Comunista" y "Correspondance Internationale", ambas revistas de la IC. Redactor del diario "El Sol" y de la revista "Postguerra". Durante la II República sería el director de la flamante revista teórica "Comunismo", órgano teórico de la Oposición Comunista Española y, más tarde, de la Izquierda Comunista Española. Colaboró asimismo asiduamente en "La Batalla", diario y órgano central del POUM. La actividad y trayectoria política de Juan Andrade no está sólo asociada al PC Español, sino también a una temprana oposición al estalinismo, lo que le hizo identificarse con la Oposición de Izquierda en la URSS primero y, luego, con los planteamientos del movimiento trotskista internacional hasta 1933. Esta orientación le valió la expulsión del PCE en 1928, y le llevaría a ser uno de los fundadores de la Oposición Comunista Española en 1930 y de la Izquierda Comunista Española en 1932, ambas organizaciones vinculadas a la Oposición de Izquierda Internacional dirigida por León Trotsky. En 1935 participó junto con Andreu Nin, Joaquín Maurín y otros en la fundación del POUM, una vez rotos los lazos orgánicos con el movimiento trotskista. En 1937, con ocasión de la represión estalinista desencadenada contra el POUM tras las "jornadas de mayo" de Barcelona, fue detenido y acusado en 1938, en un juicio-farsa similar a los simultáneos "procesos de Moscú", de "espionaje" al servicio de Franco. Emigrado en Francia será de nuevo encarcelado acusado por los nazis de ser agente comunista de la IC (¡paradojas de

la historia!). Después de largos años de exilio, reside hoy en Madrid.

Tras esta breve y fragmentaria biografía de Juan Andrade, reproducimos la entrevista que mantuvimos con él.

Hablar de la fundación del PC Español significa naturalmente hablar también de las circunstancias que concurren en la formación del mismo. En este sentido sería interesante saber cómo caracterizábais al M.O. en general y cómo evolucionó la Federación de Juventudes Socialistas hasta constituir al PC Español.

Nosotros veíamos que, ante los acontecimientos, el PSOE no estaba informado ni adoptaba una posición franca frente al desarrollo del socialismo en los demás países. Es decir, nosotros, las JJ.SS., que estábamos un poco más informados, veíamos un poco más claro -principalmente los estudiantes, que influíamos bastante en el grupo de las JJ.SS. Pero, el PSOE, oficialmente, seguía más bien la posición de la socialdemocracia alemana y también de los franceses.

Al estallar la 1ª Guerra mundial se produjo un hecho inusitado. Fue un acuerdo entre las Juventudes Republicanas y las JJ.SS. para publicar conjuntamente un manifiesto que, según creo recordar, se titulaba "Por la paz inmediata". Aquel manifiesto fue censurado por el PSOE, sobre todo por lo que suponía de unidad de ideas con las JJ.RR. Estas mantenían una posición más radical que las JJ.SS. Nosotros, el Grupo de Estudiantes Socialistas, calificábamos a las JJ.SS. de "hijos de papá", pues, en realidad, venían a ser eso: hijos de dirigentes, de militantes que no tenían mucho entusiasmo, ni tenían vigor, altura o formación. Las JJ.RR., a su vez, estaban divididas en aliadófilos y pacifistas. Lerroux, retribuido por los aliados, era partidario de una intervención en la guerra. Su criterio era coherente, comprensible. Los socialistas, en cambio, eran aliadófilos, mantenían que todas las virtudes las tenían los aliados, pero no se atrevían a propugnar ni una intervención de España al lado de los aliados ni a declarar la guerra a la guerra. Nosotros rompimos el fuego. Se daba el caso de que Besteiro fuera entonces partidario de la intervención, y lo decía también Pablo Iglesias, e iba muy lejos.

Ambos mantenían el criterio de que si no se pronunciaban por la intervención en la guerra era únicamente porque España no se encontraba preparada para ello. Largo Caballero y Saborit eran en cambio pacifistas. Todos empezamos entonces a interesarnos por la posición ante la guerra y entonces comenzó también a llegarnos la prensa socialista de distintos matices de otros países. La corriente internacionalista se manifestó a partir de entonces en la Juventud Socialista de Madrid, que fue la única organización socialista española adherida a la Conferencia de Zimmerwald.

La Revolución Rusa de Octubre y la fundación de la III Internacional en marzo de 1919 produjeron también una profunda transformación en el seno de las JJ.SS., principalmente en la de Madrid. La Juventud Socialista de Madrid había estado integrada hasta entonces -como señalé- principalmente por hijos de militantes socialistas, impregnados del espíritu reformista del partido, viviendo en el culto paternalista del "Abuelo" (Pablo Iglesias). La Revolución rusa, y el entusiasmo que despertó en el porvenir del proletariado internacional, dio lugar a que se incorporasen a las JJ.SS. numerosos jóvenes obreros, no ligados con el pasado, ajenos al espíritu familiar que reinaba en la Juventud Socialista hasta entonces y que, preocupados por los problemas que planteaba la III Internacional, se entregaron a estudiarlos para aplicarlos a la situación concreta en España. La lucha entablada por las JJ.SS. tuvo su culminación en el Congreso de la FJJ.SS. a fines de 1919, en el que los antiguos dirigentes ligados al reformismo fueron barridos totalmente de la dirección nacional. La nueva dirección estaba constituida por jóvenes obreros y estudiantes, dispuestos a defender hasta las últimas consecuencias la adhesión a la III Internacional...

La miseria ideológica del "pablismo"

En general, se ha insistido en la pobreza teórica del MO español. Esta circunstancia debió dificultar la gestación del PC Español.

El PC Español se formó en medio de circunstancias particularísimas del MO español, circunstancias que determinaron el retraso en su formación y sus crisis posteriores. Por una parte, en el seno del PSOE no había existido ni la más mínima tradición teórica; por otro lado, nos encontrábamos con que cuando el sindicalismo revolucionario había fracasado en sus pruebas en todos los países, en España se hallaba, por una contradicción histórica, en su pleno esplendor. Estos dos hechos daban lugar a dos consecuencias: a una lentitud de la educación marxista del partido, y a una gran dificultad para atraer hacia el partido a las masas obreras, demasiado ilusionadas con los éxitos esporádicos y relumbrantes del anarcosindicalismo.

Los PCs se formaron, en todos los países, a través de las minorías de oposición revolucionaria que existieron antes, durante y después de la guerra en el seno de los partidos socialdemócratas. Estas minorías mantenían ya dentro de los partidos, de manera más o menos acertada, los principios del marxismo revolucionario. Constituían núcleos de afinidad marxista revolucionaria dentro de la socialdemocracia. Batallaban diariamente contra la oligarquía reformista, y se esforzaban por dar una interpretación coherente, marxista, a la política del partido. Cuando surgieron los PCs, es decir cuando surgió la escisión dentro de los partidos socialdemócratas, los nuevos partidos comunistas que surgieron de esta separación

se encontraron con un estado mayor teóricamente capacitado a consecuencia de las luchas desarrolladas en el seno del viejo partido. La constitución en estos países del PC fue la derivación lógica de toda una actuación contra el reformismo oficial.

No puede decirse de ninguna manera que éste fuera el caso de España. País de tan poca tradición marxista, incluso en el sentido equivoco que los socialdemócratas daban a la palabra, no ha existido otro en Europa. El "pablismo", única definición específica que puede darse a lo que en España ha pasado por socialismo, era una mezcla de obrerismo reformista a secas y de democratismo pequeñoburgués. La divulgación de los trabajos de Lagargue realizada por los viejos socialistas, era en el fondo sólo la necesidad de dar un barniz teórico a su política. Los grandes problemas planteados en la socialdemocracia europea no encontraban eco en las filas del socialismo español. Este se hallaba políticamente aislado del mundo. En medio de esta especie de socialismo doméstico, de este obrerismo sin contenido teórico, no surgieron los grupos marxistas revolucionarios que en otros países libraban batalla contra la política oficial en el seno de los partidos. Sólo durante la guerra se dibujó algo esta tendencia en el movimiento pacifista pero no internacionalista, del cual -como señalé anteriormente- era intérprete la Juventud Socialista de Madrid, partidaria de la Conferencia de Zimmerwald. Pero la escasez de fundamento teórico de esta tendencia hacía que su posición fuera el eco del sentimiento humanitario de sus adheridos y no la consecuencia lógica de una comprensión clasista del problema. En los demás países fueron el núcleo directos de los PCs, en España se disolvieron como azucarillo en el vaso de agua, y no fueron capaces de encauzar la corriente partidaria de la Tercera Internacional.

Aparte de la actitud crítica seguida por las JJ.SS., en el PSOE surgió también una tendencia "tercerista" que tuvo como órgano de expresión propio al semanario "Nuestra Palabra".

Si, se había creado un "comité por la III Internacional", pero las JJ.SS. no estaban en él, estaban los que nosotros llamábamos "centristas". Eran García Cortés, Núñez de Arenas... todos los que después en abril de 1921, constituirían el Partido Comunista Obrero. En realidad "Nuestra Palabra" representaba y era órgano del "Comité por la III Internacional". Nosotros no teníamos ninguna confianza en ellos y decidimos dar un "golpe de Estado" para constituirnos en PC Español ya en abril de 1920.

La influencia de la Revolución rusa

La Revolución rusa ejerció un gran impacto en el M.O. español y también proliferaron ideas acerca de la similitud de la situación española con la rusa. Hasta Ortega y Gasset y otros intelectuales y periodistas de la época destacaban este paralelismo. Y no fue casual. Es España se dió una situación revolucionaria entre 1917-1919, una crisis política dirigida fundamentalmente contra la monarquía y el sistema de la Restauración, con la convocatoria de una Asamblea de parlamentarios en 1917 para iniciar un proceso constituyente que alineara al país con las democracias parlamentarias europeas y el espíritu wilsoniano... como en la Revolución de febrero rusa, la burguesía liberal española fracasó, en agosto de ese mismo año estalló una huelga general revolucionaria, mal planeada y secundada con poco entusiasmo por el PSOE, en 1919 la huelga iniciada en "La Canadiense", en Barcelona,

se convirtió en una huelga general, al tiempo que en el campo andaluz estallaron violentas sublevaciones campesinas...

En realidad, sobre Rusia nadie sabía nada, porque los socialistas no tenían relaciones con los rusos. Pero creían que coincidían en un movimiento mundial, es decir, de descontento general, porque hay que tener en cuenta que Alemania estaba en revolución, Hungría también... Pero, todo eso, "los viejos" -como decíamos nosotros- lo veían, lo sabían, pero no adoptaban posición, ni tenían criterio, ni ideología que ofrecer. Y nosotros, las JJ.SS., hacíamos juntos nuestra ideología, sin saber tampoco muy bien donde íbamos. Solamente los estudiantes, los intelectuales, sabíamos algo porque leíamos prensa extranjera.

En "Renovación", el órgano de la Federación de JJSS, desaparecieron de sus columnas las crónicas sentimentales de Tomás Meabe y los artículos simplemente obreristas de los hijos de la familia pablista. Comenzaron a publicarse artículos que nos llegaban de Lenin y Trotsky, se abrió el ataque contra los propios dirigentes del PSOE y se defendía abiertamente la creación de un partido comunista en España. Naturalmente, la Revolución rusa de Octubre intensificó la crisis interna. No al principio, porque fue recibida y defendida por todo el mundo obrero con entusiasmo y adhesión (la propia CNT llegó a adherirse a la III Internacional en 1919 casi por unanimidad en el Congreso celebrado en Madrid en el Teatro de la Comedia), sino hasta que se planteó en escala internacional la ruptura con la II Internacional, la denuncia de las traiciones de la socialdemocracia y la constitución de la III Internacional en marzo de 1919. La adhesión a ésta quedó planteada a través de discusiones internas que los jefes socialdemócratas frenaban al comienzo, pero sin oponerse francamente, porque no creían al principio que ofreciera el menor peligro.

En lo que se refiere a la CNT, parece que registró un crecimiento vertiginoso durante este periodo, porque en 1914 contaba con unos 15.000 afiliados y en 1919 600.000 eran afiliados. Este ascenso del anarcosindicalismo en España está naturalmente relacionado con la situación de crisis del país, pero también al hecho de que la CNT era la organización sindical que propugnaba la revolución social, distanciándose de tomas de postura a favor o en contra de los países beligerantes en una guerra imperialista.

Si efectivamente, así fue. Pero, sin embargo, la CNT estaba muy minada, se descubrieron focos de agentes alemanes. Se demostró incluso, sin lugar a dudas, que el director de "Solidaridad Obrera" estaba retribuido por la embajada alemana.

Salvador Seguí logró reestructurar la CNT con la creación de los "Sindicatos Unicos" que sustituyeran a la vieja organización sindical por oficios, lo que confirió a la CNT una fuerza y cohesión sorprendentes. ¿Qué actitud adoptó Seguí hacia la guerra?

Seguí era de los que se manifestaba a favor de los aliados, los demás anarquistas permanecían más neutros, pero Seguí no tanto.

Seguí no solo se manifestaba en el sentido que tu acabas de señalar sino que también fue partidario de cierto "gubernamentalismo" al defender las Comisiones Mixtas como organismos de conciliación entre patronos y trabajadores.

Bueno, toda la confederación se opuso siempre a ello. Seguí, en otro orden de cosas, intentó en un momento -estaba hecho tanto un lío, como todos entonces- crear con Layret un partido comunista. Estaba muy unido a Layret al que mataron porque era

abogado de los Sindicatos Unicos. Yo tuve entrevistas con Layret, aunque no teníamos nada en común. Layret era un politicastro, quería tener un partido que él dirigiese. Seguí le apoyaba resueltamente.

Sin embargo, dentro de la CNT existían también diversas tendencias. Una, dirigida por los sindicalistas puros, como Pestaña, que estaban entonces más interesados en un crecimiento organizativo que en la perspectiva de una revolución social inmediata; otra tendencia, la anarquista, en cambio propugnaba avanzar hacia la revolución social, y entre ambas tendencias, se encontraba una embrionaria tendencia sindicalista revolucionaria. ¿En qué medida afectó esta división de la CNT las perspectivas del MO?

Es muy difícil decir. Yo creo que se puede estimar que Seguí era un caso de confusión, que no se puede definir muy bien. Poseía un talento extraordinario, pero era muy inculto. Y como tal no estaba muy enterado se dejaba influenciar mucho. Seguí era más bien un reformista, a pesar de todo lo que se ha dicho. Yo creo que hubiera abandonado el anarquismo y la CNT de haber vivido. Es la creencia de los que entonces le conocimos y seguimos sus huellas. Una última cosa: no se sabe nada de los papeles que ha dejado Nin... pero el caso es que estaba muy avanzada una obra suya sobre Seguí, hacía el que tenía una gran admiración. Era un hombre de un gran talento y un formidable orador. En un mitin en la plaza de toros de Barcelona fue una cosa extraordinaria cómo logró convencer a los cenetistas para que terminaran victoriosamente la huelga general de Barcelona, iniciada en "La Canadiense". En cuanto hablaba Seguí, todo el mundo se inclinaba por sus propuestas. Pero, él era en el fondo un reformista.

Otra organización sindical, la UGT, era mucho más moderada...

Sí, mucho más moderada, seguía los pasos del PSOE.

Y en lo que se refiere a su fuerza numérica, era muy inferior a la CNT, aunque registró un importante crecimiento durante la 1ª GM.

Pero resulta que la superioridad numérica de la CNT era relativa, no se podía dar una cifra exacta, aunque, desde luego, los trabajadores respondían más a todas las iniciativas de la CNT.

El "trienio bolchevique" en el campo

Siguiendo de nuevo con las semejanzas entre la Revolución rusa y la situación española. En Rusia fracasó la Revolución de febrero como tentativa de poner en pie un régimen liberal parlamentario. Se puede decir que lo mismo ocurrió en España con la Asamblea de Parlamentarios de 1917; ¿pero, a diferencia de Rusia, no se dio a partir de entonces un proceso revolucionario similar una vez fracasada la huelga general revolucionaria de agosto? No existía una organización revolucionaria para encauzar los acontecimientos en tal dirección. Sin embargo, al igual que en Rusia, hubo también una impresionante agitación campesina en Andalucía, que se prolongó durante un periodo que se conoce como el "trienio bolchevique". ¿Qué importancia tuvo esta agitación campesina?

Creo que bastante, como todos los movimientos campesinos -al menos como han venido siendo hasta ahora- tenía algo de desconcertante. Brotaban llamadas y luego se apagaban inmediatamente. La intervención de la Guardia Civil acaba sangrientamente con ellas. En estas sublevaciones campesinas tuvo importancia la labor que realizó Salvóchea en Andalucía. Pero,

al mismo tiempo, la masa campesina, asustada por las violencias de los anarquistas, se agrupaba en la UGT.

La hegemonía de la CNT en el campo andaluz contaba con hondas raíces históricas, aunque también se debió a que fueran partidarios de proceder a un reparto inmediato de los latifundios. No propugnaban las colectivizaciones agrarias.

Efectivamente, como harían más tarde al principio de la Guerra Civil...

Esta crisis política y social de 1917 produjo en España otra consecuencia importante como fue el resurgimiento del republicanismo y del nacionalismo. Cobró singular relieve el catalanismo. Cambó uno de sus representantes más señeros, llegó incluso a un acuerdo con el Gobierno. Este acuerdo consistía en espolear el nacionalismo catalán con concesiones de Madrid con objeto de eclipsar los graves problemas sociales que afrontaba Catalunya.

Yo creo que lo que ocurría es que la diferencia estaba en que Cambó no estaba de acuerdo con los reaccionarios, con los aristócratas agrarios, porque él representaba al capitalismo industrial.

Una vez que el MO español experimentó cierto reflujo al fracasar la HGR de 1917 y la HG de Barcelona en 1919, la revolución de Octubre y la oleada revolucionaria que afectó a la mayoría de los países europeos entre 1919-20, galvanizó las opiniones y las actitudes de la clase obrera. Fue en especial el debate acerca de la ruptura con la II Internacional -"un cadáver insepulto"- lo que desató una importante división en el PSOE. Tal división se produjo al constituirse la III Internacional en marzo de 1919. Parece ser que en las reuniones previas a la constitución formal de la nueva Internacional, los pocos delegados europeos que llegaron traían informes desalentadores, si bien, después, llegarían otros delegados que dieron otra versión de los acontecimientos urgiendo la constitución de la Internacional.

Si, yo creo que fue eso lo que ocurrió. Además en la III Internacional entre los grupos de cada país se expresaban tres tendencias. Nosotros nos manifestamos con dos tendencias; los alemanes y austriacos con 3, los franceses con 3 o 4 (Longuet, Frossard, Souvarine...) era un verdadero caos. Entonces Rosa Luxemburgo era todavía la menos partidaria de la fundación de la I.C., pues creía que era un error... Pero, no había más remedio, porque si no se perdía toda esa gente.

¿A qué tendencias te refieres?

Una derecha contraria a la adhesión, otra de izquierda partidaria, y una tercera, de centro, partidaria de una nueva Internacional que no fuera la rusa. Querían los 2 y medio -como la llamábamos nosotros- que se constituiría en Viena por el partido austriaco.

Entonces preveía el "centrismo" como opinión mayoritaria en casi todos los PS. No estaban dispuestos a romper con la tradición de la II Internacional, deseaban revitalizarla una vez depurados los elementos más comprometidos con el "socialpatriotismo".

Ese era el proyecto que tenía el PSOE. Aquí, por ejemplo, se manifestaban como "centristas", pero, en el fondo, eran la derecha clásica del socialismo. No obstante, la mayoría de los socialistas españoles se manifestaban a favor de una II Internacional y media.

La constitución de la III Internacional supuso la llegada en enero de 1920 de Borodin, Roy y Ramirez. Se ha señalado con frecuencia que vuestra decisión de constituirlos en PC fue a instancias de estos delegados de la III Internacional.

La elección de un nuevo Comité Nacional de la Fe-

deración de JJ.SS. coincidió también con la llegada a España de Borodin y Roy, que se decían representantes de la III Internacional y que, camino de Rusia, procedentes de la Revolución mexicana y de EE.UU., tenían la misión de proponer la constitución de un PC en España. Vinieron aquí y, con el prestigio que tenían los rusos, incitaron a crear el PC. La idea fue aceptada fácil e inmediatamente por el CN de las JJ.SS., tanto más porque coincidía con su propósito y la FJJ.SS se encontraba ya en estado de ruptura completa con la dirección del PSOE. El CN comunicó esta decisión a todas las secciones por medio de una "carta cerrada" que sólo debían abrir en una fecha determinada: el 15 de abril de 1920. En torno al contenido se guardó un secreto absoluto. En definitiva, Borodin, Roy y Ramirez no lo pidieron, pero influyeron en la constitución del PC español. Sólo instaron a que se fundara.

¿Fue prematura la fundación del PC Español?

Poco antes de que los mencionados "delegados" de la IC llegaran a España en consecuencia, antes de que adoptarais la decisión de fundar el PC español, se había celebrado el primero de los tres Congresos extraordinarios que convocó la Ejecutiva del PSOE para debatir la cuestión de la adhesión a la III Internacional. La convocatoria del primer Congreso extraordinario, en diciembre de 1919, se realizó a regañadientes, porque de no convocarse el sector "tercerista" amenazaba con un plebiscito en el PSOE. El resultado fue de 14.010 votos a favor de una II Internacional "depurada" y 12.497 votos a favor de la III Internacional. ¿Con ese escaso margen de votos en contra, no resultó precipitada vuestra decisión de escindirnos en ese momento?

Nosotros no creíamos que había otra solución. Creíamos que la resolución que adoptara el próximo Congreso del PSOE sería desfavorable a la adhesión. Por eso consideramos que la mejor solución era dar ese "golpe de Estado". Fue el CN de la FJJSS el que lo decidió, prescindiendo de la presencia de José López y López, porque sabíamos que éste era contrario a tal decisión. Las reuniones las celebramos incluso fuera de la Casa del Pueblo. Nos reuníamos entonces en la calle Fuencarral, en casa de Rito Esteban que tenía allí una sastrería. Allí nos reuníamos y adoptábamos todos los acuerdos.

Ahora, ya con un juicio más ecuánime y más positivo, más práctico, no veo la razón de crear un PC en las condiciones que se hizo. Insisto que fue un error.

Una vez conocido el resultado de la escisión ¿no hubiera sido preferible una discusión amplia y abierta en torno a la constitución del PCE contando con el conjunto de las JJ.SS.?

Si no recuerdo mal, creíamos que no teníamos las suficientes seguridades y que una discusión abierta en torno a la constitución del PCE no iba a resolver nada. Nosotros, desde luego, queríamos establecer una separación con los del "Comité por la III Internacional", porque su postura era oportunista, no tenían nada de revolucionarios ni mantenían unos puntos de vista correspondientes a lo que representaba la III Internacional. Por eso dimos el "golpe de estado".

Sin embargo esta corriente "centrista" que abogaba por un compás de espera antes de definirse a favor de la entrada en la IC os criticaba por llevar las cosas demasiado deprisa.

Decían que nosotros no seguíamos las consignas de la IC, pero tenían que buscar pretextos para todo. Ellos realmente no sentían la necesidad de una Internacional. Al poco de constituirse en PCOE, los más dejaron de actuar, abandonaron el partido al alcanzarse la fusión.

En el periodo posterior a la fundación del PCE, algunos señalan que no lograsteis atraer a la mayoría de las JJ.SS.

Yo creo que sí, prácticamente sí. la mayoría sí. Quedaron, naturalmente, unos cuantos en todos los sitios que siguieron al PSOE, en especial los hijos de militantes socialistas, a los que les costaba mucho separarse del partido.

¿Cuántos érais al fundarse el PCE?

No lo sé. Ni lo sabíamos entonces siquiera. En cuestión de estadísticas el PCE fue bastante abandonado siempre.

¿Y vuestra implantación?

Principalmente en Madrid, Vizcaya y Asturias.

Después de la fundación realizasteis varias giras a otras regiones del país para ganar nuevos militantes y una implantación en extensión.

No realizamos muchas giras, pues contábamos con muy pocos medios. La primera gira que realicé fue a Talavera de la Reina y, después fui a Peñarroya, donde me detuvieron nada más llegar. Permanecí en la cárcel de Córdoba varios meses hasta que me llevaron a Madrid, donde me pusieron en libertad.

Al quedar formalmente constituido el PCE el 15 de abril de 1920, quedásteis vinculados a la IC a través del Bureau para Europa Occidental con sede en Amsterdam. Se ha destacado el acusado carácter izquierdista de dicho Bureau; prevalecía una fuerte tendencia antiparlamentaria, bajo la perspectiva de una revolución inmediata.

El órgano que se había constituido en Amsterdam no correspondía totalmente con las ideas de la IC. Formaban parte del mismo p.ej. algunos que fueron los izquierdistas para la IC: Pannekoek, Roland-Holst, Gorter, etc. Luego se fueron separando de la IC al criticar su política. Lenin, a su vez, les combatió violentamente en su folleto "El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo". Las decisiones del Bureau de Amsterdam no estaban en línea con las de la IC, como ya he dicho.

Tal vez fuera así porque en ese momento se realizó un viraje táctico en la IC, explicable en el sentido de que las perspectivas revolucionarias en 1920 no eran las mismas que en 1919. Ya había fracasado la revolución en Alemania, Hungría, etc. y se asistía a cierto reflujo de la revolución.

Sí, fue así. Ahora bien las críticas al leninismo y al viraje táctico de la IC provenían de algunos grupos. Hay que tener en cuenta que la IC era un conglomerado de grupos bastante dispares.

El PSOE y la III Internacional

Como señalas, la adhesión a la III Internacional agudizó la crisis en todos los partidos socialistas. Después del Congreso extraordinario del PSOE en 1919 se celebraron otros dos Congresos extraordinarios que resultaron en la escisión de la tendencia "tercerista" y su transformación en abril de 1921 en Partido Comunista Obrero. ¿Puedes describir el proceso seguido por el PSOE para esquivar sistemáticamente una definición clara en torno al ingreso en la III Internacional. No cabe duda que la aliadofilia y su idea de que primero

había que impulsar una etapa democrático-burguesa antes de pensar en una revolución socialista constituía un poderoso freno.

El siguiente Congreso extraordinario, reunido para tratar la misma cuestión, arrojó 8.269 votos a favor de la III Internacional, 5.016 en contra y 1.615 abstenciones. Se había producido un cambio fundamental en la división de votos. Ante este resultado, los dirigentes reformistas del PSOE lograron hacer prosperar una maniobra para demorar la aplicación del acuerdo: enviar a Moscú una delegación para que se informase directamente de la situación. Esta delegación estuvo integrada por Fernando de los Ríos y Anguiano, o sea, un representante de la derecha e izquierda respectivamente. Fernando de los Ríos elaboró un informe democrático, un canto a las libertades democráticas...en abstracto. Impresionó a los socialistas, pero no se tomó una determinación. Fue el informe de Anguiano el que principalmente desbarató la adhesión a la IC. Se había inventado lo de las "22 condiciones" para el ingreso, la veintidosava, según él (Anguiano era masón), impedía la entrada a los masones. En cualquier caso la delegación española debía someter al Comité Ejecutivo de la III Internacional tres condiciones ultimátistas que hacían inaceptable la adhesión, pero permitía a los reformistas aplazar el acuerdo y maniobrar todavía más para el próximo congreso del PSOE, que debía adoptar la decisión definitiva.

Al quedar de nuevo aplazada la adhesión a otro Congreso ¿qué ocurría en el PSOE?

Seguía dudosa la situación en el PSOE, aunque, en realidad, continuaban dominando los favorables a la adhesión. En abril de 1921 se celebró el tercer congreso extraordinario del PSOE para oír el informe de los delegados españoles Fernando de los Ríos y Anguiano. Como resultado, fue rechazada la adhesión por 8.858 votos contra 6.094. Fue entonces cuando se produjo la gran ruptura con la formación del PCOE. La constitución del segundo PC en España fue leída en el Congreso por Oscar Pérez Solid. Hecho esto se retiraron del Congreso. Los demás acordaron adherirse a la Internacional 2 y media.

La unificación con el Partido Comunista Obrero Español

Al quedar constituidos dos partidos comunistas, se produjeron una serie de fricciones casi insalvables a no ser que hubieran mediado miembros de la IC. ¿A qué atribuyes tales diferencias?

Como mediadores para unificar a ambos partidos llegaron primero el suizo Humbert-Droz -con carácter más permanente- y después el italiano Graziadei. La diferencia fundamental que nos separaba era que nosotros exigíamos tener la mayoría en todos los órganos del PC, porque no teníamos confianza en la política que elaborara el partido unificado, si no estábamos nosotros en mayoría en los órganos de dirección. Esto lo detalla Humbert-Droz en sus "Memorias". Uno de los problemas era la dirección del periódico "La Antorcha" que sería el órgano oficial del partido unificado. El PCE imponía intransigentemente que yo fuera el director y el PCOE se oponía a ello con la misma intransigencia, debido a que yo había llevado una campaña muy personal contra ellos. El caballo de batalla fue igualmente los nombres de los que debían constituir el Comité Ejecutivo, en el que los procedentes del PC Español eran diez, o sea la mayoría, y los del PCOE la minoría.

Libros.

Las virtudes de inyectar cierto empirismo en la teoría marxista

Transiciones de la Antigüedad al Feudalismo

El Estado Absolutista

La cultura represiva

Consideraciones sobre el marxismo occidental

Las antinomias de Antonio Gramsci de PERRY ANDERSON

M.F.E.

En los dos años últimos han aparecido en España cinco libros de Perry Anderson; a saber, por orden de publicación en inglés: *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo* (Siglo XXI, Madrid, 1979, publicado originalmente en 1974), *El Estado absolutista* (idem; el título original es *Lineages (genealogía) of the Absolutist state*), *La cultura represiva. Elementos de la cultura nacional británica* (Anagrama, Barcelona, 1.977; publicado originalmente en 1967 con el título de *Components of the National Culture*), *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (Siglo XXI, Madrid, 1979, editado por primera vez en 1976) y *Las antinomias de Antonio Gramsci* (Fontamara, Barcelona, 1978, publicado en inglés en 1977).

Con o sin estas palabras, Anderson es o debería ser sobradamente conocido por los lectores de *Comunismo*. Durante dos decenios ha sido el director de *New Left Review*, una de las más competentes y prestigiosas revistas marxistas actuales, cuya incidencia en la izquierda inglesa o, mejor, anglo-sajona y europea, en la revitalización de la investigación marxista y, en particular, en la creación de un espacio teórico transnacional, todavía está por ser evaluada. Aunque toda enumeración es restrictiva, lo que queremos decir se entenderá mejor si se tiene en cuenta que de su comité editor forman parte, entre otros, nombres como Quintin Hoare, Robin Blackburn, Alexander Cockburn, Ronald Fraser, Norman Geras, Nicolas Krassó, John

Merrington, Juliet Mitchell, Tom Nairn o Gareth Stedman Jones, y que colaboradores habituales han sido o siguen siendo Ralph Miliband, Eric J. Hosbawm, Raymond Williams, Edward Thompson, Nicos Poulantzas, Regis Débray, Lucio Colletti, Valentino Gerratana, Sebastiano Timpanaro, Günter Minnerup, Goran Therborn, Ernest Mandel, Louis Althusser o Fernando Claudín. Además de su labor como director de la revista y de las obras que vamos a comentar, Anderson ha publicado trabajos sobre el "socialismo" sueco (*The Swedish Model*, NLR nos. 7 y 9), el colonialismo portugués (*Portugal at the end of Ultra-Colonialism*, NLR n° 17) y sobre la crisis política británica (*Origins of the present crisis*, NLR n° 23, y *Socialism and pseudo-empiricism*, NLR n° 35). En España, dos de sus trabajos han sido publicados con bastante celeridad, mientras otros han debido esperar entre cinco y diez años.

Las dos últimas obras aparecidas, *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo* y *El Estado absolutista*, que bastarían para justificar esta recensión, fueron publicadas en inglés en 1974. Trataremos primero de ellas porque, aunque *La cultura represiva* es cronológicamente anterior, no es difícil ver que se basa en buena medida sobre el trabajo que dió cuerpo a aquellas dos obras históricas.

Hay varios aspectos metodológicos que conviene destacar antes de entrar a exponer lo fundamental de los dos estudios históricos de Anderson. El primero es que su trabajo se sitúa, como él mismo explica, en un nivel intermedio entre lo general y lo particular: huye tanto de las interpretaciones que parten de que lo "inteligible" radica únicamente en las tendencias más amplias y generales, o en las estructuras puras, y cuyos resultados son luego de difícil aplicación a los análisis concretos, como del estudio particular que no sirve para desarrollar ni clarificar ninguna teoría global. En segundo lugar, Anderson aplica el análisis comparado a las formaciones sociales que estudia: su análisis se encuentra vertebrado desde el principio hasta el fin por la división e interdependencia de las evoluciones en Oriente y Occidente, lo que, por demás, no le impide delimitar diversas subzonas dentro de cada bloque ni incorporar el tratamiento de formaciones sociales como la configurada en torno al modo de producción "asiático" o la japonesa; el fruto es una percepción global del desarrollo desigual y combinado



de las formaciones sociales y, a la vez, una tipología de las mismas mucho más rica que la tradicional secuencia esclavismo-feudalismo-capitalismo, que todavía hoy hace estragos. En tercer lugar, debemos señalar como parte del método algo que Anderson solamente presenta como conclusión: que los modos de producción precapitalistas presentan la característica común de que el excedente económico se extrae por medios total o fundamentalmente extra-económicos, vale decir desde ideológicos hasta coercitivos, por lo que la taxología de las superestructuras forma parte integrante de la descripción de dichos modos de producción; esto implica, por un lado, la renuncia a una caracterización meramente económica de los modos de producción precapitalistas y, por otro, una especial atención a las "superestructuras" jurídicas, políticas, religiosas, ideológicas... En cuarto lugar, algo que *per se* no es una directriz metodológica pero que es bueno saber —al menos todavía hoy— cuando de estudios marxistas se trata, Anderson se siente más apegado al espíritu que a la letra de Marx y Engels, es decir, no se siente constreñido por lo que estos dos autores dijeron ni obligado a justificarlo, tanto menos a mostrarse acorde con su interpretación mayoritaria; el resultado, aparte de una mayor libertad y creatividad del trabajo, es, amén de algunas correcciones de las afirmaciones clásicas, una desimplificación del análisis del feudalismo por Marx y una revalorización de Engels frente a su amigo en el campo de la historiografía. Por último, no por obvio hay que olvidarlo, Anderson emprende un estudio comprensivo que abarca desde la Antigüedad hasta el absolutismo, rompiendo así con la tónica de la historiografía marxista de estudiar estos periodos o la Edad Media siempre por separado.

LA SINTESIS FEUDAL

Dos simples letras del título del primer libro del par que ahora traemos definen la principal conclusión de Anderson: No hay una sola, ni siquiera un modelo solo, de transición de la Antigüedad al feudalismo, sino procesos distintos aunque interrelacionados. Más aún, tampoco puede hablarse siquiera de transición de un modo de producción a otro, ni de eliminación total del primero por el segundo.

Tras analizar Grecia y el mundo helenístico, el autor muestra cómo, bajo la aparente unidad del modo de producción antiguo bajo el Imperio romano —que, por primera vez, lo extiende a todo el sur de Europa— coexisten dos formaciones sociales notablemente distintas. En Oriente, donde había imperado el helenismo, se combinan las ciudades heredadas de los griegos con un *hinterland* campesino-nobiliario y una monarquía de tipo oriental. En Occidente, junto a las ciudades —que no implican burguesía, ni siquiera mercantil, al menos en una posición de poder, pues el sistema político está dominado por la aristocracia terrateniente— se mantiene un campesinado básicamente independiente, mientras que el poder es menos arbitrario y se desarrolla un importante sistema legal. La diferencia básica se encuentra en la situación de

campesinado, que, mientras en Occidente lleva a una creciente importancia sustitutoria de la esclavitud, en Oriente, en cambio, no permite que ésta llegue a ocupar un lugar dominante, resistiendo siempre a su introducción. Pero en el sistema de trabajo esclavo estaban inscritos los límites del modo de producción que se asentaba en él. Su poca tendencia al avance tecnológico y el hecho de que la obtención —incluso reposición— de la mano de obra dependiesen de la expansión y las campañas militares, hicieron que el Imperio romano alcanzase con sus últimas fronteras los límites del modo de producción que albergaba. Por eso en Oriente, donde la esclavitud no llegó nunca a cobrar tanta importancia, la crisis fue más mitigada. Otros factores internos de crisis, como la tensión entre la cúspide y la aristocracia o entre la metrópoli y las provincias, tampoco podían duplicarse en una nobleza más leal, una monarquía con una larga tradición arbitraria y un ámbito geográfico más restringido.

Las invasiones bárbaras, por otro lado, juegan un papel decisivo pero no único en el derrumbe del Imperio. Comenzaron por Oriente, pero sólo tuvieron éxito y produjeron afincamientos masivos en Occidente. Por otra parte, los bárbaros que invadieron el Imperio habían sufrido ya fuertes transformaciones por obra de la presión de éste, que aceleró la diferenciación social en su seno y, con ella, la descomposición del modo de producción primitivo. Si el Imperio oriental pudo resistir a los bárbaros fue por su mayor solidez estructural y por verse menos afectado por los factores de la crisis. El Imperio occidental, por el contrario, se hallaba ya en su agonía cuando recibió el golpe definitivo de los bárbaros.

Ahora bien, si el Imperio estaba ya demasiado débil para resistir o integrar a los bárbaros, éstos estaban demasiado atrasados para poner en pie una estructura alternativa. Lo que se dió, pues, fue una síntesis producto de la colisión catastrófica de dos modos de producción en disolución, síntesis que constituye el orden feudal. Esta síntesis fue distinta en unas zonas u otras, con equilibrio de sus dos componentes o predominio de alguno de ellos. De ahí que en algunas instituciones específicamente feudales como el vasallaje, el beneficio, la servidumbre, la monarquía feudal o el sistema legal y constitucional que la acompañaba pueda discernirse un origen doble, romano y germánico, o que coexistan instituciones de origen unívoco pero dispar entre sí.

Esta síntesis específicamente occidental no existió al este del Elba, donde las incursiones nómadas no permitieron nunca una agricultura estable y la aparición del feudalismo se debe tanto a causas externas —la presión y el mimetismo de Occidente, la Iglesia cristiana...— como a la propia lucha de clases interna. Tampoco en Escandinavia, donde se combina un campesinado básicamente libre con las incursiones militar-comerciales y el tráfico de esclavos, introduciéndose el feudalismo tan sólo en el siglo XI, igualmente por presión exterior. Ni en los Balcanes, donde la fuerte y persistente presencia de la Antigüedad no favoreció, sino que impidió, la aparición del feudalismo; en vez

de un cataclismo y una síntesis generales, los Balcanes fueron escenario de una lenta y recíproca trituración entre Bizancio y los eslavos y turanos que dió como resultado un estancamiento secular.

Ahora es el momento de destacar varios aspectos de este análisis. Para empezar, el modo de producción cuyo origen se estudia —el feudalismo—, no aparece como el resultado de la crisis de un modo de producción anterior, sino de dos. No es el resultado de su simple crisis conjunta, sino de una determinada combinación dentro de ella: distintas combinaciones dan como resultado distintas variantes del feudalismo —de su génesis— o incluso impiden su aparición —Los Balcanes. La génesis del nuevo modo de producción no depende solamente de factores internos, como en el complejo romano-germánico, sino con frecuencia predominantemente de factores externos, como en el Este europeo y en Escandinavia. La idea de una génesis acumulativa de un modo de producción dentro de otro —el capitalismo dentro del feudalismo— no es extensible a otras transiciones. Si la transición estudiada ofrece un modelo de crisis, éste no es el de unas boyantes fuerzas productivas que hacen estallar unas relaciones de producción obsoletas, sino el de un estancamiento y una regresión prolongados de las fuerzas productivas, que llevan a una reorganización forzada de las relaciones de producción, condición previa a la creación y despliegue de nuevas fuerzas productivas —lo mismo podrá observarse en la transición del feudalismo al capitalismo. No basta con estudiar y delimitar la estructura "pura" del modo de producción feudal: es precisa una tipología de los distintos feudalismos, o de las formaciones sociales vertebradas en torno a este modo de producción. Pero, como ya indicaba Marx, hay que distinguir claramente entre la génesis y la estructura de un modo de producción: no importa cuál sea la primera, a partir de un cierto momento todo modo de producción reproduce la segunda de acuerdo con las leyes que le son propias —el mejor fundamento de esta afirmación está en el análisis de la estructura del feudalismo japonés, sorprendentemente similar pero con un origen y un final totalmente distintos, análisis que se encuentra en el segundo libro. En fin, la pugna entre dos modos de producción, como ya dijera Marx de la lucha entre dos clases, puede terminar con la victoria de una de ellas, o con una síntesis con la superior destrucción de ambos.

UNA EVOLUCION NO LINEAL

El segundo libro de Anderson, dedicado al absolutismo, comprende estudios monográficos sobre su desarrollo en España, Francia, Inglaterra, Italia y Suecia, del lado occidental, Prusia, Polonia, Austria, Rusia y Tuerquía, del lado oriental, y dos largas "notas" sobre Japón y el modo de producción asiático.

También este segundo libro está articulado alrededor del eje vertical que separa a Oriente de Occidente, y comienza retomando el hilo donde lo había dejado en el primero —que originalmente era el material preparatorio para este otro. La breve e incompleta —y no solo por lo

que decimos a continuación— exposición que hemos hecho del primer libro se detiene antes que el libro mismo. Anderson exponía en él también los mecanismos de la crisis del feudalismo, que residen principalmente, en Occidente, en el límite geográfico y social a que está sometida su primera y casi única vía de expansión —las nuevas roturaciones de tierras—, en el agotamiento de su potencial tecnológico, en las incursiones anti-señoriales (que no anti-feudales, es decir, contra las trabas y la prepotencia de los señores, pero no contra el orden feudal como tal) de las ciudades en el campo que las rodea, en la creciente carga parasitaria que supone la nobleza, en la propia dispersión de su poder y, cómo no, en la resistencia campesina. Resultado de todo esto, que ni siquiera es una enumeración exhaustiva, es la relajación creciente de la servidumbre hasta su desaparición. La cosa es distinta en Oriente, donde las grandes extensiones territoriales impiden que se alcance un límite a las roturaciones y hacen posible la huída como forma elemental y suficiente de resistencia campesina. Aquí, donde además el peso urbano es mucho menor —debido a la inexistencia del legado de la Antigüedad y a las incursiones de los mongoles, entre otras cosas— la crisis es mucho más mitigada, y su efecto no es la relajación de una servidumbre que sólo existe muy parcialmente, sino una reacción señorial conducente a su implantación.

Anderson analiza la estructura del sistema político del absolutismo para llegar a la conclusión de que, lejos de ser una especie de bonapartismo con funciones arbitrales entre la nobleza decadente y la burguesía ascendente, o una tercera fuerza aliada con la segunda contra la primera, se trata del aparato reorganizado y potenciado de la dominación feudal. Pero aquí aparece la diferencia diametral entre los absolutismos occidental y oriental. En el Oeste es producto de la reacción de la nobleza ante la desaparición de la servidumbre, una compensación por ella y, en todo caso, producto de la dinámica interna de la formación social (de las formaciones sociales) en cuestión. En el Este, a la inversa, en lo que tiene de "producto propio" el absolutismo es el instrumento de que se sirve la nobleza para introducir definitivamente la servidumbre en el campo (la "segunda servidumbre" de que hablaba Engels). A esto hay que añadir que su origen no está meramente en la dinámica interior de la lucha de clases, sino de modo primordial en la presión exterior: concretamente en las sucesivas invasiones suecas, en los casos de Prusia y Rusia, y en este último también en el secular martilleo mongol.

Consecuencia de ello es que, visto en términos occidentales, el absolutismo del Este presente una curiosa mezcla de elementos diacrónicos: la forma más avanzada de Estado —el Estado absoluto—, se abre paso a través de la supresión de la independencia de las ciudades —que en el Oeste, en cambio, se refuerza—, implanta la arcaica relación de servidumbre —extinguida aquí— e implanta relaciones entre nobleza y monarquía que allá no habían existido y en Occidente desaparecían, como la relación de servicios o la posesión condicional.

Volviendo a Occidente, lo paradójico del



absolutismo local es que, si bien es producto de una reacción señorial, crea a la vez las condiciones para el desarrollo de la burguesía mercantil y manufacturera urbana. Es decir, representa simultáneamente los intereses de ambas clases o, cuando menos, presenta siempre un terreno de compatibilidad en el que puede desenvolverse la nueva clase en ascenso. Este carácter ambivalente impregna sus diversos componentes: el poder central sustituye a un poder disperso que ya no era capaz de asegurar el sojuzgamiento del campesinado a la vez que crea un espacio económico propicio para el desarrollo del capital; el sistema de impuestos, que desplaza progresivamente a la tributación en especie y parece ser una institución burguesa, constituye en cierto modo una "renta feudal centralizada"; la burocracia civil ofrece un lugar bajo el sol a los herederos no primogénitos de la nobleza, pero los cargos son comprables, y también por los burgueses; la doctrina mercantilista representa los intereses de una clase dominante feudal adaptada al mercado integrado; la recepción del derecho romano, en su doble vertiente de derecho público y privado, crea las condiciones jurídicas tanto para el poder absoluto como para la circulación de mercancías, etc. En todo caso, bajo el absolutismo no hay desplazamiento político de la nobleza como clase dominante: este sólo llegará como consecuencia de las revoluciones burguesas posteriores o por complejos procesos de integración y fusión de la aristocracia terrateniente y la burguesía —o por una combinación de ambas cosas.

Ahora bien, las ciudades han sido uno de los factores de la crisis del feudalismo, se desarrollan enormemente bajo el absolutismo y, en todo caso, son el espacio en que emerge la nueva clase burguesa. La recepción del derecho romano, por otra parte, no se hace en seco, sino arropada por toda la tradición cultural romana y helenística. Ambos factores conocen un primer apogeo en el Renacimiento y ambos tienen sus agentes en la nueva burguesía y los grupos que la acompañan. Pero ambos son también parte del legado de la antigüedad, nunca completamente extinguida bajo el feudalismo. Ambos se encuentran presentes en Occidente pero ausentes en Oriente, por no hablar ya del Japón. El surgimiento del capitalismo aparece así como producto no exclusivo del feudalismo, sino de éste y del legado de la Antigüedad. Donde éste no existe, tampoco hay evolución autóctona hacia el capitalismo. Por lo demás, volviendo a la dicotomía Oriente/Occidente, este periodo es testigo de la convergencia de las estructuras políticas de ambas partes mientras crece un abismo entre sus estructuras sociales y económicas.

Ahora podemos dar paso a las conclusiones más importantes. La primera es que los historiadores marxistas han caído frecuentemente en un error, quizás propiciado por el deseo de responder al ideograma imperia lista de la superioridad europea, al incurrir en el ecumenismo teórico de proclamar feudal a todo modo de producción que presente algunas de sus características, sin entrar, por otra parte, a hacer una tipología del feudalismo. Semejante

tabla rasas no permite explicar el dinamismo exclusivo de la escena europea, no puede dar cuenta de por qué el feudalismo de Europa oriental no originó por sí mismo un capitalismo, tanto menos de por qué el feudalismo japonés no generó siquiera un absolutismo. La solución viene por algo que ahora aparece como conclusión y antes avanzamos ya como presupuesto metodológico: la apropiación del excedente por medios extraeconómicos no es una característica del feudalismo, sino de todos los modos de producción precapitalistas; la caracterización de éstos, por otra parte, debe incluir los elementos fundamentales de la superestructura jurídica, política e ideológica. La segunda, es que un modo de producción nuevo —el capitalismo— aparece aquí como resultado no del anterior, sino de los dos anteriores —Antigüedad y feudalismo—; visto desde otro ángulo, atendiendo al recorrido del modo de producción antiguo, vemos como un legado de un modo de producción anterior sobrevive en una época dominada por otro y se reactiva su fuerza en la transición a un tercero. La tercera es que, si sólo de esta concatenación surgió el capitalismo, y si no ha surgido allá donde, habiendo feudalismo, estaba ausente el legado de la Antigüedad, no hay entonces en el modo de producción feudal como tal ninguna fuerza inherente, ningún mecanismo automotor que conduzca al capitalismo. Por último, hay una característica que distingue al absolutismo europeo de todos los despotismos: que el aumento del poder político no solamente no se vió acompañado por una disminución de la seguridad económica de la propiedad nobiliaria de la tierra, sino que sí lo fue por un aumento paralelo de los derechos generales de la propiedad privada. En fin, vale la pena reflexionar sobre algo que Anderson tan sólo apunta tímidamente: la primera revolución anticapitalista se dió en el país en que todavía persistía el absolutismo: la Rusia de los zares.

LA CULTURA NACIONAL BRITANICA: UN ANALISIS ESTRUCTURAL

En *La cultura represiva* Anderson aborda un objetivo de otra naturaleza, aunque en él también está presente el enfoque del análisis comparado: se trata de explicar las raíces históricas de la cultura dominante en Inglaterra, que pesa como un fardo sobre la vida del país y sobre una izquierda que nunca la ha puesto abierta y globalmente en cuestión. La obra procede primeramente a una acotación del campo y el método. Del objeto de estudio se excluyen, simétricamente, las ciencias naturales y al arte; las primeras por la amplia dimensión que en ellas tiene lo "objetivo", el segundo por su fuerte componente "subjetivo". Quedan, pues, por llamarlo de algún modo, las ciencias sociales y humanas, cuya dependencia de la evolución social es mucho más estrecha. En cuanto a éstas, no se trata de abordar y criticar el contenido de cada una de ellas —nos referimos siempre a sus opciones dominantes—, sino de analizar el lugar que ocupan y sus interrelaciones. El enfoque es el del análisis estructural, tal como lo definió Lévi-Strauss: se examinan "no los elementos

(dentro de un sistema), sino las relaciones entre los elementos". . .

Puestos a la obra, lo primero que destaca en la cultura nacional británica es la ausencia de la sociología. Mientras Alemania producía un Weber, Italia un Pareto y Francia un Durkheim, todos ellos ejemplos paradigmáticos de explicaciones totalizadoras de la sociedad y de la historia, Inglaterra no daba a luz nada parecido. Todos estos sistemas surgieron como, o al menos cubrieron la función de, intentos de responder a la primera teoría totalizadora de la sociedad: el marxismo. La causa hay que buscarla en la propia y peculiar historia social inglesa. Mientras en otros países la burguesía en ascenso se vió obligada a oponer al orden feudal una visión del mundo diferente, en Gran Bretaña, donde la aristocracia terrateniente explotaba ya tempranamente el campo sobre una base capitalista y donde la burguesía aprendió a temer a los trabajadores del ejemplo vecino de la revolución francesa, no hubo nunca un cambio revolucionario político y social, sino que ambas clases acabaron por fundirse creando un nuevo bloque mixto dominante. La burguesía no generó nunca una ideología revolucionaria, y sus pensadores se vieron siempre limitados por los horizontes de su clase, marcados por la aristocracia. Pudieron crear disciplinas especializadas como la economía de Malthus y Ricardo, pero nunca una teoría general de la sociedad. Al pensamiento dominante británico le faltó, porque no lo necesitó, el concepto de **totalidad**, así como el de **contradicción**. Ambos conceptos, centrales en la obra de Marx, están de un modo u otro presentes en Weber, Pareto y Durkheim, como posteriormente en el bonzo de la sociología dominante actual: Parsons.

La significación de esto se capta mejor en contraste con el desarrollo de otra disciplina: la antropología. Mientras la sociología inglesa daba la imagen de un páramo cultural -es significativo que en el momento de escribirse el libro no existieran siquiera cátedras de esta materia ni en Oxford ni en Cambridge- la antropología daba al mundo nombres como Malinowski, Radcliffe-Brown, Evans-Pritchard, Fortes, Firth y Leach. La razón es simple: mientras la burguesía nunca necesitó la idea de totalidad en el interior, a la administración colonial se le hizo imprescindible en el exterior para hacer frente a sociedades radicalmente distintas. Así, esta ciencia presenta un carácter anómalo respecto del panorama general británico: incorpora desde el principio la idea de totalidad y, desde Leach, la de contradicción.

El segundo aspecto a destacar en el panorama general es que el papel puntero en la mayoría de las disciplinas observadas corresponde a elementos procedentes de la emigración blanca, es decir, que huían de zonas convulsas y encontraron en la Inglaterra victoriana la sociedad ordenada e inerte que deseaban.

Anderson analiza los rasgos fundamentales de otras disciplinas. Una filosofía, encabezada por Wittgenstein, que con su culto del sentido común, su conformismo, su "analfabetismo complaciente", su "amnesia histórica total" y su afirmación de la mágica armonía del lenguaje no es más que la transcripción de una sociedad his-

tóricamente paralizada. Una teoría política, con Berlin y Popper, alejada de la historia y de las demás ciencias sociales, en particular de la economía, que detecta el mayor peligro para la sociedad en las ideas políticas. Una historia sin ideas, psicologista, -Namier- que es correlato de unas ideas sin historia, una economía que sustituyendo a la economía política, justifica el mercado bajo la capa de una mera explicación lógica en la forma de teoría del equilibrio y racionaliza el **laissez faire**, cuando ya ha sido superado por el imperialismo, en la forma de teoría neoclásica; Keynes reorganiza de nuevo el aparato conceptual de la economía neoclásica, procede a una "retotalización" al conjuntar las teorías monetarias y del empleo, e introduce de nuevo la variable tiempo en el análisis económico, pero en una dosis mínima: el corto plazo; después de Keynes, ya no es posible prescindir del tiempo, pero se le mantiene dentro de límites todavía ahistóricos que no permitan la puesta en cuestión del sistema económico: es la teoría del crecimiento de Harrod y Kaldor. En la estética -crítica del arte- Grombrich da cuenta del cambio en razón de la variable más ahistórica que puede encontrar: la técnica. En psicología, Eysenk, que no pasa de ser un prolífico divulgador pero cuyas ideas siguen predominando a pesar de que la crítica -americana, no británica- ha mostrado que su método es arbitrario y sus conclusiones carecen de cualquier fundamento, reduce las ideas a pasiones inconscientes y distingue dos estados, "delicadeza mental" y "terquedad mental", en el segundo de los cuales coincidirían todos los extremistas, comenzando por los comunistas. En el campo del psicoanálisis, Melanie Klein inicia una floreciente escuela que intenta una teoría unitaria, a lo que hay que unir la presencia de Laing y Cooper, pero esta disciplina no tiene ninguna influencia en la cultura británica (mientras en otros países gran parte de sus conclusiones son incorporadas por otras ciencias sociales).

Excepcionalmente, en fin -aparte de la ya citada antropología-, es en el rincón de la crítica literaria donde desde Leavis hasta Raymond Williams se acoge el concepto de totalidad, a pesar de, o precisamente por, la empresa antimarxista de Leavis- el marxismo ganó gran número de adeptos en la literatura de la Inglaterra de los años 30.

EL MARXISMO DE LA DERROTA

Las **Consideraciones sobre el marxismo occidental** son un trabajo centrado en la estructura formal del marxismo de Occidente después de la revolución de Octubre. No se ocupa de la corrección o incorrección de las obras que caen dentro de este campo, ni de los méritos o deméritos de sus autores. En este sentido, el enfoque es similar al de la **cultura represiva**, estructural: no se ocupa de los elementos, sino de las relaciones entre los mismos.

Anderson comienza por una amplia referencia al grupo de los clásicos, en la que luego podrán basarse interesantes comparaciones. Distingue cuatro generaciones dentro de este grupo. La primera es la formada por Marx y Engels, pioneros aislados, que dejaron una teoría económica

Perry Anderson
Consideraciones
sobre el marxismo
occidental





coherente y elaborada pero no, en cambio, una teoría política y estratégica; Marx no legó una exposición del materialismo histórico, mientras que Engels lo intentó al final de su vida. La generación siguiente, integrada por Labriola, Mehring, Kautsky y Plejanov, se dedicó precisamente a esta sistematización. La tercera generación la componen Lenin, Luxemburg y Hilferding, y la cuarta Trotsky, Bauer, Preobrazhensky y Bujarin. La segunda generación se formó en un periodo de calma social, mientras que la tercera y la cuarta lo hicieron en un periodo turbulento. Todos los componentes de estas dos últimas generaciones jugaron un papel importante dentro de sus respectivos partidos, y entre ellos se reparten los méritos del florecimiento del pensamiento económico y el surgimiento, por vez primera, de una teoría política marxista en los primeros quince años del siglo. Otras características de este grupo son su extracción nunca obrera, ni siquiera "popular", y el predominio geográfico de los nacidos en el Este europeo.

Tras este brillante período, en la URSS desapareció prácticamente todo vestigio de elaboración teórica, particularmente después de la colectivización. En Europa, salvo por los tres autores que inician el "marxismo occidental", la teoría se limitó al análisis económico (Grossmann, Moszkovska, el joven Sweezy).

El trio que inicia la secuencia del marxismo occidental es el compuesto por Lukács, Korsh y Gramsci. Los tres fueron dirigentes importantes de sus partidos y estuvieron fundidos con el movimiento revolucionario -especialmente Gramsci-, pero por poco tiempo, debido a razones distintas: renuncia como precio de la retracción, condena y aislamiento, prisión, respectivamente. La generación siguiente, formada por Benjamin, Horkheimer, Della Volpe y Marcuse, presenta ya netas diferencias con las anteriores; lo mismo hay que decir de la inmediatamente posterior, en la que figuran Lefebvre, Adorno, Sartre, Goldman y Althusser, y de la última, integrada en solitario por Colletti.

Característica general de todo este grupo, con las debidas diferencias de grado entre ellos, es el divorcio estructural entre la teoría marxista y la práctica política. Gramsci escribe lo mejor de su obra en la cárcel y sin ningún eco; Lukács y Korsch se aíslan y son aislados; Benjamin, Horkheimer, Marcuse y Adorno se apartan de toda práctica y de toda organización política; Della Volpe y Althusser mantienen una adscripción meramente formal; Sartre nunca llega a afiliarse; Lefebvre y Colletti abandonan.

El grupo presenta toda una serie de diferencias formales importantes respecto de los clásicos. Guardan silencio sobre los temas que fueron más importantes para aquéllos: las leyes del movimiento del capitalismo como modo de producción, el análisis del Estado, la estrategia de la lucha de clases, y centran su atención en la filosofía, invirtiendo así la trayectoria original del propio Marx (de la filosofía a la política y después a la economía). Todos ellos comparten el supuesto de que la indagación teórica tiene como preliminar discernir las reglas de investigación descubiertas o utilizadas por Marx. En todos se produce un regreso compulsivo más allá de Marx, en búsqueda de su linaje filosófico.

En todos están presentes de modo influyente diversas variantes del idealismo europeo. Todos reniegan de los últimos textos de Engels. Con frecuencia confluyen con corrientes de pensamiento ajenas y a menudo hostiles al marxismo. Rota la unidad entre teoría y práctica, todos ellos se vuelven hacia la cultura burguesa contemporánea en sus diversas manifestaciones. Su lugar de trabajo generalizado no son ya los partidos obreros, sino las universidades. Además, su grado de interrelación -asunción mutua, polémicas- es sensiblemente inferior al del grupo de los clásicos: falta de internacionalismo. En fin todos comparten un profundo pesimismo -el suyo es el marxismo de la derrota- y un lenguaje particularmente complicado y abstruso.

Su trabajo supone, en cualquier caso, la tematización de una serie de objetos nuevos, a veces premonitorios. Todos ellos se concentran en las superestructuras y en la cultura, que antes habían recibido poca atención. Gramsci avanza la idea de hegemonía, que hoy ocupa un lugar central en el debate marxista. Marcuse parece presagiar el derrumbe de la moral sexual; las preocupaciones de la Escuela de Francfort reaparecen en el debate ecológico...

Al margen de esta corriente dominante, que siempre ha girado en una u otra actitud en torno al comunismo oficial, hay otra: la trotskysta. Trotsky ya en el exilio, aportó fundamentalmente una historia de la revolución rusa -todavía la más eminente en muchos aspectos-, el primer análisis verdadero de un Estado capitalista en el siglo XX -sus escritos sobre Alemania- y un afinado análisis de la degeneración burocrática y del estado surgido de ella. Sus continuadores más destacados, Deutscher, Rosdolsky y Mandel, comparten con él las características, en contraste con las del marxismo occidental, de haberse centrado en la política y la economía, sostener un enfoque internacionalista, utilizar un lenguaje claro y no haber desarrollado su labor en el medio universitario. Pero el aislamiento y la quietud imperantes también produjeron sus efectos sobre la tradición trotskista: la reafirmación de la validez y la realidad de la revolución socialista y la dictadura del proletariado se tradujo en cierto conservadurismo; la conservación de las doctrinas clásicas ganó prioridad sobre su desarrollo; vicios típicos suyos son el triunfalismo sobre la causa de la clase obrera y el catastrofismo en el análisis del capitalismo. Un balance global sólo será posible cuando el crecimiento de la lucha de clases permita poner a prueba esta tradición teórica.

El avance de la teoría marxista exige hoy la asunción de y la ruptura con el marxismo occidental. Ante ella se presentan hoy, universalmente vigentes, temas acuciantes que el marxismo no ha resuelto aún: "¿Cuál es la naturaleza constitutiva de la democracia burguesa? ¿cuáles son la función y el futuro de la nación-estado? ¿cuál es el carácter real del imperialismo como sistema? ¿cuál es el significado histórico de un estado obrero sin democracia obrera? ¿cómo puede llevarse a cabo una revolución socialista en los países capitalistas avanzados? ¿cómo puede hacerse del internacionalismo una práctica genuina, no meramente un ideal piadoso? ¿cómo puede evitarse en los

países coloniales el destino de revoluciones anteriores en situaciones similares? ¿cómo pueden ser atacados y abolidos los sistemas establecidos de privilegios y opresión burocráticos? ¿cuál sería la estructura de una auténtica democracia socialista?"

En *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Perry Anderson estudia los elementos centrales del pensamiento desarrollado por el revolucionario italiano de los *Quaderni del Carcere*, ubicándolos dentro de la trayectoria de la polémica marxista sobre la estrategia revolucionaria para calibrar después su relevancia en el análisis de las perspectivas revolucionarias en los países capitalistas avanzados.

La aportación más indiscutible de Anderson es aquí la desmitificación y demitificación del pensamiento gramsciano, sin que ello implique ni el propósito ni el resultado de disminuir su importancia pasada y actual. En primer lugar, muestra cómo las categorías y las oposiciones gramscianas no son tan nuevas como se había pretendido en medio de la explosión que ha llevado a que un sinnúmero de corrientes se reclamen igualmente herederas de Gramsci. El concepto de "hegemonía" se halla omnipresente en los textos de la socialdemocracia rusa en torno al 1.900, es utilizado por Plejanov, Axelrod, Lenin, Martov, Potresov, se mantiene en la terminología de la Internacional Comunista y la aclaración de su significación en relación con la dictadura del proletariado ha de buscarse en un texto de Trotsky: la *Historia de la revolución rusa*. La temática de la "guerra de posiciones" y la "guerra de maniobras" está ya en el debate sobre la "estrategia de desgaste" de Kautsky, sobre las "acciones parciales" propuestas por Thalheimer, Frölich y Lukács en 1.921 y, sobre todo, en el terreno militar y con la misma terminología, en la polémica sobre la estrategia militar entre Trotsky y la izquierda del mando del Ejército Rojo -Tujachevsky y Frunze- aunque pueda producir sonrojo en un "trotskista" escribirlo o leerlo, el mejor análisis del papel de ambas -entre los clásicos- vuelve a encontrarse en Trotsky. La antinomia Oriente/Occidente en el plano de la estrategia se remonta hasta -cosa que Gramsci ya dice- Lenin, Trotsky y -cosa que no dice- Bordiga, a quien Anderson atribuye haber formulado la verdadera naturaleza de la distinción, por razones que luego veremos.

Rastreado la antinomia en torno a la cual está vertebrado todo el intento gramsciano de elaborar una estrategia revolucionaria para Occidente y comprender la diferencia que le separa de Oriente, antinomia cuyos polos son el Estado y la sociedad civil, Anderson muestra cómo en Gramsci no hay una versión definitiva de la relación y delimitación entre ambos, tanto menos de la distribución de funciones, sino al menos tres versiones posibles: una primera según la cual al estado correspondería la coerción y a la sociedad civil la formación del consenso, constitutivo de la hegemonía; una segunda en la que consenso y coerción se repartirían más equilibradamente entre ambos polos; una tercera, en fin, según la cual la sociedad civil formaría parte del Estado.

Indudablemente, la versión que encuentra un terreno más abonado en los *Quaderni* es la primera, y ésta es la que Anderson analiza y

discute con más detalle. De acuerdo con esta interpretación de Gramsci, la diferencia radical entre Oriente y Occidente, y como consecuencia entre la revolución de Octubre y la estrategia revolucionaria necesaria en los países avanzados, estaría ubicada en el peso relativo del Estado y la sociedad civil en cada una de las dos formaciones sociales. En Oriente, el Estado lo era todo, mientras que la sociedad civil, "primitiva y gelatinosa"; no era prácticamente nada. En Occidente, en cambio, el Estado no es más que una avanzadilla de la dominación de clase, tras la cual se encuentra una robusta sociedad civil. En Oriente, el derrocamiento del Estado es el punto culminante de la revolución, mientras en Occidente es sólo el principio. En Oriente la dominación se basaba primordialmente en la coerción, pero en Occidente lo hace en el consenso. En Oriente era posible una "estrategia de maniobra", de asalto; en Occidente es necesaria una "estrategia de posición". En Oriente la revolución fue rápida, más en Occidente será lenta.

De acuerdo con Anderson, el error de Gramsci estriba en creer que el poder político de la burguesía se ejerce, que el consenso se forma, sobre todo, en la esfera de la sociedad civil. Esta ubicación del consentimiento en la sociedad civil, propia ya de la socialdemocracia de izquierda, conlleva un síndrome que contiene la ilusión de que el potencial del Estado democrático se ve siempre malemployado por la dominación ideológica que la burguesía mantiene en la sociedad civil; o, dicho al revés, que hay que hacer un largo trabajo ideológico en la sociedad civil para obtener por fin la victoria parlamentaria que nunca llega. La realidad sería la contraria: la formación del consenso se da principalmente en el ámbito del estado, donde la forma electiva y representativa produce en las masas la ilusión de que están ejerciendo la autodeterminación a través del voto. Naturalmente, existen toda otra serie de factores que contribuyen también a la formación del consenso, como son los medios de comunicación, el reformismo del bienestar, el velo del mercado, el proceso de trabajo etc., pero "la forma general del estado representativo -democracia burguesa- es en sí misma el principal cerrojo ideológico del capitalismo occidental", "el marco formal de todos los demás mecanismos ideológicos de la clase dominante", etc. De ahí el acierto de Bordiga, que situó la diferencia entre Oriente y Occidente en que aquí "el Estado capitalista era **más fuerte** que el Estado zarista, porque descansaba no sólo en el **consenso de las masas**, sino también en un **aparato represivo superior**. En otras palabras, no es la simple "extensión" del Estado lo que define su situación en la estructura de poder (lo que Gramsci llamó "estadolatría"), sino también su **eficacia**." (Anderson).

Del legado de Gramsci puede decirse que planteó problemas importantes, pero no llegó a resolverlos en forma satisfactoria. Insistiendo en la hegemonía, y aunque nunca olvidó la naturaleza última del Estado capitalista, minimizó la coerción. Remachando sobre la importancia de la guerra de posiciones, y aún cuando jamás renegó de la necesidad de destruir por la fuerza el Estado burgués, subestimó la importancia de

la guerra de maniobras. El juicio de Anderson llega a ser lapidario: "En el laberinto de sus cuadernos, Gramsci se perdió. Contra su propia intención, de su trabajo pueden extraerse conclusiones formales que conducen lejos del socialismo revolucionario". "En el caso de Gramsci, las insuficiencias de la fórmula de una 'guerra de posición' tenían una clara relación con las ambigüedades de su análisis del poder de clase burgués... La debilidad de la estrategia de Gramsci es simétrica a la de su sociología". Su valor reside sobre todo en haber insistido más que ningún otro autor marxista en la diferencia entre Oriente y Occidente y en la necesidad de una estrategia revolucionaria propia en el segundo.

Hacer una evaluación detallada del contenido de los cinco libros de Anderson publicados en España es algo que excedería el marco de una recensión, así como las posibilidades y disponibilidad del recensor. El lector interesado puede comparar los dos grandes libros históricos de Anderson -las comparaciones no siempre son odiosas- con el ya clásico debate Sweezy-Dobb-Takahashi-etc., o con los trabajos de Porshnev, Kula, Wallerstein, Lublinskaya, Trimberger o Stockpol, sobre todo si lee inglés. Si su atención se centra más en el análisis de la cultura inglesa, puede acudir a las respuestas que provocó por parte de Edward Thompson o Nicos Poulantzas en la misma *New Left Review*, o a la obra de Raymond Williams, *Culture and Society*, 1.780-1.950. Si le interesa el marxismo occidental, lo mejor que puede hacer es acudir a las fuentes, si aún no lo ha hecho. En fin, si lo que le preocupa es Gramsci, aparte de seguir el consejo anterior, puede acudir a una floreciente bibliografía en castellano: Macciocchi, Buciglucksmann, sacristán, Fernández Buey, Bonomi, Manacorda, Broccoli, Cerroni, Gruppi, Garin, Bobbio, etc., etc. Por nuestra parte, nos conformaríamos con que esta recensión sirviese para animarle a leer a Anderson.

Solamente nos detendremos a discutir un aspecto del último libro que hemos comentado, a saber: la afirmación de que, en las sociedades capitalistas avanzadas, la formación del consenso se sitúa en la esfera de las relaciones políticas, efecto de la existencia misma del Estado representativo. Lo que nos proponemos no es rebatir esta afirmación, sino mostrar que sólo tiene el valor de un postulado, esto es, que la cuestión sigue abierta. Anderson cifra la capacidad de crear consenso del Estado representativo en que produce la ilusión de la autodeterminación de las masas, pero no explica el por qué de la aceptación de tal imagen de la autodeterminación; en otras palabras, no explica por qué el hecho de depositar una papeleta en una urna una vez cada cuatro o cinco años, al lado de la desposesión de cualquier posibilidad relevante de influir en los asuntos políticos que se adquiere a cambio para esos cuatro o cinco años, puede adquirir el valor de un ejercicio de soberanía. Marx apuntó al menos dos factores en el proceso de producción y cambio que todavía no han sido apenas estudiados en su relación con el consenso existente alrededor de que no quiere decir degenerado por- el Estado representativo: el primero es que, en el proceso

de producción, solamente el capital tiene una visión de la totalidad, mientras el trabajador únicamente realiza tareas parciales cuyo origen y finalidad frecuentemente desconoce y, en todo caso, nunca termina. Marx ponía esto en la base del mantenimiento de la creencia en la existencia de Dios, no hace falta recordar como para él el fetichismo religioso y el político corrían paralelos. El segundo es tan traído y llevado, pero sólo para ser reiterado, fetichismo de la mercancía: lo que es producto del trabajo humano, su cambiabilidad, aparece como propiedad de la mercancía o del dinero: la relación social cobra una vida propia y separada. Siempre en esta misma dirección, Marx mostró como la separación de la esfera de la política -los asuntos generales- de la esfera civil -los asuntos particulares- tenía sus raíces en la estructura de la segunda, pues donde reinan los intereses particulares el interés general no puede ser más que una abstracción que los oculte; señaló igualmente la correspondencia que existe entre el hecho de que el trabajo solamente pueda cambiarse en el mercado como trabajo abstracto - tiempo de trabajo- y la aparición del sujeto jurídico, del ciudadano igual ante la ley aunque sea desigual en todo lo demás.

Estas y otras indicaciones similares al efecto no pueden ser desarrolladas ni discutidas aquí, pero apuntan siempre en un mismo sentido. No solamente el contenido, sino también las formas de la superestructura y sobre todo su vigencia ideológica pueden y deben ser explicadas a partir de las relaciones económicas. esto no significa negar ni despreciar la eficacia ideológica propia del Estado representativo. Ejemplos como el del Congreso de los consejos obreros de la revolución alemana, definiéndose a la vez por el socialismo y por el Estado representativo, parecen abundar en las tesis de Anderson. La crisis de credibilidad de los regímenes democráticos en la década de los treinta, o en menos medida hoy, el sorprendente abstencionismo político en un sistema con un grado de consenso tan elevado como es el norteamericano, apuntarían en sentido contrario. Pero, a nuestro juicio, la única salida al problema reside en considerar el Estado y la sociedad civil como un todo; si las características axiales del Estado y su misma configuración como esfera autónoma tienen su explicación en la sociedad civil, la formación del consenso, no importa que pueda configurarse en torno a aquel, debe ser explicada a partir de ésta.

Anderson señala con agudeza que la ubicación del consenso en la sociedad civil puede venir seguida de la idea de que es necesario y/o posible romperlo en su esfera, vale decir que el proletariado debería convertirse en la clase ideológicamente dominante antes de la conquista del poder, mientras que el Estado representativo por su parte, se convertiría en una institución hasta cierto punto suprahistórica, capaz de presidir y vehicular la transición del capitalismo al socialismo, tal como la Iglesia ha podido servir a la dominación ideológica bajo la Antigüedad, el feudalismo y el capitalismo. Pero en la hipótesis contraria existe un peligro análogo, pues la sobreestimación del papel de la democracia parlamentaria en la formación del consenso tendría como corolario lógico todas las reticencias ima-

ginables a la hora de romper con ella, incluida la misma tendencia a convertirla en una institución suprahistórica en aras de una traslación pacífica del consenso de una clase a otra. Por lo demás, esta hipótesis difícilmente puede ser útil a la hora de explicar un fenómeno como el fascismo de los años 30, que, en su aspecto de masas, combina el descrédito total del parlamentarismo con la ausencia de una puesta en cuestión del capitalismo.

Las limitaciones del marxismo oriental

La alternativa

de RUDOLF BAHRO

A. Maraver

No parece necesario a estas alturas tener que presentar a Rudolf Bahro como autor, ni señalar la importancia de *La Alternativa*. La aparición de su libro (editorial Materiales), de un resumen de él escrito por el propio Bahro (números 10 y 11 de la desaparecida revista *Materiales*), la amplia campaña de solidaridad que consiguió su libertad de las prisiones de la República Democrática Alemana y las jornadas de estudio convocadas para estudiar su obra (Berlín, París, Londres y recientemente Barcelona) han marcado ya a toda una generación de militantes socialistas y comunistas que se han planteado el problema de la naturaleza de las sociedades de economía nacionalizada de gestión estatal, surgidas del desarrollo de la Revolución de Octubre de 1917, en torno a las tesis de Rudolf Bahro.

Los lectores de *COMUNISMO* conocen ya, por otra parte, la crítica de Ernest Mandel a *La Alternativa* (capítulo VII de *Crítica del Eurocomunismo*, editorial Fontamara). En ella se señalaba no sólo las importantes contradicciones que aparecen en la obra de Bahro, sino también sus ambigüedades a la hora de elaborar un programa de lucha contra la burocracia y el carácter semiapologético con respecto a ella de algunas de sus tesis.

Sin embargo, un elemento que hasta ahora no ha aparecido en el debate sobre la obra de Bahro es su relación con el Marxismo Oriental. La razón, sin duda, es porque tenemos una idea muy débil, y sobre todo no de conjunto, de lo que ha sido la evolución del marxismo en los Países del este y la URSS. Como el mismo Bahro ha señalado, su obra se inserta dentro de un conjunto de reflexión más amplio, cuyo centro son los acontecimientos de la Primavera de Praga. Pero el marco social en el que se ha desarrollado impone unas limitaciones precisas al desarrollo del Marxismo Oriental. En tanto que el "marxismo-leninismo" y que a primera vista la única forma de intervenir en el proceso social con alguna influencia práctica por parte de los disidentes es participar en estos debates para influenciar a algún ala de la burocracia, el Marxismo Oriental ha estado íntimamente unido

La idea de que la vigencia ideológica de la democracia burguesa debe buscarse en esa ilusión de autodeterminación puede encontrarse sin esfuerzo en Lenin y Trotsky. Indicaciones en otro sentido hemos dicho ya que las hay en Marx, concretamente en sus escritos de juventud y en *El Capital*, y claro está, en Gramsci. El lector interesado encontrará aportaciones y sugerencias relevantes en Lukács, Colletti, Cerroni, Therborn, Habermas y otros.

al ascenso y fracaso de la Reforma y del "Socialismo de Mercado" (1955-68).

Tres teorías sobre la burocracia

El talón de Aquiles del Marxismo Oriental es su incapacidad para contestar a las pretensiones de la burocracia de que representa a la clase obrera en términos de la teoría marxista de las clases sociales. Hasta ahora los intentos se pueden enmarcar en tres grupos. El primero, el Capitalismo de Estado, recalca acertadamente las relaciones existentes entre las economías de los Países del Este, la URSS y el resto de los países de "socialismo real" con la economía-mundo que es el imperialismo. Pero al identificar la dinámica interna y las leyes de ambas formaciones sociales niega no solamente las evidencias empíricas de su diferencia (los ciclos económicos, sin ir más lejos), sino también el mismo problema de la especificidad social de la burocracia. Esta, una vez definida como "clase capitalista", ya no ofrece más interrogantes que la de explicar su surgimiento, dentro de las leyes del capitalismo, a través de la peculiar evolución histórica de cada uno de los países que la sufren. ¿Cómo explicar entonces la capacidad de integración y de hegemonía social de la burocracia, cuando todos estamos de acuerdo de que no existe la separación entre sociedad civil y estado, producto de la naturaleza misma de la producción capitalista de mercancías, y base de la democracia parlamentaria burguesa?. La explicación del terror y de la represión, haciendo un simil con el fascismo y los estados de excepción, no es posible ya tras 1955 y el proceso de Reforma, en la medida en que, como en el estado democrático burgués, no son inmediatos.

El segundo gran apartado son las diferentes formas de Colectivismo Burocrático, es decir, la idea de que las sociedades con economía nacionalizada de gestión estatal no son ni capitalistas ni socialistas ni corresponden a una etapa de transición entre uno y otro, sino a un nuevo modo de producción. La burocracia sería una clase, pero una clase que habría que explicar a través de las leyes específicas de este nuevo modo de producción. El problema fundamental de los autores que mantienen esta teoría, desde Rizzi y Burham hasta Bahro, en la medida que nos habla de un modo de producción con funciones históricas similares a las del Modo de Producción Asiático, es que han sido incapaces de elaborar una economía política de este nuevo modo de producción, no ya en términos marxistas (el marxismo aquí no podría cumplir otro papel que el de un elemento teórico e ideológico heredado y a superar, de igual forma que la

crítica de las ideologías y de la religión de la Ilustración con respecto al marxismo), sino en cualquier otros términos capaces de explicar coherentemente y globalmente el susodicho modo de producción, y sus relaciones y coexistencia con el Modo de Producción Capitalista (que dicho sea de paso tiene un nivel de productividad medio más elevado). La crítica de la burocracia se ve reducida así a una crítica empírica de su mala gestión en general o de una crítica moral, lo que suele producir posiciones reformistas y revolucionarias respectivamente.

El tercer gran grupo son las teorías del "socialismo real", en sus versiones oficial (la ideología justificadora de la burocracia) y reformista (las derivaciones del "Socialismo de Mercado"). En ambas la burocracia representa a la clase obrera en el proceso de construcción del socialismo, y es el producto natural del desarrollo de la división del trabajo. El problema es si los individuos que están en el aparato de estado y en el Partido representan bien los intereses de la clase obrera o si no lo hacen, con todas sus consecuencias. Aquí la teoría marxista de las clases se convierte en ideología de la burocracia opresora o desaparece para dar paso a análisis sobre la división del trabajo o a un humanismo revolucionario.

Hasta hoy, la única explicación de la naturaleza de los Países del Este y de la URSS que ha sido capaz de integrar la aplicación del análisis marxista de las clases sociales a la burocracia, de iniciar la economía política del período de transición, de señalar sus relaciones con la economía-mundo imperialista y el análisis histórico de la contrarrevolución política que abrió paso a la hegemonía de la burocracia en estas sociedades ha sido la teoría de los Estados Obreros Degenerados elaborada a partir de la lucha de la Oposición de Izquierdas en la URSS, de L. Trotsky y la IV Internacional. Pero no se trata en esta nota de repetirla otra vez.

La burocracia como necesidad histórica

Bahro dedica toda la primera parte de *La Alternativa* a demostrar que la burocracia no es un accidente histórico, ni el producto de una contrarrevolución política que bloqueó la dinámica del sistema social. Para Bahro la burocracia es una necesidad histórica. La única posibilidad que tienen las sociedades que hunden sus raíces en el viejo modo de producción asiático, que se integraron en el siglo XIX y XX en el mercado capitalista mundial bajo relaciones de dependencia que subordinaban su desarrollo a la división mundial del trabajo, de llevar a cabo una división del trabajo a nivel del desarrollo de las fuerzas productivas en los países capitalistas avanzados. Es decir, de preparar las condiciones objetivas del socialismo, de la misma forma en que la concentración industrial y la tercera revolución tecnológica las ha preparado en el capitalismo tardío. Se trata de una vuelta atrás en las formas políticas para desarrollar hacia adelante las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Y en la medida en que no aparece ninguna clase social capaz de imponer su hegemonía en este proceso, es la burocracia de esta-

do, expresión de una división del trabajo dada, la única capaz de situarse por encima de la sociedad, iniciar la transformación a través del despotismo, "socializando ésta (su) forma enajenada" (p. 163).

De esta tesis se desprende una conclusión política y una explicación histórica que los marxistas revolucionarios rechazamos como falsas. La primera es el Modo de Producción Burocrático (por darle un nombre, y a la vista de que Bahro no lo hace) es un paso necesario para todos los países subdesarrollados que mantienen relaciones de dependencia con el capitalismo, y que el nivel de la conciencia de la clase obrera depende ante todo de un factor económico: el grado de industrialización y de división del trabajo capaces de producir "Conciencia excedente" (capacidad de pensamiento social abstracto no absorbido directamente por la producción). Dentro del Marxismo Oriental esta no es sólo una tesis defendida históricamente por los mencheviques, es también una tesis recuperada por el stalinismo. Si el problema de la lucha política por la hegemonía social tiene su marco en el estado-nación burgués, enfrentando a la burguesía y proletariado por imponer en última instancia su aparato represivo, la transición entre el capitalismo y el socialismo sólo se puede plantear al nivel actual del desarrollo mundial, aunque desigual y combinado, de las fuerzas productivas: no existen condiciones económicas nacionales "maduras" para construir el socialismo, en la medida que todo mercado nacional está subordinado al mercado mundial imperialista. No existen "atajos" nacionales para desarrollar las fuerzas productivas fuera del marco del mercado mundial, como desgraciadamente han demostrado las limitaciones económicas de la gestión burocrática, lo que si se puede hacer es condicionar las formas de inserción del mercado nacional en la división mundial del trabajo y en el mercado mundial a través de la nacionalización de la economía y el control y monopolio del mercado exterior. De ahí que sea imposible hablar de un modo de producción existente en las sociedades del Este que depende en definitiva de otro, el capitalista. (Dejando aparte la discusión sobre el Modo de producción Asiático, para lo que me remito a los escrito por Perry Anderson en el Estado Absolutista). ¡Sentimos mucho ser más "determinista" y "economicista" en este punto que el "voluntarista" Bahro!

La explicación histórica que se desprende de la tesis de Bahro es la siguiente: la Revolución de Octubre no fue una revolución socialista; el Partido Bolchevique no era tanto un partido obrero como la sala de partos de una burocracia estatal, primando su estructura organizativa sobre su programa político; que la Oposición de Izquierdas fue derrotada porque no se adecuaba a las necesidades históricas, y que en caso de haber vencido los resultados no hubiesen sido muy diferentes, incluido el "archipiélago Gulag"; y que por lo tanto hay que explicarse en estos términos la política de la Internacional Comunista estalinizada y su escuela de derrotas. Efectivamente, la historia se puede explicar no "a causa de", sino "dado necesariamente que": toda la historiografía oficial de la burocracia utili-



za este método, que termina por implicar una concepción policiaca. Al final uno se pregunta desde cuando está justificado ser disidente. Bahro contesta que desde que las "sociedades proto-socialistas" han cumplido su misión histórica de crear las bases del socialismo. ¿Y antes?. Bahro nos dice, parafraseando a Trotsky, como comunista convencido, que en cualquier caso habría que estar con los oprimidos frente a los opresores. ¡Este mismo planteamiento es el que llevó a toda una generación de comunistas en los procesos y en las purgas estalinistas a confesar crímenes que nunca habían cometido, precisamente en nombre de la inevitabilidad histórica de la burocracia, destrozados moralmente al creer que todos sus sacrificios no habían servido para nada!. Si la verdad es siempre revolucionaria, un ejemplo de ello es la interpretación histórica de la IV Internacional que ha permitido mantener su lucha sin tregua contra la burocracia, antes y después.

El estado y las fracciones de la burguesía

Lo que más acerca a Rudolf Bahro al eurocomunismo, es que no ha roto con la concepción estalinista del estado. En efecto, a pesar de calificarlo de "forma enajenada", el estado es imprescindible como organizador de la producción mientras que no se supere la división social del trabajo en la que hunde sus raíces. De ahí su distinción entre una burocracia que cumple un papel técnico "neutral" a pesar de todas sus deformaciones y la "burocracia política", principal obstáculo de la Revolución Cultural y de la transición al socialismo en la medida que ya ha cumplido su misión histórica. El problema surge cuando el funcionamiento de esa burocracia, "neutral" y "mala", tiene como consecuencia la completa atomización de la clase obrera, subordinándola y haciendo imposible la aparición de su propia "conciencia excedente". ¿Cómo romper este círculo vicioso y avanzar hacia la superación del estado, cuando la burocracia a través de su dominación política crea las condiciones de su propia existencia y reproducción?. La respuesta parece obvia: ganando la hegemonía ideológica sobre la propia burocracia e iniciando desde el sector "neutral" del aparato de estado la revolución cultural.

El mayor peligro de esta posición es que en nombre de la defensa de las condiciones materiales objetivamente necesarias para la construcción del socialismo, creadas por las "sociedades proto-socialistas" frente al mercado capitalista mundial, se subordina toda acción revolucionaria a un sector de la burocracia en su lucha contra otro sector, imposibilitando la aparición de un marxismo independiente que busque su fusión con la clase obrera. Es más, cualquier ruptura del aparato de estado a causa de su enfrentamiento con las masas hace aparecer el peligro de una desorganización de la producción y de la disciplina social, y que el conjunto de la población se "oriente hacia el modelo consumista occidental" (entrevista con G. Minnerup, COMBATE). En primer lugar, los trotskistas creemos que esta posición es falsa empíricamente: en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968 ha ocurrido todo lo contrario, aparecie-

ron consejos obreros con una orientación socialista. La burocracia tiende a dividirse, efectivamente. Pero la lucha principal no se establece entre quienes defienden las conquistas "proto-socialistas" y las fuerzas que intentan restaurar el capitalismo, sino entre quienes defienden el monopolio político de la burocracia y quienes luchan por la democracia socialista.

La tesis de Bahro refleja una división histórica real de la burocracia, pero no la que se produjo en Checoslovaquia en 1968, sino la que se produjo antes, durante el desarrollo de la Reforma y la introducción del "Socialismo de Mercado". Para la burocracia "media" y "baja" (gestores, directores de empresa y algunos sectores intelectuales) el "Socialismo de Mercado" suponía aumentar su independencia frente a las decisiones del plan y la "alta" burocracia, aumentar su peso a la hora de la toma de decisiones, y elevar su nivel de vida a través de un mercado de consumo al que también tienen acceso el resto de las capas de la sociedad, pero no tanto dinero como ellos (frente a las tiendas de lujo, controladas por la "alta" burocracia a través del sistema de bonos de privilegio). La Reforma se inició porque el viejo sistema de terror estaliniano era ya económicamente insostenible, porque la "alta" burocracia no tenía ninguna otra alternativa de desarrollo social y porque la burocracia "media y baja" supo movilizar a sectores de la clase obrera para este proyecto. Los problemas surgieron cuando esa movilización de la clase obrera se enfrentó con la misma burocracia "media" a nivel de empresa, exigiendo más salarios, mejores condiciones de trabajo, y echándole en cara su nivel de vida más alto compitiendo en un mismo mercado de consumo. La unidad de la burocracia se reimpuso tras 1968 en la medida en que la burocracia "media" comprendió que sólo el aparato central cuenta con la capacidad de represión sobre la clase obrera necesaria y a la vez de hacer las concesiones más urgentes a través de su control sobre el sobreproducto social. Y la burocracia volvió a recuperar parcialmente su hegemonía social global en la medida en que no hubo una vuelta al terror estaliniano, el nivel de consumo se mantuvo y a la vez era una garantía contra los aumentos de productividad en la competencia entre diferentes empresas dentro del plan.

En ese sentido el temor de Bahro a una movilización autónoma de la clase obrera refleja la experiencia histórica de un sector de la burocracia, la misma sobre la que él propone ganar la hegemonía ideológica.

Los intelectuales y la clase obrera

Pero Bahro va más allá. Suprime a la clase obrera no sólo como entidad sociológica en las "sociedades proto-socialistas" del Este, sino como sujeto revolucionario en general. Bahro prefiere hacer una descripción de la estratificación social en sentido vertical (división del trabajo), que horizontal (clases sociales). La principal razón a que alude es la completa atomización social y al hecho de que la conciencia común de la estratificación social se limita a "ellos" (la burocracia) y "nosotros", que coincide, de acuerdo con sus tesis sobre el Estado,

con un nivel dado de la división del trabajo.

En primer lugar esta tesis, como hemos señalado antes, es semiapologética con respecto a un sector de la burocracia. No hay obrero en los países del Este que se crea la justificación oficial de que la burocracia representa sus intereses de clase. Tampoco parece haber muchos burócratas que se la crean, lo que introduce una crisis de identidad pronunciada, especialmente en el sector de la burocracia "media", que, como señala el propio Bahro, está subjetivamente convencida de que actúa en bien del proyecto socialista. Bahro se la resuelve al eliminar los intereses de la clase obrera y su articulación material histórica (con todas sus contradicciones) a través de la autoorganización autónoma de la clase, en sus diferentes formas: la clase obrera sólo puede desarrollar intereses corporativos, fragmentarios, que apuntan al socialismo, a su programa global científico, sólo en forma negativa. Y ello es así porque su lugar en el proceso de producción y su subalternidad a la burocracia le impiden apropiarse socialmente de la "conciencia excedente". Reaparece de nuevo la determinación inmediata de la conciencia de clase por el factor económico, al que antes he hecho alusión, y sobre el que no me extendiendo porque el lector puede encontrar en este mismo número de COMUNISMO contribuciones de Vincent y Weber sobre la relación entre ciclo económico y ciclo de lucha de clases.

¿Dónde toma cuerpo esa "conciencia excedente" que configura al sujeto revolucionario? Bahro es tajante: en aquellos sectores sociales en los que los individuos poseen una capacidad de pensamiento abstracto global, no absorvida directamente por la producción. En otras palabras, los intelectuales, en el sentido gramsciano del término. Los intelectuales son el único sector asalariado, en los países del Este y la URSS que, por las mismas condiciones básicas del trabajo intelectual, han desarrollado relaciones orgánicas de grupo capaces de producir una conciencia política de su situación. Y, al mismo tiempo, las condiciones de control ideológico, especialmente en el terreno de las ciencias sociales, les obligan a desarrollar su trabajo en la siguiente contradicción: sin innovación, sin saltar los límites del control ideológico de la burocracia, no es posible elaborar nuevos conceptos que, en la medida que sean integrables por la burocracia, suponen el ascenso académico. Pero que en la medida que no sean integrables suponen la represión. Periódicamente se forma así un excedente de trabajo intelectual que no es integrado académicamente, y que forma una parcela de autonomía individual. De ahí que esa conciencia de grupo tomase una forma ideológica muy precisa durante los años 50 y 60: una antropología humanista elaborada a partir del joven Marx. Y en nombre de ella entró en las luchas entre diferentes sectores de la burocracia del lado de quienes impulsaban el "socialismo de mercado", criticando la alienación existente en los Estados Obreros Degenerados y enfrentando al "socialismo real" el programa de "asociación de hombre libres" comunista de Marx. En la medida que el "socialismo de mercado" ampliaba la autonomía individual, aparecía como un primer paso transformador.

Desde mi punto de vista, La Alternativa de Bahro hunde sus raíces en este esquema ideológico, en su fracaso en 1968 y en una autocrítica que no rompe el marco conceptual original.

Los límites para superar la atomización de la clase obrera son objetivos: sólo es posible o con la ruptura del monopolio del poder político por parte de la burocracia (Hungría, Checoslovaquia) o a través de un proceso lento de ganar parcelas de autonomía individual a través del aumento del consumo individual, la elevación de la educación media y las luchas democráticas (como Carta 77), del que sólo estamos presenciando sus inicios. La hipótesis más probable es que ambas dinámicas se combinen a través de nuevos procesos de división de la burocracia (por problemas internos, económicos o internacionales).

Pero la única forma que existe para ayudar a superar la conciencia corporativa de la clase obrera, en el momento en que ésta supere su atomización es a través de la propaganda política de una estrategia socialista de revolución política contra la burocracia e impulsando la experiencia masiva de su posibilidad a través de los consejos obreros. Ello supone romper cualquier subordinación a las luchas internas de la burocracia, elaborar un programa marxista independiente y buscar su fusión con el movimiento de masas a través de la experiencia de sus luchas, por muy parciales que éstas sean hoy. Construir partidos marxistas revolucionarios, en definitiva.

¿Revolución cultural o revolución política?

Las ambigüedades de La Alternativa se agravan a la hora de elaborar un programa revolucionario para los países del "socialismo real". Nuestro desacuerdo con la revolución cultural propuesta por Bahro no reside ni en las medidas destinadas a superar la división entre trabajo manual e intelectual, ni en las limitaciones que impone la crisis ecológica y que exige una revolución de los valores como base del modelo de desarrollo económico socialista. Nuestra divergencia reside en cómo se articula este programa con el problema del poder político y del Estado y su monopolio por la burocracia.

Bahro ve la configuración del Estado en la etapa de transición en pequeñas unidades de producción y consumo comunales. El problema en realidad es quién controla y cómo el sobreproducto social, lo que sólo es posible, en el nivel actual de las fuerzas productivas, a escala de toda la economía, encerrada hoy en el marco de un Estado-nación que su dinámica ya ha desbordado y que plantea en última instancia el carácter mundial que exigirá la planificación socialista. La planificación exige la centralización en la medida en que las decisiones sobre las tendencias generales de la acumulación y la distribución tienen que ser tomadas al mismo nivel en que éstas operan. Pero, más allá, el mismo plan exige también para su aplicación y control la descentralización económica, lo que permitirá un desarrollo pleno de la autonomía política, cultural y nacional.

La planificación es imposible sin los consejos obreros. Y éstos solo pueden existir si en su seno se articulan políticamente los diferentes

niveles de conciencia en la clase obrera y del resto de las capas y clases subalternas que persisten en el periodo de transición. Ello supone el pluripartidismo político, elecciones libres y las más amplias libertades democráticas. Bahro no parece entender que la planificación no es una técnica de gestión económica, fruto de un nivel dado del desarrollo de las fuerzas productivas, sino una relación social. Su posición de que los partidos sólo tienen justificación en tanto que representantes de los intereses de una clase, vuelve a identificar la conciencia de esa clase con factores económicos, negándole toda autonomía al campo de la política y de la ideología. En el mejor de los casos y de las interpretaciones del texto de Bahro hay que concluir una tesis anarquista: el Estado como tal es inmediatamente superable a un nivel dado del desarrollo de las fuerzas productivas. en el peor, su monopartidismo y su negatiuva a especificar claramente el centro de las relaciones de poder dejan intacto al monopolio político de la burocracia.

Existe así un paralelismo entre los defensores del "mercado socialista" (los eurocomunistas) y del "socialismo de mercado" (los reformadores). Los primeros llevan a cabo una identificación entre libertades democráticas y aparato de Estado burgués; los segundos entre las conquistas "proto-socialistas" y el aparato de Estado de la burocracia. En ambos casos queda excluida la acción de masas, en ambos

casos los fines estratégicos quedan subordinados a la defensa táctica de lo ya conquistado, y en ambos casos, en fin, desaparece la unidad orgánica de la lucha de clases y de sus ciclos históricos.

El "socialismo real" es el producto de una contrarrevolución política que desposeyó a la clase obrera del mecanismo económico central del que dispone en la etapa de transición. La revolución política, en la medida en que abre paso a la configuración de un Estado de consejos obreros y al inicio de la planificación socialista, tendrá repercusiones sociales y económicas profundas. Es por lo tanto la condición indispensable para la transformación de las relaciones sociales, haciéndolas conscientes y permitiendo el inicio de la revolución cultural.

Para valorar **La Alternativa** es necesario comprender no solo su lógica interna, sino también las condiciones materiales en las que fue producida. Bahro es el mejor fruto del Marxismo Oriental, su negación. Pero superarlo exige una completa independencia política de la burocracia y la comprensión de la unidad orgánica de la economía mundial a partir de la cual la teoría marxista de las clases sociales adquiere toda su coherencia. Una vez más, seguramente, la condición para que ello sea posible reside más que en la teoría en el desarrollo del movimiento real.

Imprecor
correspondencia de prensa internacional / intercontinental press

